

# LA CLÍNICA DEL CRIMEN

*por* MAXWELL GRANT



*Colección  
Hombres*

**'AUDACES'**

**3**

PTAS

# **La clínica del crimen**

**Maxwell Grant**  
**La Sombra/43**

# CAPÍTULO I

## PRÓXIMOS ACONTECIMIENTOS

UN individuo de baja estatura y complexión robusta descendía por una calle del East Side. Llevaba levantado el cuello del abrigo pardo. Su sombrero gris se inclinaba sobre el rostro invisible.

Tenía las manos embutidas en los bolsillos laterales. Aquel hombre tenía toda la apariencia de un vagabundo. Parecía, en realidad, uno de los típicos habitantes del tenebroso distrito de Manhattan.

Tropezando a cada paso con los transeúntes, el holgazán continuó su lento paseo. Gruñía a aquellos con quienes chocaba, con tal aire de desafío, que ninguno le replicó, atemorizado por su aspecto. Parecía un camorrista de los muchos que rondaban por aquella vecindad.

La calle estaba en tinieblas; sin embargo, el paseante volvía la cabeza hacia otro lado, cada vez que pasaba ante algún sitio alumbrado. Los escaparates de las tiendas estaban iluminados, pues aun a aquella hora tardía todavía se hacían algunas transacciones en aquel barrio alejado.

El embozado, evitando las luces que brillaban a través de las diminutas ventanas, se sumió en la oscuridad.

Sólo una vez descuidó el robusto desconocido sus precauciones para ocultar su rostro. Fue al llegar a una callejuela lateral, donde se detuvo un momento pensativo, quiso estar seguro de que nadie le observaba y, al convencerse de que así había sucedido, disminuyó su vigilancia.

El resplandor de un farol de alumbrado reveló por un momento los rasgos del individuo. Aquella luz descubrió un rostro moreno, de cuadradas mandíbulas.

El embozado era el detective José Cardona, el más célebre de la policía de Manhattan. Tenía sus razones para velar su identidad, ya que se hallaba en los lugares en que se forjaban los más tremendos crímenes. Después de lanzar una mirada rápida a su alrededor, Cardona se volvió y se adentró en la calle.

Fuese porque algunos conociesen la manera de andar del detective, fuese porque alguien observó su rostro a la luz del farol, el caso es que se produjo un movimiento inusitado en la calle, inmediatamente después de la partida de Cardona.

Otro vagabundo cruzó la calle, dio la vuelta a la esquina de pronto y continuó su camino. Un individuo cauteloso como un reptil surgió de un portal oscuro.

Pasó junto a otro haragán que estaba sentado en los escalones de una estación del "metro". Aquél se levantó repentinamente y se alejó con paso presuroso como si hubiese recibido un mensaje urgente.

Como reguero de pólvora se extendía por el suburbio, la noticia de que José Cardona había llegado al reino del crimen. Sin embargo, a causa del estado de excitación que les dominaba, ninguno notó las actividades del primer individuo que se puso en movimiento cuando vio el rostro de Cardona.

Este personaje no se diferenciaba en nada de aquellos que le rodeaban.

Parecía un gangster vulgar con perfecto derecho a permanecer en aquellos peligrosos parajes.

Sin embargo, la débil iluminación de un mugriento estanco descubrió que aquel hombre no tenía nada de bandido. Su rostro, aunque firme y determinado, mostraba una penetración de que carece el gangster vulgar.

Oculto en una cabina telefónica, reveló su identidad en voz baja.

—Informa Marsland —dijo.

—Informe —ordenó alguien al otro extremo de la línea.

—Cardona está por aquí —anunció Marsland—. Ha descendido por la calle en que se halla el establecimiento de Climax Brass y ha entrado en la tercera casa de la izquierda.

—Informe recibido.

Esta conversación secreta tenía un significado. Cliff Marsland, el pretendido gangster acababa de informar la llegada de Cardona. El individuo a quien había transmitido esta noticia era Burbank, un

hombre a quien, sin embargo, tenía mucho en común, pues Cliff Marsland era un agente de La Sombra y Burbank era el enlace de aquel tétrico personaje.

Fingiéndose uno de tantos entre los habitantes de los bajos fondos, Cliff recogía importantísimos datos que comunicaba a Burbank y éste, a su vez, los retransmitía a La Sombra.

En aquellos lugares, la visita de José Cardona era un acontecimiento importante. Cualquier cosa concerniente a los bajos fondos interesaba también a la Sombra. Porque La Sombra, personaje misterioso cuya identidad era desconocida a los mismos que le secundaban, luchaba sin cesar contra el crimen poniendo todos los recursos de su extraordinario poder al servicio de la Justicia.

Cliff Marsland, notando la inusitada excitación de sus vecinos, había sabido que se encontraba por allí José Cardona. Dio a conocer este hecho a La Sombra. A partir de este momento, La Sombra se encargaría de descubrir el motivo que había inducido al detective a visitar aquel barrio de Manhattan en misión secreta.

José Cardona era un detective de gran capacidad. Tenía, empero, el defecto de confiar más en la fuerza que en la astucia. Llegó a este distrito confiado en que había ocultado su identidad. Tan seguro estaba de ello, que no sospechó ni por un momento que lo había reconocido y que lo seguían.

El detective lanzó una carcajada ronca, cuando empezó a ascender las ruinosas escaleras del edificio en que había penetrado. Se detuvo frente a una puerta del tercer piso y dio dos golpes cortos y rápidos con los nudillos. Hizo una pausa y repitió la llamada.

La puerta se abrió y un rostro ganchudo, de mirada brutal, asomó por la hendidura. Una sonrisa enfermiza se dibujó en sus labios torcidos, y abrió la puerta del todo.

—¿No le ha visto nadie? —inquirió con voz ronca y temblorosa—. ¿Está seguro de que no le ha visto nadie, Cardona?

—Es imposible —repuso el interpelado, sonriente—. Mira, llevaba el cuello subido y el sombrero calado hasta los ojos. Exactamente igual que cualquier rufián de la avenida. Siéntate, siéntate...

—No se quede mucho tiempo, José —suplicó el hombrecillo desplomándose sobre un sofá—. Me he jugado la cabeza al decirle

que viniera a este escondrijo. Si alguien se entera de que he aceptado ser confidente...

—Olvida esto, Scoffy. Estás seguro. Veamos lo que tienes que decirme.

—No es mucho, José —la voz de Scoffy era un murmullo—, pero puede significar mucho. He oído decir que el "Grajo" está "operando" otra vez.

Torcióronse los labios de Scoffy, mientras la mirada de sus ojos diminutos se posaba sobre el rostro de Cardona. El confidente estaba ansioso por saber el efecto que sus palabras producían en el detective. Esperaba que éste se alarmara. No resultó defraudado.

Los ojos de Cardona se redujeron. La poderosa mandíbula se proyectó hacia adelante. Apretó los puños. El as de los detectives se sentó en la única silla que quedaba en el mugriento dormitorio y miró fijamente a su informador.

—¿Qué sabes del "Grajo"? —preguntó.

—Nada, palabra —aseguró Scoffy—. Si lo supiera se lo diría.

—Dime lo que piensas de él.

—Nada que usted no sepa, José.

—Dímelo, a pesar de eso.

—Bien —dijo Scoffy confidencialmente—. Es un gran tipo ese "Grajo". Todo el mundo sabe cómo trabaja. Siempre ha ido por presas de importancia: joyas, títulos al portador, todas esas cosas que pueden hallarse en el hogar de un banquero de los gordos.

—¿Trabajaba siempre solo?

—Unas veces solo y otras acompañado de una banda. Daban un golpe y desaparecían. Luego volvían, daban otro y desaparecían otra vez. Ahora creo que va a venir.

—¿Por qué?

—Porque he visto a Bennie Lizzit que ha regresado a la ciudad, y Bennie pertenecía a la banda del "Grajo".

—¿Conoces a alguno de los otros?

—No. Palabra de que no conozco a ninguno. Bennie y yo fuimos compañeros en otro tiempo. Si supiese que le había hablado a usted de él, ya estaba ya listo.

Cardona escrutó el rostro del confidente. No cabía la menor duda de la sinceridad de Scoffy. El gangster de faz cadavérica estaba diciendo todo lo que sabía. El detective se propuso

aprovechar los útiles servicios de aquel granuja.

—Perfectamente —dijo levantándose de su asiento—. Cuento contigo, Scoffy. Abre bien los ojos. Entabla amistad otra vez con Bennie Lizzit. Entérate del paradero de ese individuo con quien trabaja. Si es verdad que vuelve el "Grajo", no tardaré en echarle mano a él y a su gente.

—No crea usted que será muy fácil —le advirtió Scoffy moviendo la cabeza—. Yo sabía que Bennie trabajaba con el "Grajo"; pero no creo que haya nadie más que lo sepa. Además, no he visto nunca a ninguno de los otros de la banda. —Hizo una pausa, se humedeció los labios y prosiguió:— El "Grajo" es un zorro viejo. Emplea algunos hombres cuando lo cree necesario, mas por lo general trabaja solo. Es un tipo que apunta muy alto.

—Ya conozco su juego —aseguró Cardona—. Si se hubiese quedado por aquí algún tiempo, yo lo habría atrapado. Ahora que sé que va a volver, no tardaré en encerrarlo. Pero tendré que echar mano a alguno de la banda para poder cogerlo. Aquí es donde tienes que intervenir tú. ¿Comprendes? Vigila a Bennie Lizzit.

—Está bien, José —asintió Scoffy de mala gana.

—Llámame por teléfono —ordenó Cardona—. En cuanto tengas alguna noticia nueva me la comunicas sin pérdida de tiempo. Nadie lo sabrá; no te preocupes.

Después de dar esta seguridad a su confidente, Cardona se levantó el cuello del abrigo. Se caló el sombrero sobre los ojos, abrió la puerta y, con las manos en los bolsillos, descendió la escalera.

Scoffy permaneció un rato escuchando desde la puerta. Percibió los pasos del detective que se alejaba. Se alegró de que se hubiese marchado. La entrevista había durado unos cuantos minutos solamente.

Scoffy intentó convencerse de que nadie había visto al policía. Atemorizado, el confidente se dio cuenta del peligro que corría, si alguien se enteraba de la identidad de su visitante.

Satisfecho por la marcha de Cardona, Scoffy cerró la puerta. Las manos le temblaban cuando hurgó en sus bolsillos buscando un paquete de cigarrillos.

La llama de la cerilla oscilaba fúnebremente, cuando la acercó con sus manos trémulas al cigarrillo que tenía en la boca.

La mirada de Scoffy estaba fija en la ventana. De pronto, se volvió hacia la puerta con un ronquido salvaje. El confidente dio un salto para cerrar con el pestillo.

Ya era tarde.

Simultáneamente con el sonido de pasos, la puerta se abrió y un rufián de feo rostro y anchos hombros irrumpió en la estancia. En su mano derecha blandía un pesado revólver. Apuntó a Scoffy con su arma, y una mueca feroz apareció en su faz comida por la viruela.

—¡Bennie Lizzit!

El hombre salió con ronco sonido de los labios temblorosos de Scoffy. El intruso cerró la puerta tras sí.

—No esperabas verme, ¿verdad? —rugió—. ¿Qué creías, que era ese gordo que acaba de salir?

—¿Qué gordo? —preguntó Scoffy, intentando fingir.

—José Cardona —respondió Bennie Lizzit con horrible sonrisa—. Ese puerco a quien acabado de encontrarme en la calle. Todo el mundo sabía que venía hacia acá. Yo pensé que tal vez hubiese estado aquí a hacerte una visita de cumplido.

—¿Para qué iba a venir aquí? —preguntó Scoffy—. Yo no tengo nada que ver con él. Recuerda, Bennie, que tú y yo hemos trabajado juntos...

—Hemos trabajado otras veces, pero ahora no, soplón indecente.

Scoffy vio lo que se le avecinaba. Bennie Lizzit se encontraba entre él y la puerta. Con un grito de desesperación, el acorralado confidente dio un salto frenético hacia la ventana. Pero Bennie no estaba dormido: con un movimiento del brazo, el corpulento gangster lanzó al hombrecillo contra un rincón de la habitación.

—Te doy mi palabra de que no he dicho nada —dijo Scoffy, suplicante—. Palabra...

—Querrás decir que no volverás a decir nada.

Con estas palabras, Bennie asió con la mano izquierda el cuello de Scoffy y lo apoyó contra la pared. Antes de que el desgraciado pudiese escapar de la férrea tenaza que le sujetaba, Bennie hizo un movimiento con la mano derecha y cogió el revólver por el cañón. Al instante cayó como una maza sobre el cráneo de Scoffy.

Oyóse el crujir de huesos rotos y, con un lamento de agonía, el delator cayó como un muñeco desarticulado. Bennie Lizzit asestó

otro golpe brutal sobre la cabeza del caído. Este no lanzó la menor queja.

Bennie se inclinó, le levantó la mano derecha y, al soltarla, cayó pesadamente al suelo. El desgraciado había muerto.

Bennie contempló su obra con deleite. Con el revólver todavía asido por el cañón, se dirigió a la puerta.

Los ojos del asesino empezaron a girar en sus órbitas llenos de espanto. La mano que empuñaba el revólver se crispó nerviosamente, pero no llegó a alzarse. A pesar de ser un criminal empedernido, Bennie experimentó un terror invencible al observar el inexplicable acontecimiento que se desarrollaba ante sus ojos.

La puerta que él había cerrado se abría lentamente sin que nadie la empujara.

Cuando Bennie dirigió su mirada al oscuro pasillo, todo lo que pudo ver fue un par de ojos llameantes. Luego distinguió una forma espectral que se materializaba. Tartamudeó al vislumbrar la figura vestida de negro que apareció de improviso ante el umbral.

—¡La Som...bra!

La inconsciente exclamación de Bennie fue como un tributo a la presencia del misterioso conocido por el nombre de La Sombra, el rey de la noche.

Una forma confusa vestida de negro, La Sombra, acababa de presentarse como un vengador de la noche. Sus rasgos permanecían invisibles bajo la sombra de un sombrero de fieltro de anchas alas, mientras el contorno de su cuerpo quedaba borrado por los pliegues de una capa de seda negra como el ala de un cuervo. Sólo aquel par de ojos brillantes revelaban la presencia de un ser humano.

El único símbolo de realidad en toda aquella fantástica aparición, era una enorme pistola automática empuñada por una mano enguantada de negro. La vista de aquella arma aumentó hasta el máximo el terror de Bennie Lizzit. El rufián había asesinado a sangre fría. Su víctima yacía a sus pies. La Sombra había atrapado al criminal.

Una risa escalofriante surgió de labios invisibles. La Sombra había llegado demasiado tarde para evitar la muerte de Scoffy, el confidente. Sin embargo, había venido para investigar la causa del asesinato. Su risa siniestra era el símbolo de su poder sobrehumano.

Si La Sombra hubiese cogido a Bennie en otro momento

cualquiera, es indudable que el gangster habría hablado. La Sombra habría sabido por su mediación el motivo que le indujo a quitar la vida a un semejante.

Pero con el cuerpo aun caliente de Scoffy a sus pies, Bennie Lizzit estaba dominado todavía por una sed salvaje de matar. Al oír la risa de La Sombra, el asesino lanzó una horrible blasfemia y apuntó su arma contra el intruso, dispuesto a disparar a quemarropa.

En la habitación resonó el estampido de un disparo. Una llamita roja surgió del cañón de la pistola automática de La Sombra. Una fracción de segundo antes que su enemigo, el rey de la noche entregó su mensaje para evitar el disparo del facineroso.

Bennie dio un paso atrás, agarrándose el hombro izquierdo. Herido como estaba, no se dio por vencido. Rugiendo estentóreamente para desahogar su rabia, oprimió con dedos temblorosos el gatillo de su revólver. Varios tiros salieron del arma oscilante.

Nuevamente tronó la automática. Una bala se alojó en el brazo del bandido.

Con un aullido de dolor, Bennie Lizzit dio un tremendo salto de costado.

Estaba junto a la ventana cuando cayó; intentó apoyarse con la mano inútil en la cortina que la cubría. La cortina no podía resistir su peso. Además estaba abierto el postigo y el pretil se alzaba a poca distancia del suelo.

La mano izquierda se crispó en un esfuerzo desesperado asiendo la cortina, pero ésta cedió y, envuelto en ella como en un amplio sudario, el criminal salió proyectado por el hueco de la ventana.

Recorrió con la velocidad de un meteoro los tres pisos que le separaban de la calle. Un segundo antes de alcanzar el pavimento, emitió un grito desgarrador.

Oyóse luego un ruido sordo. Después, nada.

Silenciosamente, La Sombra contempló la masa informe del asesino desde la altura de aquella habitación, en que se había cometido un crimen que había sido vengado cuando la víctima estaba aún caliente.

Oíanse gritos en la calle. La capa negra crujió. La elevada figura desapareció en la oscuridad del pasillo.

## CAPÍTULO II

### LA SOMBRA INICIA SU OBRA

**M**UY avanzada la tarde del día siguiente, el detective José Cardona se hallaba en su despacho de la Jefatura. Sólo él ocupaba en aquel momento la espaciosa habitación. Por medio de gruñidos daba rienda suelta a sus sentimientos y el motivo de su disgusto parecía ser la edición del periódico vespertino, que había extendido en la mesa de escritorio que tenía ante él.

Apoyándose en el respaldo del sillón en que estaba sentado, quedó pensativo durante algunos minutos. Luego, en un arrebato de ira, cogió el periódico e irrumpió en el despacho vecino.

Sentóse en una silla frente a un hombre de cabellos grises, que estaba ocupadísimo en la tarea de completar una hoja de informes. Era el inspector Timoteo Klein, jefe inmediato de Cardona.

Klein no pareció darse cuenta de la llegada de Cardona. Cuando acabó su informe, sin embargo, el inspector levantó la cabeza y acogió al detective con afable sonrisa.

—¿Qué pasa, Cardona? —preguntó.

—Muchas cosas —respondió Cardona—. En primer lugar, esto.

Señaló el periódico. Klein miró al artículo a que se refería y movió la cabeza.

—¿Por qué le disgusta esto tanto? —inquirió—. Un par de gangsters vulgares muertos. Eso es todo. Han habido otros disparos en las cercanías.

—Óigame, inspector. Tengo el presentimiento de que vamos a tener jaleo. Hay algo detrás de todo esto. Le diré por qué. Scoffy estaba a mi servicio. Era el mejor de todos mis confidentes.

El inspector Klein enarcó las cejas. La noticia le interesaba.

—Anoche —prosiguió Cardona—, fui a verle. Me habló de este

individuo, de Bennie Lizzit. Scoffy le tenía un miedo espantoso. Me dijo que Bennie estaba preparando un gran golpe. Y vea usted lo que ha sucedido. Lizzit ha matado a Scoffy y alguien, cuyo nombre ignoramos, ha "despachado" a Lizzit.

El inspector Klein movió la cabeza pensativo.

—Lo extraño del caso es que mi confidente ha muerto y casi al mismo tiempo el hombre a quien él estaba encargado de vigilar, ha caído por la ventana de su habitación. Esto me hace pensar que se avecina algo gordo.

—¿A qué cree usted que se refirió Scoffy?

—Ya sabe usted los rumores que corren sobre esos robos aristocráticos. Todavía no hemos logrado averiguar una palabra. Se habla de un elegante criminal, a quien llaman el "Grajo". Si es un ladrón de frac o un jefe de banda, todavía no lo hemos podido comprobar. La única forma de descubrirlo sería cogerlo con las manos en la masa. Pues bien, anoche Scoffy me confesó que Bennie Lizzit había trabajado con el "Grajo". Puesto que Bennie ha regresado, Scoffy me comunicó su creencia de que el "Grajo" había vuelto también. Ahora que han muerto simultáneamente Scoffy y Bennie, estoy completamente convencido de que es "Grajo" ha regresado.

Esta aseveración hizo fruncir el ceño al inspector Klein. Cardona sabía la causa. Habló antes de que Klein pudiese pronunciar una palabra.

—Sé lo que está pensando, inspector —dijo el detective—. Se armaría el gran escándalo, si se enteraran que buscamos a un desconocido a quien llamamos el "Grajo". El comisario me impide que nombre en mis informes a La Sombra, aunque sé con certeza que hay casos en que ha intervenido ese misterioso personaje. Ahora, si yo le dijera que hay un individuo llamado el "Grajo"...

El inspector Klein levantó las manos. Se propuso atajar la vehemencia de Cardona.

—Ya está bien, José —dijo—. Se precipita usted demasiado. Todavía no sabemos que se haya cometido ningún robo.

—Precisamente por eso —repuso Cardona gravemente—. En otros tiempos llegábamos cuando el "Grajo" se había ido. Esta vez quiero adelantarme a él.

—Excelente idea —afirmó Klein.

—He pensado lo siguiente —dijo Cardona—. Si el "Grajo" vuelve a las andadas, buscará algo grande. Aquí, en la misma página de este diario, hay algo que debe interesarle.

El inspector Klein echó un vistazo al artículo mencionado por Cardona. A media voz leyó los párrafos que más le impresionaron:

*"... Entre las gemas que Rutherford Casslin exhibirá en su residencia el próximo miércoles por la noche, se encuentra un enorme diamante de tintes rojizos. Su valor no se conoce, pero el señor Casslin lo considera como la piedra más preciada de su colección."*

—Casslin es millonario —explicó Cardona—. Vive en Long Island en un suntuoso edificio que él llama "Las Cinco Torres". Ha hablado con él por teléfono esta tarde.

—¿Sobre el diamante? —preguntó el inspector.

—Sí. Le dije quién era. Le rogué que me permitiese estar presente en la reunión de la noche del miércoles.

—¿Qué dijo él?

—Creo que está loco —gruñó Cardona—. Me dijo que me marchase a Bombay; que estaba cansado de recibir llamadas telefónicas de gente que se fingen representantes de la autoridad. Quería saber si yo era el mismo que habló con él en Londres pretendiendo ser un agente de Scotland Yard.

—Es extraño —comentó Klein—. Debe haber obtenido ese diamante en la India. Óigame, Cardona, ¿Por qué no va esta tarde a ver a ese millonario? Procure desterrar sus sospechas sobre usted, pero sobre todo, no pronuncie el nombre del "Grajo". Eso le allanará el camino para hacerle una visita el miércoles próximo.

Una sombra apareció sobre el suelo cuando hablaba el inspector. José Cardona vio la mancha de negrura, giró rápidamente en su silla y dirigió su mirada hacia la puerta. Hizo una mueca cuando vio a un bedel alto y de encorvadas espaldas que llevaba un cubo y una bayeta. El individuo fijó en el detective su mirada fría e inexpresiva.

—Hola, Fritz —rió Cardona—. No quiere que se te haga tarde para la limpieza, ¿verdad?

—Eso mismo —repuso el criado.

—Bueno. No te quiero estorbar —dijo el detective—. Me marcho ahora mismo. —Se volvió a Klein—. Estoy decidido, inspector. Iré a ver a Casslin esta misma tarde, a cualquier hora.

—Así se dará cuenta de que no es usted de Bombay —añadió

Klein riéndose—. Es muy extraño todo eso, a no ser que...

—¿Que Casslin sea un bromista?

—No. —Klein se levantó mientras hablaba—. A menos que exista algún asunto relacionado con la India en todo esto.

—Ya me enteraré de la procedencia del diamante.

Los dos hombres salieron de la habitación. Klein se metió en el bolsillo el informe que acababa de terminar. Vio el bedel ocupado en fregar el suelo con la bayeta unida a un palo largo.

—Buenas noches, Fritz —dijo.

—Lo mismo digo —respondió el bedel.

Las pisadas de los que salían se perdieron en el corredor.

Fue entonces cuando Fritz dio fin al fregoteo. Su alta figura pareció alargarse aún más, hasta alcanzar proporciones inusitadas, una risa suave brotó de sus gruesos labios. El rostro de Fritz adoptó una expresión distinta que ni Cardona ni Klein habrían reconocido. Aquello era más una máscara que un rostro.

Encorvándose otra vez, el extraño bedel abandonó la oficina. Dirigió un afable "hola" a un policía con quien se cruzó en el vestíbulo. Llegó a un cuarto oscuro donde depositó el cubo y la bayeta y abrió la puerta de un gran armario.

Aparecieron los pliegues de una capa negra que se ciñó al cuerpo del bedel.

Unas manos largas y finas colocaron sobre su cabeza un sombrero de fieltro de anchas alas. Con paso largo, deslizándose la fantasmal aparición, después de cerrar el armario, se fundió en la oscuridad del pasillo.

La metamorfosis era completa. El pretendido bedel se había convertido en La Sombra.

Nadie podría desde ahora en adelante seguir los pasos de La Sombra. Ni el verdadero Fritz que acababa de llegar para cumplir con su obligación, vio la figura agazapada que esperaba a que él pasase detrás de la puerta exterior.

La Sombra, con su inimitable caracterización, había logrado oír la conversación entre el detective Cardona y el inspector Klein. Sabía por qué había visitado a Scoffy el primero; también descubrió el motivo del asesinato del confidente.

Para La Sombra, la información recogida tenía mayor importancia que la visita a la residencia de Rutherford Casslin. Una

hora después de su estancia en la Jefatura, La Sombra apareció en una esquina oscura de Manhattan.

La luz de un farol no descubrió más que una mancha de negrura contra la lóbrega pared.

La Sombra acababa de llegar a un distrito del cosmopolita Manhattan, en el que acostumbraban a reunirse miembros de una raza de piel oscura. Los hindúes son raros en Nueva York, pero el lugar elegido por La Sombra era uno de los pocos que frecuentaban.

La elevada figura se perdió en la oscuridad. Apareció ante el umbral de una puerta carcomida y se deslizó por la entrada lateral de un pequeño restaurante.

Transcurrió media hora y La Sombra continuaba vigilando desde su escondrijo. El propietario del restaurante era un hindú vestido a la americana.

Muchos de sus comensales eran americanos. Pero, cuando La Sombra empezaba a cansarse de su prolongada espera, un individuo de piel morena entró y dirigió unas palabras en voz baja al dueño del restaurante. Luego, se aproximó a una mesa que había en un rincón y tomó asiento.

La Sombra se separó del puesto de observación que ocupaba. Poco después un segundo hindú apareció por aquel sitio, observó al que estaba sentado y se reunió con él.

Cuando se disponían a iniciar una conversación, un americano de alta estatura cruzó el comedor y se sentó en una mesa próxima a la suya. Uno de los hindúes le miró con fijeza, luego se encogió de hombros y empezó una animada charla con su compañero.

Los hindúes eran indudablemente hombres dotados de gran inteligencia. La pureza de sus rasgos arios demostraba este hecho. Su conversación se desarrollaba mitad en inglés, mitad en el idioma nativo que les era familiar.

Este habría sido una jerga incomprensible para la mayoría de los americanos.

El cliente sentado en la otra mesa solicitó un plato confeccionado a la india.

Parecía completamente desentendido por lo que hablaban los hindúes. Sin embargo, escuchaba con atención reconcentrada y sus oídos no perdían ni una sílaba de su charla. Aquel dialecto no le era desconocido.

—No puede ser más que uno —decía uno de los hindúes—. Su color rojo... Eso es lo que quería saber. Es el diamante de Bishenpur.

—¿Lo querría comprar aún Changra, de Bombay? —inquirió el otro.

—No —fue la respuesta—. Una vez fuera de Londres; aquí en Nueva York, el precio será muy superior a cualquier oferta que él pudiera hacer. Changra vende sus piedras con grandes beneficios.

—Él deseaba el diamante de Bishenpur.

—Sí. El rajá de Hyderabad lo habría comprado de buena gana para su vasta colección. El rajá habría dado un gran precio por él.

—¿Cuánto ofreció Changra por el diamante?

—Ciento cincuenta mil rupias.

El hindú que escuchó esto emitió un silbido de asombro.

—Tú volverás a la India —dijo el primer locutor—. Si consigues llevarte el diamante de Bishenpur, significará una ganancia enorme para los dos.

—¿No me preguntará Chagra cómo lo he obtenido?

—¡No!

—¿Cómo lograrás apoderarte del diamante?

—Tippu vigila el castillo del americano. Tippu es astuto. Hará todo lo posible por cogerlo.

Su oyente asintió en silencio. Sus ojos oscuros brillaron de avaricia pensando en la fortuna que le esperaba. Siguió una discusión sobre las precauciones que debía adoptar para llegar a Bombay.

Mientras los hindúes continuaban su discusión, el americano terminó su comida y se levantó. Cruzó lentamente el comedor y salió del restaurante.

Ninguno de ellos se dignó concederle su atención, ignorando que había comprendido todo lo que habían proyectado.

No lejos del restaurante el alto americano se aproximó a un coupé que le esperaba. Subió al coche. Los pliegues de una capa negra cayeron sobre sus hombros. Unos guantes negros y un sombrero de fieltro de anchas alas completaron su atavío.

El coupé inició su marcha conducido por unas manos invisibles. Cuando pasaba por la vecindad del lugar en que se reunía la reducida población hindú de Nueva York, una risa suave reveló los pensamientos ocultos del conductor del vehículo.

La Sombra sabía ahora más que José Cardona. Había descubierto por qué Rutherford Casslin consideró la llamada telefónica del detective como una artimaña. Poseedor de una piedra rarísima procedente de la India, el americano había rehusado hasta ahora todas las ofertas que se le habían hecho para que se desprendiera de ella.

La Sombra había descubierto el peligro que la conservación del diamante representaba para su propietario. Oyó el nombre del individuo que rondaba la residencia del millonario en Long Island... Tippu, un hindú dispuesto a llegar al crimen para apoderarse del diamante.

La Sombra, como José Cardona, iría al castillo de Rutherford. Si el "Grajo" estaba mezclado o no en el asunto era cosa que no le interesaba. Se proyectaba un crimen y dondequiera que sucediese estaría La Sombra para intentar impedirlo a toda costa.

El reloj sobre el tablero del coupé señalaba las nueve, cuando La Sombra condujo a su coche a través del tráfico de Manhattan, en dirección al puente sobre el East River.

¿Qué planes acariciaba?

## CAPÍTULO III

### EL CASTILLO DE CASSLIN

**L**A campana de un reloj cuajado de piedras preciosas daba las nueve. Una multitud elegante se reunía en el espacioso vestíbulo de la residencia de Rutherford Casslin. El grupo venía a este aposento después de una comida principesca.

Rutherford, un hombre de porte majestuoso, elevada estatura, cuya edad oscilaba entre los cincuenta y cincuenta y cinco años, contemplaba a sus invitados con aire de satisfacción.

La mayoría de los presentes eran individuos que había ganado prestigio y riquezas por sus éxitos financieros. Un grupo reducido, pero selecto, pensó Casslin.

La mayoría de las mujeres eran de edad madura. Pero había una excepción, y Casslin sonrió ampliamente al contemplarla. Era Ivonne Lydell, una muchacha preciosa de veinte años recién cumplidos.

Garfoth Lydell, el padre de Ivonne, era un antiguo amigo de Casslin.

Garfoth se encontraba ausente de Nueva York en este momento.

Al lado de Ivonne se sentaba un joven impecablemente vestido. Era Bart Melken, el riquísimo vástago de una antigua familia neoyorquina. Melken era el prometido de Ivonne, y Rutherford pensó que ambos harían una hermosa pareja.

Sólo uno de los huéspedes no estaba sentado. De mediana estatura, pero delgado hasta un extremo que le hacía parecer alto, un individuo de aspecto notable, estaba de pie en un extremo de la habitación.

Era un hombre cuya profesión de cirujano le había granjeado una gran consideración; sin embargo, parecía fuera de lugar en esta

asamblea puramente social.

Rutherford reflexionó mucho antes de invitar al doctor Lysander Dubrong a la cena de esta noche. Había algo en la cínica expresión del doctor, que le causaba al millonario una sensación inexplicable.

Rutherford era un individuo dominador, presuntuoso. Mientras él llevaba la voz cantante en la conversación, era un anfitrión perfecto. Sus huéspedes lo habían notado; por esta razón, todos interrumpieron sus charlas cuando el millonario se dirigió al centro de la suntuosa estancia.

—Esta noche —declaró Casslin observando complacido el efecto que sus palabras producía en sus oyentes—, voy a darles una sorpresa. Hoy es lunes. He anunciado que el miércoles exhibiría mi colección de piedras preciosas. Todas ellas están depositadas en el cofre fuerte de un Banco, excepto una. Me refiero a la más preciada, para mí, de todas... A un diamante de gran tamaño y raro colorido cuyo valor es incalculable. Lo adquirí en la India. Pues bien, lo tengo aquí, en mi casa y voy a tener el placer de enseñárselo dentro de unos momentos.

Un murmullo de sorpresa cruzó la habitación. Casslin había creado la atmósfera de expectación que deseaba. Hizo una pausa para añadir algunas observaciones más.

—Son muchas las personas que se extrañan de que conserve en mi domicilio piedras de tan gran valor sin miedo a los ladrones —prosiguió sonriente—. Mi respuesta es que esta casa es tan segura o más que cualquier cámara acorazada. Este edificio, al que yo llamo "Cinco Torres", es la copia modernizada de una famoso castillo inglés. Ningún señor feudal poseyó jamás una fortaleza tan inexpugnable. Los muros de las torres de este castillo son de roca maciza y una de ellas está dotada de todos los adelantos para hacerla inaccesible a cualquier ataque. Allí es donde guardo los objetos de valor que traigo a mi casa; allí es donde se encuentra en estos momentos mi diamante favorito. —Casslin miró a su alrededor con una sonrisa de triunfo.

Viendo el interés de su auditorio, prosiguió:

—Algunos de ustedes han visto ya los medios que empleo para salvaguardar mis joyas; otros no. Voy a mi torre en busca del diamante. El que lo desee puede acompañarme.

La invitación fue aceptada rápidamente por algunos de los

presentes. Hubo excepciones, sin embargo, y la principal fue la del doctor Lysander Dubrong.

Con una sonrisa cínica en sus labios delgados y secos, el médico dio unos pasos hacia adelante y extendió la mano a Rutherford Casslin.

—Lo siento —explicó—, pero rehusó su agradable oferta. Ya he visitado su torre en otra ocasión.

—Será usted bienvenido otra vez.

—No, no. Ya han dado las nueve —objetó el doctor—. Tengo una cita muy importante en Manhattan.

—¿No se queda usted para ver mi diamante?

—Puedo esperar al miércoles por la noche.

—Evidentemente, usted no es un “connaisseur”, doctor Dubrong.

Había crítica despiadada en las palabras de Casslin; en la réplica del galeno descubríase un frío sarcasmo.

—Las piedras no me impresionan. A pesar de su brillo no son más que fruslerías. Las verdaderas gemas de la vida son los perfeccionamientos humanos.

Mientras hablaba, Dubrong estrechaba la mano de Casslin. Con un gesto casi despreciativo, el doctor dio media vuelta y salió del vestíbulo. Se detuvo en el pasillo.

Solo, se colocó el sombrero y los guantes de una manera lenta y metódica.

Escrutaba a través de las rendijas de una cortina y su mirada estaba fija en Bart Melken, el joven potentado prometido de Ivonne Lydell.

En lo que se refiere a la asamblea, la salida del doctor Dubrong no fue notada. Ni Bart Melken, el hombre a quien Dubrong vigilaba, había concedido el más ínfimo pensamiento al célebre doctor. Cuando Dubrong abandonó la residencia, nadie se dio cuenta de su partida.

Rutherford Casslin hizo llamar a dos criados. Aquellos dos individuos de aire descarado, vestidos de uniforme, formaban su escolta. Casslin los llamaba: al uno Hubert, al otro Hodges. A una orden suya, ambos exhibieron sendos revólveres cargados.

El gabinete de Rutherford Casslin se hallaba en el segundo piso del castillo.

Estaba dotado de dos puertas: una lateral, por la que había

salido el doctor Dubrong y otra en la parte de atrás. Fue por ésta por donde pasaron los huéspedes a una invitación del millonario. Solamente tres hombres y dos señoras transpusieron el umbral. Los otros permanecieron en el gabinete. Ya habían visto anteriormente la torre blindada.

La señora Casslin, la alhajada esposa del financiero, se quedó también en el gabinete en animada charla con los que no habían seguido a su marido. Entre éstas se hallaba Ivonne Lydell y Bart Melken. La señora Casslin se dirigió a Ivonne comentando el magnífico diamante que su marido había ponderado.

—Es una piedra maravillosa —afirmó—. Las alhajas que yo llevo son fruslerías comparadas con ellas. Estas valdrán unos miles de libras todo lo más.

—¿Y su collar de perlas? —inquirió Ivonne sorprendida, indicando la sarta de bolitas nacaradas que llevaba la opulenta señora.

—Son artificiales —confesó sonriendo la señora Casslin—. No me atrevería jamás a llevar las buenas. Están en una cámara acorazada. No me gusta tener mis alhajas de valor aquí en casa.

Bart Melken, a unos doce pasos de distancia, no perdía palabra de la conversación. Con una actitud de indiferencia, como si la continua mención de las alhajas le aburriera, el joven se dirigió a una de las ventanas laterales del magnífico gabinete. Allí sacó un cigarrillo de una elegante pitillera.

Luego, extrajo un encendedor del bolsillo y se dispuso a encenderlo.

Surgió la llama y se apagó inmediatamente. Melken parecía nervioso.

Repitió su intento sin éxito. Ensayo una vez más. Hasta que se apartó de la ventana, no pudo encender un cigarrillo. Cuando lo consiguió, daba la espalda a la ventana.

Nadie observaba al joven mientras ejecutaba estos actos extraños. Unos ojos perspicaces, lo habrían interpretado como señales a alguien que estuviese al otro lado de la ventana. Sin embargo, las pocas personas presentes hablaban animadamente con la señora Casslin.

Entre tanto, los huéspedes que habían acompañado a Rutherford Casslin habían llegado a un lugar tenebroso del pasillo, que salía de

la parte posterior del gabinete. Hallábanse ahora frente a una puerta de acero empotrada en el sólido muro. Una barra maciza que servía de pestillo, demostraba la potencia de esta formidable barrera.

Casslin hablaba sin cesar, como un cicerone. Sacó una llave del bolsillo. La hizo girar en la cerradura y terminó con algunas observaciones concluyentes.

—Esta es la entrada a la parte posterior de la torre. Yo sólo poseo la llave. Acostumbro a no dejar a nadie que entre aquí. —Abriendo la puerta, reveló el interior de la puerta circular, de muros de piedra con una altura de treinta pies.

Una escalera helicoidal de hierro daba acceso a la parte superior. La escalera se apoyaba sobre las superficies internas del muro. Tenía una barandilla de metal.

Casslin oprimió un conmutador. El interior de la torre se iluminó. Los visitantes observaron que los escalones no estaban cubiertos. Se veía perfectamente a través de ellos.

Casslin entregó la llave a Hubert. Mientras éste y su compañero esperaban abajo, el millonario guió a los huéspedes por la férrea escalera. La gigantesca puerta giró sobre sus goznes y se cerró con sordo ruido. Las pisadas resonaban en los escalones de hierro.

La voz de Casslin se dividía por el eco cuando el millonario les hablaba desde los treinta pies de altura. Indicaba uno de los rasgos característicos de la construcción. Una especie de ventanas altas y estrechas a intervalos regulares.

—Estas ventanas —explicaba—, fueron abiertas antes de convertir esta torre en una fortaleza. Observarán, sin embargo, que tienen menos de ocho pulgadas de ancho. Además, están reforzadas por barras horizontales separadas por un espacio de seis pulgadas.

Los huéspedes se dieron cuenta de la verdad de las afirmaciones de Casslin.

Las ventanas eran altas, unos tres pies, para poder admitir la luz. Tenían vidrieras con marchos de hierro, pudiéndose abrir fácilmente. Las barras horizontales hacían imposible el paso de una persona, sólo permitían la entrada de la mano y del brazo.

Casslin alcanzó el último escalón. Aquí había otra puerta, esta vez de madera, pero reforzada con tiras de hierro, que él abrió con una llave minúscula. La puerta se abrió hacia adentro. Casslin dio la

vuelta a un interruptor y condujo a sus huéspedes a la iluminada torrecilla.

La estancia estaba desamueblada. Tenía unos doce pies de diámetro y la rodeaban tres ventanas largas y estrechas semejantes a las de la escalera.

Estaban provistas asimismo de barras de metal en forma de cruz.

—En los castillos medievales, estas ventanas servían a los arqueros para lanzar las flechas a través de ellas. Observarán que apuntan a tres direcciones distintas. Las aberturas eran estrechas al objeto de impedir la entrada de los asaltantes, en caso de que éstos dispusieran de torres móviles.

Volviéndose a la porción que carecía de ventana, el millonario prosiguió:

—Esta parte de pared es la que contiene mi caja fuerte. Es una caja de caudales de reducido tamaño y diseño especial, empotrada en la pared. Nadie más que yo conoce la combinación para abrirla.

Los huéspedes miraron con atención el lugar indicado. La parte frontal de la caja sobresalía unos centímetros de la pared. Embutida en la piedra maciza, estaba hecha a prueba de dinamiteros.

—Ahora —dijo Casslin—, les ruego que se retiren al piso inferior. No he permitido nunca a nadie que mire cuando abro la caja de seguridad.

Los huéspedes retrocedieron y emprendieron el descenso por la escalera.

Cuando Casslin oyó sus pisadas resonando sobre los escalones, abrió la caja después de cerrar la puerta que daba a la escalera y sacó una cajita pequeña de metal. Cerró la caja de caudales y siguió a sus invitados. Antes, cerró cuidadosamente la puerta del cuarto.

Hubert y Hodges le esperaban al otro lado de la puerta exterior. Los huéspedes la abrieron desde dentro; Casslin hizo lo mismo. Pidió la llave a Hubert, cerró la puerta de acero y se reunió con los invitados que habían regresado al vestíbulo. Los dos criados, armados de sus revólveres, escoltaron al millonario.

La tensión era dramática cuando Casslin entró en el gabinete y depositó la cajita de metal sobre la mesa. A la luz espléndida de la sala, apareció la caja en toda su belleza. Estaba incrustada de marfil.

Casslin oprimió un resorte; la tapa se abrió. Murmullos de

admiración escaparon de las gargantas de los espectadores.

Sobre un fondo de terciopelo blanco brillaba un diamante de inexpresable belleza. La piedra reflejaba los rayos de la luz artificial con irisados resplandores; su tamaño era notable, pero lo que más emocionó a los que la veían fue el color de la gema. Un tinte rojizo dominaba entre los variados destellos y este color era inalterable.

—Compré esta piedra en la India —empezó el millonario con voz gangosa—. Se cree que procede de la colección del rajá de Bishenpur. Aquel monarca poseía dos de los más magníficos rubíes existentes en el Universo. Supongo que confundió el diamante con uno de ellos a causa de su tinte rojizo. Poco después de haber adquirido yo el diamante, fui visitado por un joyero de Bombay que me ofreció ciento cincuenta mil rupias por él. Yo habría hecho un buen negocio si le hubiese vendido la piedra a aquel hindú que se llamaba Changra, pero rehusé su oferta. No me desharía de ella por ningún precio. Lo menciono únicamente para que sepan que en la misma India, le dan un valor equivalente a cincuenta mil dólares. Esta oferta la repitieron en Londres. El joyero hindú, por mediación de un representante, me hizo nuevas proposiciones para que me desprendiera de la piedra en su obsequio. Pero fracasaron. He decidido conservar, mientras viva, el diamante de Bishenpur. Me encanta poseerlo.

Al terminar su peroración, Rutherford cogió el diamante entre el índice y el pulgar y lo mostró a la concurrencia. Lo alzó hasta sus ojos y la piedra pareció envolverse en una aureola escarlata. Luego, con estudiado gesto, repuso la joya en su caja y, con una inclinación de cabeza que hizo apartarse a sus invitados, reemprendió el camino de regreso a su torre blindada.

Ivonne Lydell cruzó la habitación, para acercarse a su prometido que había vuelto a hacer inútiles tentativas para encender su mechero. Cansado, al parecer, el joven guardó el inservible artefacto en su bolsillo al ver a su novia.

Ivonne, al acercarse, miraba hacia la ventana y, de pronto, con un grito de terror asió el brazo del joven.

—¡Mira, mira! —exclamó horrorizada.

Junto a los cristales de la ventana veíase un rostro moreno. Los ojos, oscuros y llameantes, lanzaron una mirada penetrante a la asustada muchacha. Luego desapareció.

Bart Melken, siguiendo la dirección de la mirada de Ivonne, no pudo ver el rostro que había estado avizorando desde la oscuridad.

El terror murió en los labios de la muchacha cuando notó la presión de la mano de su amado sobre las suyas.

## CAPÍTULO IV

### LLEGA LA MUERTE

—¿LO viste, Bart?

—¿Que si he visto qué? —inquirió Bart con calma.

—El rostro —murmuró Ivonne—; el rostro de la ventana.

—No —repuso Bart—, debe haber sido pura imaginación tuya.

Aunque la voz del joven conservaba su clama, los ojos habían tomado un color ceniciento. Ivonne no observó la tensión de la expresión de su novio.

Estaba mirando a la ventana frente a ella. Veíase la baranda de un balcón frente al gabinete en que ellos estaban y que probablemente daba a las ventanas de la casa opuesta.

El intruso, quienquiera que fuese, se había marchado ya. Con un estremecimiento, Ivonne regresó junto a los otros huéspedes.

Rutherford Casslin, con Hubert y Hodges a sus lados, se había marchado en dirección a la torre. Los invitados se hacían entre sí innumerables preguntas sobre la piedra rojiza. La excitación de Ivonne no fue notada más que por el joven Melken.

—No digas nada —suplicó el joven—. Por lo menos, hasta que haya regresado el señor Casslin. No hay necesidad de asustar a los demás.

Ivonne aceptó de mala gana la sugestión de su novio.

De pronto, un grito ronco, espeluznante, se dejó oír al otro lado de la puerta barrera. Hodges, que montaba la guardia, se quedó inmóvil. Algunos de los invitados se dirigieron apresuradamente hacia la puerta, antes de que el estupefacto criado hubiese podido hacer el menor gesto. Entonces, entró Hodges en acción. Con tres hombres tras él, se aventuró en el pasillo.

La causa del grito no tardó en hacerse patente. Apoyado contra

la puerta interior se hallaba Hubert. Así con una mano las desgarradas vestiduras de un hombre, que mostraba su rostro moreno a los que llegaban. A la vista de Hodges, el intruso de deshizo de la presión de la mano de su víctima.

El hombre de obscura piel blandía un cuchillo que brillaba a la luz. De su hoja colgaban gotitas rojizas: la sangre de Hubert, a quien él había apuñalado antes de que llegara la ayuda de su compañero.

Al ver a Hodges, el asaltante hizo un movimiento brusco, intentando escapar, pero el doméstico, justificando la fe que había puesto en él el millonario, disparó a quemarropa. El ladrón había emitido un grito espeluznante al dar el salto, pero se convirtió en un estertor sollozante cuando llegó al suelo, porque la bala de Hodges había dado en el blanco.

Su rostro quedó a plena luz, cuando giró sobre sí mismo en las convulsiones de la agonía. Era indudable que aquel hombre era un hindú.

Exclamaciones de estupefacción brotaron al unísono de los labios de los espectadores. Todos habían oído las manifestaciones de Rutherford, sobre los deseos de los hindúes de apoderarse del diamante de Bishenpur.

El hindú estaba agonizando. Las manos se extendían retorcidas a lo largo del cuerpo. El cuchillo había caído a medio metro de él y el hombre no hizo el menor esfuerzo por recogerlo. Uno de los huéspedes se inclinó y recogió el arma. Hodges, cuya rápida acción le había hecho dueño de la situación, se decidió a asistir a su compañero.

Este había casi perdido el conocimiento. Su revólver había caído a sus pies.

De su costado manaba un chorro de sangre. Los labios le temblaban. Apenas pudo musitar unas palabras.

—El amo... —Hubert tosió—. El amo... está allá... en la torre... Aquí... es...tá la... lla...ve.

Los dedos de Hubert hurgaron en sus bolsillos. Le faltaron las fuerzas.

Doblóse su cuerpo y se deslizó por entre los brazos que le sostenían. Hubert, como el hindú, había recibido una herida mortal.

Los huéspedes, asustados, se arremolinaron. Sus miradas

convergió en Hodges, como si le pidieran un consejo. El criado, elevado de pronto a una situación importante, mostró un juicio sereno. Intentó calmar a la gente que le rodeaba.

—Que llamen inmediatamente a un doctor —dijo—. El señor Casslin está en la torre. Tenemos que decirle lo que ha sucedido. La llave debe estar en los bolsillos de Hubert.

Hodges palpó el cuerpo de la víctima y encontró la llave. Uno de los invitados intentó abrir la puerta de acero. Estaba cerrada por dentro. Otro se apresuró a llamar por teléfono a un médico.

Oíase la voz de la señora Casslin que hablaba excitada en el comedor. Pocos momentos después, la mujer apareció en el pasillo. Se llevó las manos a la cabeza, horrorizada, cuando vio los dos cuerpos que yacían sobre el suelo.

Luego, con un esfuerzo de voluntad, apartó su vista de aquella escena terrible.

—¿Dónde está mi marido? ¿Dónde está Rutherford? —preguntó.

—Está en la torre, señora —respondió Hodges—. La llave estaba en el bolsillo de Hubert. Yo la tengo.

—¡Entonces está vivo! —exclamó la señora Casslin dando un suspiro de alivio—. El no sabe aun lo que ha sucedido aquí. ¡Es terrible! ¿Por qué se fue el doctor Dubrong? ¡Si él estuviese aquí!

—¿Debemos informar inmediatamente al señor Casslin de lo sucedido, señora, o esperamos a que descienda de la torre? —dijo respetuosamente Hodges.

—Esperaremos unos minutos, Hodges —decidió la señora Casslin—. Volverá en seguida. El debe de estar perfectamente. La puerta de la torre está cerrada por dentro.

Uno de los invitados llegó para decir que había llamado al piso del doctor, pero que éste no se hallaba allí. La señora Casslin estaba desconsolada.

—Hay que llamar a otro doctor, entonces —dijo—. También debemos avisar a la policía.

—Del domicilio del doctor me respondieron que aun no habían llegado a su casa. Pero que le avisarían tan pronto como apareciera por allí. Tal vez no ha tenido tiempo para regresar.

La señora Casslin se retorció las manos nerviosamente. Miraba de un huésped a otro. Parecía incapaz de hablar. Sus ojos se detuvieron sobre la puerta de acero.

—¿Qué le pasará a Rutherford? —preguntó—. Ya ha tenido tiempo para poner diamante en su sitio. ¿Dónde está mi marido?... ¡Gran Dios! ¿Le habrá sucedido algo?

En aquel momento, otro criado apareció al final del pasillo. El individuo uniformado se detuvo de repente, al observar la confusión que reinaba en el lugar. Quedó asombrado mirando el cuerpo inmóvil de Hubert. Luego su mirada se dirigió a la señora Casslin.

—¿Dónde ha estado usted, Gilkins? —preguntó Hodges.

—Abajo —tartamudeó el recién llegado—. ¿Qué ha pasado?

—¿No oyó usted el disparo?

—No —repuso el aludido, con rostro ceniciento—. Estábamos en la cocina. Sonó el timbre de la puerta y he acudido.

—¿Quién ha venido? ¿El doctor Dubrong? —preguntó la dueña de la casa.

—No, señora —respondió Gilkins—. Es un hombre que desea hablar con el señor Casslin. Dice que es un detective de la Jefatura. Su nombre es Cardona. Dice que es muy importante que vea inmediatamente al señor.

—¡Un detective! ¡Dígale que suba de seguida!

El criado salió inmediatamente del pasillo. La señora Casslin se apoyó contra la pared, oprimiéndole el pecho con las manos. Uno de los invitados la sostenía.

Todos los demás llegaban ahora procedentes del gabinete. También se hallaba allí Ivonne Lydell y Bart Melken. Formaron un grupo reducido y silencioso lejos del centro del vestíbulo en que yacía cuerpo del doméstico.

Todos esperaban en un silencio expectante. Oyéronse ruidos de pisadas y Gilkins apareció al otro extremo del pasillo. Con él venía un individuo grueso y moreno. El detective Cardona acababa de llegar al escenario del crimen.

El primer objeto que vio fue el revólver que todavía tenía Hodges en la mano. Sin pronunciar una palabra, se abalanzó a él y le arrebató el arma.

Hodges se la dejó quitar sin hacer el menor intento por evitarlo. Con gran maestría, Cardona abrió el revólver y verificó su contenido. Se lo metió en el bolsillo; luego se inclinó y recogió el arma que yacía al lado de Hubert. La examinó y se la guardó.

El huésped que había cogido el cuchillo dio un paso hacia

adelante y lo entregó al detective. Este lo miró detenidamente y después lo colocó en una mesita que había junto a la pared.

Inclinándose sobre el cuerpo del hindú, comprobó que el hombre estaba muerto. Examinó después la postrada figura de Hubert. Luego miró los palidísimos rostros del grupo que le rodeaba.

—Los dos están muertos —aseguró—. ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Se ha marchado alguien?

La señora Casslin estaba demasiado débil para responder. Uno de los invitados, un caballero de edad madura, se adelantó y entregó al detective una tarjeta de visita que sacó del bolsillo.

—¡Ah! —exclamó Cardona respetuosamente—. ¡Es usted Esteban Gloucester, del departamento estatal bancario!

—Sí —exclamó el caballero con dignidad—. He sido invitado esta noche por el señor Casslin y he tenido ocasión de observar lo ocurrido. Este criado —indicó a Hodges—, no puede ser culpable de ningún modo. Es digno de confianza. Su compañero —señaló el cadáver de Hubert—, fue asesinado por el hindú. Hodges no tuvo más remedio que disparar sobre el asesino para evitar que nos atacara.

—¿De dónde vino el hindú? —preguntó Cardona.

—No lo sé, señor —intervino Hodges, que recobró el uso de la palabra cuando vio que habían desaparecido las sospechas que parecían recaer sobre él—. Hubert estaba junto a esta puerta. La guardaba mientras que el señor Casslin estaba arriba. Oí el grito de Hubert pidiendo socorro. Vine corriendo desde el gabinete. Esta es la llave de la puerta de la torre. Estaba en el bolsillo de Hubert.

Cardona tomó la llave y señaló con el dedo la puerta de acero.

—¿Quiere usted decir que el señor Casslin está todavía ahí?

Los invitados asintieron unánimemente.

—¿Por qué no ha salido, entonces? —inquirió Cardona?

—No creo que haya oído el disparo, señor —empezó a decir el doméstico—. La puerta es gruesa, hay otra puerta arriba...

—Rutherford debía estar ya aquí —dijo la señora Casslin impetuosamente—. Nunca ha permanecido en la torre tanto tiempo. ¿Qué es lo que le detiene allí? ¡Vayan en seguida, señores!

Cardona levantó la mano para imponer silencio. Ordenó a todos los presentes que se alinearan contra la pared. Se dirigió al

gabinete, y cuando vio que no quedaba nadie más, regresó a la puerta de acero y entregó un revólver a Gloucester.

—Le ruego, señor, que no permita que nadie salga de aquí. Voy a entrar en la torre. ¿Tiene la bondad de acompañarme, señora Casslin? Usted también puede venir —añadió dirigiéndose a Hodges.

Cardona abrió la puerta de acero con la llave que le había dado Hodges. La luz estaba encendida en el interior de la torre.

Mientras Hodges y la señora Casslin ascendían por la escalera en espiral, Cardona dirigió una mirada a su alrededor para convencerse de que no había nadie oculto. Los siguió rápidamente.

Alcanzó el último escalón casi al mismo tiempo que los que le precedían. La puerta cerrada lo detuvo en su avance.

—El señor Casslin está aquí —susurró Hodges—. Él tenía la llave de esta puerta.

Cardona llamó con los nudillos. No obtuvo respuesta. La señora Casslin lanzó un grito desgarrador.

—Vaya usted abajo y diga a otro criado que suba un hacha —ordenó el detective a Hodges.— Este descendió la escalera a toda velocidad. Llamó a Gilkins antes de llegar al suelo y éste retransmitió la orden a otro. Hodges volvió al oír al detective que le llamaba. El policía se volvió a la señora Casslin.

—Si quiere usted esperar abajo, será mejor para todos —dijo.

La señora Casslin movió la cabeza valerosamente.

—Permítame que me quede. Sé que ha ocurrido algo horrible y vale más que lo compruebe con mis propios ojos...

Gilkins subía los escalones enarbolando un hacha de grandes dimensiones.

Cardona hizo seña a la señora Casslin y a Hodges que descendieron otros dos escalones y ordenó a Gilkins que atacara la puerta.

Asestando golpes terribles, el forzado criado empezó a demoler la barrera.

Un enorme trozo de madera se hundió al impulso de un golpe, y Gilkins, después de mirar por la hendidura, retrocedió lanzando un grito de horror.

Cardona saltó de un brinco los escalones que le separaban de la puerta y miró a su vez, empuñando el revólver. Apoyó el hombro

contra la puerta y de un empujón violentísimo la abrió. Rápidamente miró a su alrededor para convencerse de que no había ninguna ventana abierta. Sus ojos vieron algo que yacía en el suelo.

Era el cuerpo de Rutherford Casslin. Una herida, de la que todavía brotaba la sangre, demostraba que el millonario había sido herido por la espalda.

Extendido boca arriba, con los brazos en cruz, el desgraciado conservaba abiertas las manos vacías, con los dedos apoyados contra la base de la pared, precisamente por debajo de la caja de seguridad.

El detective Cardona estaba estupefacto. Esta tragedia era inexplicable.

Todas las circunstancias que la rodeaban se hacían cada vez más misteriosas.

Las manos abiertas de Rutherford Casslin tenían un significado especial.

Allí, dentro de un recinto herméticamente cerrado y con ventanas inabordables por sus dimensiones y por los barrotes que las reforzaban, con una puerta de acero cerrada cuya llave estaba en el bolsillo de su criado, Rutherford Casslin había sido asesinado.

Las manos vacías revelaban bien claramente el motivo del asesinato. Había una razón incontrovertible para su muerte. Sea como fuese, en aquella aislada habitación una joya de estimable valor, había sido arrancada de las manos sin vida del millonario.

## CAPÍTULO V

### LA SOMBRA VE

EN el espacio de menos de cuarenta minutos, Casslin había exhibido el diamante de Bishenpur, Hubert había sido asesinado, Hodges había dado muerte a un hindú asesino, y el cadáver de Casslin había sido encontrado en circunstancias que parecían increíbles.

Los cuerpos de Hubert y del hindú yacían aún donde cayeron. El de Casslin estaba arriba, en la habitación de la torre. La puerta de acero estaba cerrada con llave; y ésta se encontraba en el bolsillo de Cardona.

El detective, siempre alerta, estaba de pie en la puerta trasera del gabinete.

Desde esta posición podía ver todo cuanto ocurría dentro del aposento y también vigilar la puerta de acero del pasillo.

Se había avisado al inspector Timoteo Klein. El veterano funcionario se dirigía hacia el lugar con algunos detectives. Entre tanto, Cardona, solitario investigador analizaba la extraña situación que se había presentado.

Los invitados se hallaban sentados alrededor del aposento. Gilkins y Hodges estaban de pie, junto al umbral. La señora Casslin, sola, parecía estar a punto de desmayarse, pero ella sabía que la muerte había descargado un golpe.

Cardona se encontraba en un apuro. Veía el estado de la señora Casslin, pero conocía la importancia de obtener las declaraciones y proceder a una investigación.

Habló a Esteban Gloucester:

—¿Están todos aquí? —preguntó.

—Sí —contestó Gloucester—. Todos menos el doctor Lysander

Dubrong. Se marchó antes de que el señor Casslin sacase el diamante de la caja de caudales.

—El doctor Dubrong —musitó Cardona—. ¿Es el médico que tiene la clínica del East Side?

—Creo que sí.

Una interrupción salió de los labios de Gilkins, que estaba de pie junto a la pared.

—Dispense, señor —dijo el criado—. Me parece haber oído el timbre de la puerta. ¿Voy a abrir?

—No, permanezca aquí —ordenó Cardona—. ¿Haría usted el favor —dijo dirigiéndose a Gloucester—, de abrir la puerta?

—Perfectamente —contestó Gloucester.

El caballero de aspecto grave salió del aposento.

Unos minutos más tarde, unas pisadas rápidas se oyeron. En la habitación entró el doctor Lysander Dubrong, seguido de Esteban Gloucester. El doctor se dirigió al instante hacia la señora Casslin. La afligida mujer suspiró.

—Este es el doctor Dubrong —dijo Gloucester, en voz baja a Cardona.

Dubrong mismo habló a Cardona, un momento después.

De pie junto a la silla donde la señora Casslin descansaba, el médico formuló una declaración oficial. Dijo:

—El señor Gloucester me ha dicho lo que ha ocurrido. Debemos llevar al instante a la señora Casslin a su habitación.

—Muy bien —asintió Cardona—. El señor Gloucester le ayudará.

—Hay dos criadas en la cocina, señor —indicó Gilkins—. No creo que ellas sepan lo ocurrido. Puede usted llamarlas desde su teléfono, señor.

—Llámelas —ordenó Cardona, mientras Gloucester y Dubrong ayudaban a la señora Casslin a salir de la habitación—. Dígales que vayan al aposento de la señora Casslin.

Gilkins fue al teléfono.

Cardona, con medio cuerpo en el pasillo seguía lanzando ojeadas, de vez en cuando hacia la puerta de acero. La tensión parecía disminuir.

Ivonne Lydell estaba sentada al lado de Bart Melken. Inconscientemente, los ojos de la muchacha se dirigieron hacia la ventana de la parte de delante de la habitación. Contuvo una

exclamación. En seguida los dedos de Bart le asieron el brazo.

Durante un instante, la muchacha se imaginó haber visto el brillo de unos ojos al otro lado de la ventana. Luego la ilusión se disipó. Recobró la calma.

Oyó que Bart le cuchicheaba que se estuviese quieta.

Forzando la vista, Ivonne podía ver la barandilla del otro lado de la ventana.

La barandilla parecía emerger de un velo de oscuridad, como si hubieran quitado una nube de neblina. Sin embargo, la muchacha decidió que no podía ser una forma viviente.

Al decidir esto, Ivonne se equivocaba. Había alguien en el balcón. Unos ojos que habían presenciado la escena que se desarrollaba dentro de la habitación.

Sin embargo, no eran los ojos que Ivonne había visto antes.

Anteriormente, ella había visto al hindú que escudriñaba. ¡Esta vez vio momentáneamente los ojos de La Sombra!

Una elevada figura movíase en el balcón como un ser de la oscuridad, La Sombra había llegado del vacío. No partió de las Cinco Torres tan temprano como José Cardona. Como el detective, el rey de la noche había llegado a su destino para encontrar tan sólo que la muerte ya había fulminado.

Una ventana se abrió suavemente en la habitación contigua al gabinete. Un fantasma vestido de negro entró sigiloso. Sus pisadas eran silenciosas; hasta el fru-fru de su capa negra no era audible cuando cruzó el cuarto.

El rey de la oscuridad pasó por el lado de la entrada del gabinete. Nadie vio su forma deslizante. Llegó al fondo del pasillo. Allí, sus ojos ardientes vieron lo mismo que José Cardona había estado observando tan cuidadosamente.

El cuerpo de Hubert yacía tendido en el suelo; más allá del criado muerto, la figura del hindú muerto, que La Sombra sabía que era Tippu. La puerta de acero fue también objeto de atención de La Sombra. Luego, envolviéndose como en un sudario en su capa negra, alejóse.

El doctor Lysander Dubrong y Esteban Gloucester volvieron al gabinete por la puerta lateral. Tomaron asiento y miraron a José Cardona. Ninguno de ellos observó una figura deslizante que les había seguido.

Al otro lado del umbral, del que colgaban unas cortinas. La Sombra presenciaba el interrogatorio que iba a iniciarse.

—¿La señora Casslin? —inquirió Cardona.

—Descansa —respondió Dubrong, suavemente—. Le he dado un opiado. Las criadas están al cuidado.

—Muy bien —dijo el detective—. Quiero pedirle, señor Gloucester, que repita las breves declaraciones que usted hizo a mi llegada. Después, recibiremos las declaraciones de los demás presentes.

Cardona tomó unas notas cuando Gloucester empezó. Las otras personas dieron sus versiones; todas ellas corroborando lo que Gloucester había dicho.

Fue Ivonne Lydell quien dio el único testimonio extraordinario.

Cuando la muchacha empezó a hablar, la mano de Bart Melken le apretó la muñeca. No obstante, la muchacha prosiguió. Bart aflojó su presa y se mordió los labios.

Declaró Ivonne:

—Vi a alguien en el balcón. Precisamente cuando el señor Casslin salió para volver a la torre, miré casualmente en esta dirección. Vi un rostro oscuro y unos ojos brillantes.

—¿Un hindú? —preguntó Cardona rápidamente.

—Eso creo —contestó la muchacha.

—¿Por qué no dijo usted nada entonces? —interrogó el detective.

Bart Melken oprimió de nuevo la muñeca de la muchacha. El detective no observó la acción. Bart estaba al otro lado de la joven. No obstante, el doctor Lysander Dubrong vio el movimiento. Tampoco fueron sus ojos los únicos que lo observaron.

Escudriñando desde el otro lado de la cortina, poco más allá del lugar donde Dubrong estaba sentado, La Sombra también lo vio.

Anunció Ivonne con franqueza: —Tenía el propósito de decírselo al señor Casslin. Sin embargo, él ya había salido de la habitación. Tenía la intención de hablarle cuando volviese, pues él había mencionado que un hindú un Bombay tenía interés en apoderarse de su diamante. Luego sucedió todo esto.

Cardona miró con fijeza a la muchacha. No vio ningún motivo para dudar de su testimonio. Había sido voluntario. Había en la expresión del rostro de Ivonne una ingenuidad que aumentaba su

sencilla belleza. Cardona, al anotar el punto que la muchacha había mencionado, tuvo la impresión de que había conseguido un dato valioso, que le sería de utilidad posteriormente. Preguntó:

—¿Vio alguien más a un merodeador en el balcón?

No hubo respuesta. Bart Melken no habló. Cuando Ivonne no hizo más comentarios, el joven sintió un profundo alivio. No había querido que la muchacha declarase que había visto a alguien, en la parte exterior de la ventana. No obstante, ella había omitido el punto que más preocupada a Bart: que ella le había hablado del rostro que había visto.

Cuando le tocó el turno de declarar Bart, meramente mencionó hechos que los otros ya habían dicho. Explicó sus reacciones ante los hechos ocurridos en el pasillo. Cuando hubo terminado su testimonio, no se había mencionado nada que constituyese una sospecha de los movimientos de Bart Melken.

Sin embargo, Cardona había procedido al interrogatorio con verdadera eficiencia; y apenas había acabado cuando Gilkins anunció de nuevo que había oído el timbre de la puerta.

Esteban Gloucester se ofreció voluntariamente a contestar a la llamada.

Cuando volvió, le acompañaban el inspector Klein, tres detectives y un médico forense.

Se tomaron las medidas adecuadas rápidamente. Dos detectives fueron encargados, de practicar un registro minucioso de los terrenos que rodeaban a Cinco Torres. Uno quedó de vigilancia en el gabinete, con los invitados.

Klein, Cardona y el médico, se dispusieron a visitar la torre.

Fue entonces cuando el doctor Dubrong avanzó y declaró que le gustaría examinar el cadáver de Rutherford Casslin.

El inspector Klein manifestó que podía acompañar al grupo. Comenzaron a examinar los cuerpos de Hubert y del hindú.

Entonces José Cardona abrió la puerta de acero que conducía a la torre.

Era extraño que en esta casa, dónde la muerte había descargado sus golpes, un ser invisible estuviese acechando casi al alcance de los detectives. La Sombra penetró en una habitación obscurecida a la llegada de Klein y los detectives.

Después que los dos sabuesos salieron a examinar los terrenos de

la finca, el fantasma de la noche se dirigió hacia la entrada del fondo del pasillo, dónde los muertos yacían. Antes que Cardona decidiese abrir la puerta de acero, La Sombra se había marchado.

Su presencia fantasmal se manifestó en el exterior del castillo. Cual una masa de negrura pegada a las frías y grises paredes, La Sombra dio vuelta al enorme edificio, sin ser visto por los detectives que inspeccionaban los terrenos con lámpara de bolsillo.

La parte posterior del castillo de Casslin, se destacaba negra en la oscuridad de la noche. La alta torrecilla dónde se encontraba la cámara acorazada del millonario muerto, aparecía como un cilindro macizo con paredes cubiertas de plantas trepadoras.

A intervalos, aparecían rectángulos de luz, las ventanas de la escalera y las tres aberturas de la torrecilla misma. Los barrotes se destacaban claramente contra el borroso resplandor.

Dentro de la torre José Cardona abría la marcha subiendo la escalera de caracol. En cada ventana, el detective se detuvo para abrirla. Examinó cuidadosamente todas las rejas.

Durante el ascenso en el interior de la torre, otra persona trepaba por el exterior.

La Sombra, una figura negra pegada a la piedra de la torre, escalaba la pared como una mosca humana. No se confiaba a las hiedras; no eran lo bastante gruesas para soportar un peso mayor de veinte libras.

En vez de esto, confiaba en los discos planos, de caucho, semejantes a ventosas que llevaba ajustados a las manos y a los pies.

Unos sonidos suaves señalaron los progresos ascendentes del fantasma de la noche. Aquellos discos, círculos con cabos de caucho, se adherían fuertemente al hacer presión.

Un movimiento de torsión de la mano o del pie bastaban para que el disco cediese y se desprendiese mientras los otros servían de sostén.

El ascenso de La Sombra fue constante.

Cuando el fantasma vestido de negro alcanzó las ventanas superiores de la torre, sus ojos agudos y escrutadores vieron que Cardona y los otros no habían llegado aún.

El cadáver de Casslin yacía aun solo, en el suelo, con los brazos extendidos hacia la pared, debajo de la caja de caudales.

La Sombra se adhería a la pared como un murciélago gigantesco. Su cabeza se apartó de la ventana cuando la puerta rota del cuarto de la torre se abrió y Cardona apareció a la vista.

La primera acción del detective consistió en abrir las tres ventanas y examinar los barrotes. Al hacerlo, Cardona llegó a un pie de distancia de la cabeza de La Sombra. Sin embargo, no vio la figura fantasmal que había fuera. El rey de la noche estaba inmóvil, adherido a la pared.

Cuando el detective se aproximó al cadáver de Casslin donde el médico de la policía y el doctor Dubrong practicaban un examen, la cabeza de La Sombra apareció en el punto inferior de la ventana central.

Esta continuaba abierta; el detective la dejó así. Las palabras llegaron a los oídos de La Sombra.

—¿Qué me dice de las ventanas? —inquirió el inspector Klein.

—Son iguales que las de la escalera —respondió Cardona, en tono lacónico—. Los armazones no significaban nada; cualquiera podría abrirlas con una palanca y cerrarlas de nuevo. Pero ¿de qué le serviría?

La Sombra vio que Cardona hacía un gesto con las manos, para indicar una medida.

—Nadie podría introducirse por ese espacio —declaró el detective—. Esos barrotes son tan sólidos como si formasen parte de la pared. Ese espacio es de unos quince centímetros por ambos lados. Este lugar es como una tumba, se hace imposible entrar.

—¿Qué me dice del diamante? —inquirió Klein.

—Ha desaparecido —aseguró Cardona—, a menos que Casslin lo pusiera otra vez en la caja de caudales. Está cerrada...

—¿Está usted seguro? —interpuso el doctor Dubrong, alzando la vista desde el lado del cadáver de Casslin—. No comprendo por qué razón Casslin cerró la caja mientras el diamante estaba fuera.

Cardona se aproximó el arca y tiró del del pomo. La puerta no se movió.

—Gire más el pomo —sugirió Dubrong.

El detective accedió. La torsión enérgica tuvo éxito. La caja de caudales se abrió. Estaba completamente vacía.

—Esto demuestra que el diamante ha desaparecido —declaró Cardona ceñudo.

El detective se acercó a la ventana. La cabeza de La Sombra desapareció de la vista. Cardona emitió un agudo silbido. Uno de los sabuesos de abajo respondió a la llamada.

—¿Han visto algo ahí? —gritó Cardona.

—Nada —fue la respuesta.

—Muy bien —ordenó Cardona—. Espérennos fuera.

Acompañado del inspector Klein, terminó el examen de la fortaleza de Rutherford Casslin. Seguidos de los dos médicos, los detectives bajaron.

La habitación estaba desierta de nuevo, a excepción el cadáver de Casslin.

La mano derecha de La Sombra apareció sobre el barrote central de la ventana. Unos dedos blancos salieron de un guante. El fantasma de la noche tocó el barrote central, el que Cardona examinara antes.

La Sombra no presionó; el examen de Cardona había demostrado que el barrote estaba firme. La Sombra simplemente lo tocó. Sus dedos se movieron a lo largo del barrote, que estaba enmohecido, y en el centro suave.

Los mismos dedos se deslizaron sobre cada uno de los otros barrotes. Con ojos brillantes, miró a través de los barrotes, hacia la espalda del cadáver de Rutherford Casslin, tendido a unos tres metros más allá.

Entonces comenzó el descenso. Lentamente, con seguridad, deslizose hacia abajo. Los detectives que estaban registrando los terrenos habían entrado en la casa. En ciertos puntos, una diminuta linterna eléctrica brillaba, su disco de iluminación no era mayor que el tamaño de una moneda.

Una mano estaba libre, lo cual quizá explicaba el lento descenso de La Sombra. Los discos de caucho hacían una pausa en su ruido de succión; de vez en cuando, trozos de las plantas trepadoras crujían al toque de La Sombra.

Una vez una ramita se rompió.

Al pie de la torre, La Sombra se convirtió en un espectro de la noche. Su lámpara eléctrica ya no brillaba, cuando su figura fantasmal dio de nuevo vuelta a la casa. La única señal de su presencia fue una risa susurrada. El fantástico sonido se apagó.

Un silencio sepulcral envolvía a Cinco Torres, el castillo de la

Muerte. La Sombra había entrado de nuevo en la casa donde la muerte había descargado sus golpes.

La Sombra había visto todo lo que los otros habían visto. Pero había averiguado algo más.

Desde la parte exterior de la torre, había escudriñado y conseguido encontrar una pista del misterio de la muerte de Rutherford Casslin. La Sombra averiguó mucho más de lo captado por Cardona.

## CAPÍTULO VI

### LA HIPOTESIS DE CARDONA

**E**L reloj del gabinete de Casslin daba las doce.

A esta hora, a medianoche, cuatro hombres estaban sentados, conferenciando. De los invitados que estuvieron presentes cuando ocurrieron las muertes, sólo quedaba uno.

Este era Esteban Gloucester.

Con Gloucester estaban el inspector Klein y el detective José Cardona. El cuarto miembro del grupo era un recién llegado, nada menos que el comisario de policía, el señor Rodolfo Weston.

José Cardona, con tono cuidadoso, pero monótono, leía el testimonio de todos los que se hallaban presentes cuanto terminó:

—¿Es esto todo? —preguntó Weston ásperamente.

—Todo —repuso Cardona.

—He explicado los movimientos de todos —declaró—. Ha oído usted las declaraciones señor Weston. Las he comprobado y corresponden a la verdad. Cuando Rutherford Casslin salió de esta pieza para subir a la torre, todos los invitados se encontraban aquí.

Otra pausa.

—¿Y la servidumbre? —inquirió Weston.

—Hubert y Hodges acompañaron a Casslin hasta la puerta de la torre —explicó el detective—. Mientras Hubert la cerraba con llave, después de haber entrado Casslin, Hodges volvió aquí.

Mientras el grupo permanecía silencioso, una pisada sonó en la puerta lateral del gabinete. El doctor Lysander Dubrong, de modales suaves y constitución frágil, entró a reunirse con el grupo.

—La señora Casslin está descansando muy bien —anunció.

El comisario señor Weston, intrigado por el problema con que se afrontaba, volvióse hacia el médico y formuló una pregunta.

Cardona escuchó atento.

Inquirió el señor Weston:

—¿No estaba usted aquí, doctor Dubrong?

Contestó el médico:

—¿En el momento del asesinato? No. Salí de aquí poco después de las nueve. Me dirigía a mi casa, pero antes de llegar a Manhattan, telefoneé a mi piso. Me dijeron que me llamaban de aquí. Vine con toda premura.

—Entonces ocurrió después de su partida, que unos cuantos de los invitados acompañaron a Casslin cuando subió a la torre para coger el diamante —observó Weston.

—Supongo que sí —sonrió Dubrong—. No habiendo estado aquí, señor comisario, no puedo decir lo que sucedió.

—¿Cuántas personas —Weston se volvió hacia Cardona—, acompañaron a Casslin, a la torre?

—Cinco.

—Y la última vez —murmuró Weston—, Casslin subió solo. ¡Hummm! Lo que no acierto a comprender es esto: El hindú quería apoderarse de ese diamante. Sin embargo, no lo llevaba encima. Estaba armado tan sólo de un cuchillo.

—¿Me permite exponer una hipótesis? —inquirió el doctor Dubrong.

—Ciertamente —asintió el comisario.

—He visto a pocos hindúes en Nueva York —declaró el médico—. Quizá usted ha oído hablar de mi clínica del East Side, donde presto asistencia médica gratis a los casos que otros consideran desesperados. Algunos hindúes se han presentado allí.

—¿Estuvo alguna vez el hindú, el hindú muerto, en su clínica?

—No lo creo. Sin embargo, he observado este hecho relativo a los hindúes que habitan en Nueva York. Encontrándose lejos de su país natal, y siendo pocos los que aquí viven, tienen la costumbre de viajar en pares. Por consiguiente, supongo que en una empresa tan importante como el robo de un diamante valioso, serían dos los que trabajasen juntos.

—¡Es extraordinario! —exclamó el comisario—. ¿Qué opina usted sobre este punto, Cardona?

—No tengo ninguna opinión, señor comisario —confesó el detective—. Los hindúes que yo he visto se apartan del crimen. Si se

parecen a los chinos...

—Son completamente diferentes de los chinos —interpuso el doctor Dubrong, en tono autoritario—. Como acabo de decir viajan en parejas. Cada vez que un hindú ha ido a mi clínica, le acompañaba un amigo.

"Esta es —continuó—, una característica de la raza hindú, especialmente entre los que sienten inclinación por el crimen. He estudiado la historia de los thugs de la India. Para ellos, el asesinato constituía una religión; y siempre participaban dos de ellos, o más.

—Pero en este caso —empezó el comisario—, no podía haber habido dos. A menos que uno escapara mientras su compañero luchaba con Hubert, el criado.

—No es esa mi hipótesis de los hechos —replicó Dubrong—. Creo que había dos pero que uno solo entró en la torre. Cómo pasó por el lado de Hubert sin que éste le viera, es cosa de conjetura. Pero vamos a considerarlo de la siguiente manera:

"Dos hindúes. Uno doblemente armado con revólver y cuchillo. Otro escudriñaba por la ventana de este aposento. La señorita Lydell, según tengo entendido, vio un instante el rostro. El primer hindú se encontraba en alguna parte de la casa. Logró seguir a Casslin hasta la torre. El otro saltó del balcón y dio la vuelta al castillo.

"El hindú que pasó por el lado de Hubert, sin que éste le viera, mató a Casslin en la habitación de la torre. Cogió el estuche que contenía el diamante. Lo tiró, y su revólver también, por una de las ventanas enrejadas, a su compañero que estaba abajo.

—¿Por qué el revólver? —inquirió el comisario.

—¿Quiere decir por qué se deshizo de revólver así como del diamante? —sonrió Dubrong—. Porque el revólver era el instrumento del asesinato. No quería tenerlo encima, sobre su persona. Además, sabía que era imprudente usarlo abajo, donde el ruido de un disparo se oiría.

—Es lógico —observó Weston.

—Luego vino la tentativa de huída —continuó Dubrong—. El hindú bajó la escalera. Llamó a la puerta. Hubert la abrió. El hindú se lanzó sobre él, empuñando el cuchillo. Mató a Hubert, pero Hodges llegó a tiempo para terminar con la vida del asesino.

Cuando Dubrong se alzó, el comisario Weston se levantó

también. Tendió su mano para felicitarle. El doctor Dubrong se estrechó, con una sonrisa.

—Le felicito, doctor —dijo el comisario—. Su hipótesis de los hechos es excelente. Daremos orden de detención de todos los hindúes que hay en Nueva York. Quizá podremos capturar al hombre que robó el diamante de Bishenpur.

El doctor Dubrong hizo una reverencia. Sus labios dibujaron una leve sonrisa, José Cardona solamente observó la expresión. Dubrong se dispuso a partir. Cardona le observaba. Después que el médico se hubo marchado, el famoso detective se reclinó en su poltrona.

El comisario Weston parecía engreído. Se dispuso a interpretar la teoría de Dubrong. Klein y Gloucester asintieron a sus palabras. Cardona, sin embargo, permanecía silencioso. El detective ojeaba las notas que había tomado.

—Bien, Cardona —dijo Weston de pronto—. Parece ser que nos hallamos ante una buena pista. El doctor Dubrong nos ha expuesto hechos valiosos.

Cardona sonrió irónicamente. Había llegado la ocasión que esperaba. Su propia teoría, vaga unos minutos antes, adquiriría ahora nuevos visos de verosimilitud. Colocando sus notas en el bolsillo se levantó y cruzó la habitación. Señaló a la ventana de enfrente.

—Aquí —afirmó—, es donde la señorita Lydell vio el rostro. He examinado este balcón, comisario. Da a un cuarto adyacente. Para empezar diré que tengo casi el convencimiento de que el hindú que miraba por aquí fue el mismo que entró en el pasillo que da a la puerta de acero.

—Ese es un dato que carece de importancia.

—Nada de eso —aseguró Cardona impetuosamente—, si nos referimos a un solo hindú, que es lo que yo creo. Pero vamos un momento al pasillo, comisario.

Cuando Cardona cruzó la entrada lateral del gabinete no observó un par de ojos brillantes que le vigilaban. La Sombra, escondido en la oscuridad, estaba aún en escena.

Cuando Cardona pasó el umbral de la puerta trasera, Weston, Klein y Gloucester le siguieron con tácito acuerdo. Apenas se había marchado, cuando se observó una cosa extraña.

Una sombra de negrura pareció extenderse por el gabinete. De pronto, aquella sombra adoptó una figura humana.

La Sombra se había hecho visible. Arropado en su capa de seda negra, su rostro oculto por las anchas alas de su sombrero de fieltro, el rey del misterio cruzó silenciosamente la habitación hasta llegar al punto por donde aquellos habían desaparecido.

Desde allí observó con sus ojos perspicaces al grupo que marchaba por el pasillo. José Cardona llegó ante la puerta de acero y se detuvo. Los demás le imitaron. El detective expuso entonces su teoría con palabras concisas.

—Hubert abrió la puerta para que pasara Casslin —explicó—. Al poco tiempo el desgraciado sirviente caía asesinado. Hodges llegó a tiempo para matar al hindú.

—Exactamente igual que nos dijo el doctor Dubrong —hizo notar Weston.

—No —objetó Cardona—; el doctor omitió un dato importantísimo. He hecho mis investigaciones y el señor Gloucester convendrá conmigo en que no me aparto un punto de la verdad. Considerando todos los elementos de juicio de que podemos disponer: el rostro de la ventana, la puerta cerrada, la llave en el bolsillo de Hubert, no hay más que una conclusión lógica.

—¿Y es...?

—Que el hindú no venía de la torre. Intentaba entrar en ella siguiendo a Rutherford Casslin.

La voz de Cardona sonaba con un timbre de triunfo. Esteban Gloucester manifestó su aprobación con un movimiento de cabeza. El comisario de policía parecía perplejo. El detective continuó:

—Aquí había dos hombres: Hubert y Hodges. Ambos eran criados que gozaban de la confianza de su dueño. Hubert luchó con el hindú y murió. Hodges mató al asesino. No creo que nadie ponga en duda la honradez de ninguno de estos dos hombres.

—¿Cómo pudo el hindú seguir a Casslin? Recuerde que Hodges estaba aquí cuando Hubert cerró la puerta.

—No, el hindú estaba aquí —Cardona señaló una especie de escondrijo en el pasillo—; y cuando Hodges se separó de su compañero, atacó a Hubert por la espalda.

La explicación cayó como una bomba. José Cardona recorrió con triunfante mirada los rostros de la reducida asamblea. Observó que el inspector aprobaba de mala gana su teoría.

—El hindú quiso arrebatarle la llave —Cardona imitó con sus

gestos la dramática lucha—. Por esta razón atacó al criado. Apuñaló a Hubert tan pronto como se abrazó a él. Otro detalle más, inspector. Hubert acababa de cerrar la puerta. Esta ocasión fue la que aprovechó el hindú para lanzarse sobre su víctima, sin que Hubert lo advirtiera.

Con palabras simples y enfáticas, José Cardona echó por tierra la teoría forjada por el doctor Dubrong. Había, empero, un punto que el detective había omitido. Weston esgrimió este olvido como un arma.

—¿Quién mató entonces a Rutherford Casslin? —preguntó el comisario.

—Alguien que había en la torre.

—¿Y cómo llegó allí? —inquirió Weston.

—Antes que los demás —sonrió José Cardona—. Algunos huéspedes ascendieron con Casslin. Ninguno recuerda con exactitud el número de los que componían la partida. Supongamos que uno de ellos se las arregló para permanecer en la torre y esperar allí al regreso de Rutherford. La torre es bastante oscura. Nadie se daría cuenta.

—¿Y luego...?

—Logró escapar con el revólver que utilizó, el diamante y todo. No es posible que saliese por ninguna de las ventanas de la torre. Sea como fuere el criminal salió tranquilamente por la puerta. Pero lo principal es que el hindú no estuvo jamás en la torre, comisario. El que asesinó a Casslin debió ser otro.

Weston reflexionó. Se volvió y regresó lentamente al gabinete, La Sombra se deslizó con sorprendente celeridad. Se ocultó detrás de la puerta lateral antes que el pequeño grupo hubiese llegado a la estancia.

—Cardona —dijo el comisario solemnemente—, acepto su teoría. Pero es un asesinato incomprensible. El hindú debió ser cómplice, aunque también es posible que obrase por su cuenta. Sin embargo, es al ladrón asesino al que nos interesa capturar. Cuento con usted para averiguar su identidad. No debemos apresurarnos a forjar hipótesis, pero es muy posible que se trate de un individuo de extraordinaria inteligencia y elevada posición social. Un hombre, en fin, que puede mezclarse sin ser notado con la mejor sociedad. Apréselo, Cardona.

Esta fue la orden del comisario Weston. Inmediatamente se despidió, y se marchó, acompañado por Esteban Gloucester, que había enviado su coche a Nueva York. José Cardona quedó solo con el inspector Klein.

—Pepe —dijo el inspector afablemente—; se ha portado usted magníficamente esta noche. Tengo la impresión de que va usted por buen camino. La única pregunta que quisiera hacerle es la siguiente: ¿a quién se propone buscar?

Cardona, que se disponía a cruzar la habitación, se volvió repentinamente.

Habló con énfasis dirigiéndose a Klein.

—Voy a decirle a quién buscaré. Al "Grajo".

—¿Por qué no lo dijo al comisario?

—Porque no. Ya se lo diré a su tiempo, pero estoy seguro de que ha sido el "Grajo" el autor de todo esto y no pararé hasta cogerle. Es lo suficientemente astuto para borrar toda pista que nos dirija a él, pero yo soy lo bastante listo para descubrirlo.

Cardona sacó de un bolsillo, una lista de las personas que habían estado presentes en la reunión cuando murió el millonario. Uno tras otro, el detective fue tachando los nombres escritos. El último de la lista era Bart Melken.

Cardona lo tachó igual que los demás.

Luego, cuando Klein volvió la espalda, Cardona escribió otro nombre al final de los anteriores. Pertenece a una persona que no se encontraba allí cuando empezó la confusión; pero que por sus relaciones con los asuntos de Rutherford Casslin daría lugar a consecuencias considerables.

Cardona estaba al lado de la cortina cuando escribió el nombre. El inspector Klein no observó su acción. Sin embargo, había unos ojos que la vieron; ojos que, escrutando por encima del hombro del detective, leyeron el nombre que Cardona había escrito:

*Doctor Lysander Dubrong*

José Cardona se metió la lista en el bolsillo. Avanzó unos pasos para reunirse con el inspector Klein. Juntos, ambos policías llegaron a la puerta trasera y lanzaron una ojeada al pasillo. Lentamente, se dirigieron a dar un vistazo a la torre.

Nuevamente, La Sombra salió de la oscuridad. Su alta figura flotó durante algún tiempo a la luz de la habitación. De sus labios

ocultos en los pliegues del cuello de la capa brotó una risa suave, siniestra, que no parecía más que el eco de un murmullo.

## CAPÍTULO VII

### LOS SECUACES DEL "GRAJO"

**A** la mañana siguiente, muy temprano, un joven salió de uno de los hoteles de la parte alta de la ciudad. Llamó a un taxi y subió a él. Cuando el vehículo inició la marcha, una figura elevada abandonó las sombras que rodeaban el edificio. El pasajero misterioso saltó a otro coche que estaba parado junto al primero.

—Siga mis instrucciones —dijo una voz desde el asiento posterior.

El taxista miró a su alrededor asombrado. No había visto ni oído a nadie entrar en su coche. Por un momento titubeó. Luego observó dos ojos ardientes fijos en él. Un billete de diez dólares apareció junto a las manos del conductor. El argumento era irrefutable.

Puso en marcha el coche y aprobó las instrucciones que le hacían en voz baja a cada esquina. No se le informó que seguían a un coche. Lo único que exigió el invisible pasajero era que le obedeciera.

Veinte minutos después, el primer coche enfiló un mugriento distrito del East Side. El pasajero del segundo vehículo hizo señal al chofer para que se detuviera. El conductor obedeció. Esperó pacientemente nuevas instrucciones que no llegaron.

Cuando el conductor, recobrando el valor, miró al interior del taxi, observó con estupefacción que su pasajero se había marchado tan silenciosamente como llegó. Los ojos ardientes habían desaparecido.

El joven que salió del hotel marchaba rápidamente por la acera izquierda de una calle, no lejos del punto en que había dejado el coche. Llevaba la vista fija ante él, pero si se le hubiera ocurrido mirar hacia atrás no habría visto la figura negra que le seguía. Una

mancha de negrura, cambiando de forma a cada paso que daba por la acera, era la única huella de su presencia.

El joven llegó a una avenida y se detuvo delante de un farol del alumbrado público. La luz reveló su rostro.

El visitante de esta vecindad tan poco recomendable era el propio Bart Melken. El joven que aparecía tan elegantemente vestido en la reunión del millonario, se encontraba ahora en el más detestable de los barrios de Nueva York.

Melken se internó por la avenida. Apenas hubo desaparecido cuando un rayo de negrura, se dibujó enfrente del farol en que se había detenido el joven poco antes. La mancha negra era la señal visible de un ser invisible. La Sombra seguía los pasos de Bart Melken.

José Cardona había borrado el nombre de este joven de la lista de sospechosos. El as de los detectives neoyorquinos, no había pensado en que uno de los invitados hubiese podido ser cómplice del crimen.

Pero La Sombra había visto la acción de Bart cuando instó a Ivonne Lydell a no hablar demasiado. Sólo el doctor Lysander Dubrong observó también aquella señal. En la avenida, Melken se detuvo ante una puerta oscura.

Era la entrada lateral de lo que había sido un hotel, pero que ahora se había convertido en una casa de vecinos. Bart Melken tocó un timbre. La puerta se abrió y el joven desapareció por ella.

La Sombra no le siguió. Desde el otro lado de la avenida vio las luces del tercer piso. En la parte trasera del ruinoso edificio había una escalera de incendios. Con un bastón largo podría alcanzarse el último tramo de la escalera. La Sombra, sin embargo, no recurrió a tan simple medida.

Apoyándose contra la superficie del muro. La Sombra se deslizó lentamente hacia arriba. No necesitó las ventosas para este ascenso; le bastó utilizar los resquicios entre los pilares del muro. Las manos enguantadas asieron la escalera de escape.

La primera manifestación de La Sombra como ser humano, se hizo patente cuando su elevada figura apareció a la débil luz del vestíbulo del tercer piso.

Después de detenerse un momento, La Sombra se aventuró en una de las habitaciones vecinas. En la habitación de al lado debió

entrar Bart Melken, puesto que aquella era la única puerta que estaba cerrada.

Un instrumento brillante de acero apareció en las enguantadas manos de La Sombra. Una puerta se abrió silenciosamente. La Sombra se adentró en una estancia obscurísima.

La puerta de al lado estaba abierta. Sonidos de voces llegaban de aquella dirección. La Sombra se deslizó hacia aquel punto. Protegido por la oscuridad vería y oiría todo cuanto sucediese en aquella habitación.

Bart Melken se había sentado en una silla plegable. Frente a él se hallaba otro hombre. Sus rostros contrastaban extrañamente. Bart Melken, de agradable fisonomía y preocupada expresión, formaba una antítesis del individuo sentado frente a él.

El otro era un hombre de rostro brutal, cuya horrible mueca denotaba que la confianza en sí mismo era su única característica.

El gabinete que ocupaban estaba amueblado con un lujo asiático. Era una cosa extraordinaria ver aquella suntuosidad en un barrio tan miserable.

El individuo del horrible rostro era bien conocido en los bajos fondos. Era Bing Claver, gangster retirado.

La policía no le buscaba para nada, ya que se suponía que con el dinero que había conseguido ahorrar llevaba una vida modesta y honrada.

Si así hubiese sido debía haber recibido a Bart con amabilidad. Sin embargo, no sucedió así. Los gruñidos de Bing Claver demostraron el disgusto del ex gangster por la intrusión del joven.

—¿Qué idea le trae por aquí? —preguntó con groseros modales—. No debía haber venido, Melken. ¿Recibió órdenes para que viniese aquí?

—No. Pero estoy preocupado —repuso el joven temblorosamente—. Quiero salir de esto. Abandonar esta vida azarosa.

—¿Me lo dice a mí? —gruñó Bing Claver—. Dígaselo al "Grajo". Eso es lo que debe hacer.

—Se lo diré —aseguró Bart—, si logro dar con él. Tengo que ver al "Grajo" lo más pronto posible. Por eso he venido a visitarle. Quiero saber quién es.

—¿El "Grajo"? —replicó Bing Claver burlón—. ¿Cree usted en

serio que yo lo sé? Pregúnteme mejor quién es La Sombra.

—He perdido la tranquilidad. Bing...

—Beba lo que pueda. Casi todos los cobardes recobran el valor con el alcohol.

—No puedo más, Bing —volvió a quejarse el joven si hacer caso de la ofensa.

—¿Le sigue la policía? ¿No? ¿A qué preocuparse entonces?

Bart Melken era una imagen de la desesperación. Se humedeció los labios y miró fijamente a su feo verdugo. Finalmente logró dominar sus emociones.

—Es terrible lo mío, Bing. Las casa de juego tienen la culpa de todo. Un día robé unos títulos y no sé cómo el "Grajo" se enteró. Usted fue el encargado de darme a elegir entre trabajar para el "Grajo" o exponerme a ir a presidio por mi delito. Creí que no me obligarían a hacer nada en contra de mi voluntad. Mi trabajo ha consistido hasta ahora en introducirme en las casas de amigos ricos y proporcionar informes sobre la situación de los valores. Siempre albergué la esperanza de que estas comisiones cesarían alguna vez. Pero al poco tiempo, recibía nuevas instrucciones del "Grajo". Lo he soportado sin quejarme hasta anoche. No me importa nada que Rutherford Casslin haya sido despojado de su diamante. Lo que no puedo consentir es que se hayan aprovechado de mis informes, para cometer un asesinato. No tenía la menor idea cuando hice la triple señal con mi encendedor, que el "Grajo" se proponía matar a sangre fría a Casslin.

—¿Sí? —No había la menor compasión en la voz de Bing—. Piense que usted u otro tenía que hacerlo. No tiene más remedio que continuar con el "Grajo".

—¿Quién es él? —preguntó Melken.

—Ya le he dicho que no lo sé. Recibo sus instrucciones por teléfono, igual que usted. Me necesita de uvas a peras también. Le advierto a usted, Melken, que si se acobarda recibirá lo suyo. Si espera casarse con esa muñeca a quien se ha prometido, vale más que se lo diga antes al "Grajo".

La referencia a Ivonne Lydell hizo enrojecer al joven. Bart sabía que tras aquellas palabras se escondía una amenaza.

—Intentaré reprimirme, pero dígaselo al "Grajo" en cuanto tenga ocasión de hablar con él. Si se repite el caso de Casslin, no sé si

conseguiré dominarme. Es demasiado.

Bing Claver gruñó despectivamente.

—Perfectamente —dijo al cabo de un momento—. Pondré en antecedentes al jefe, tan pronto como pueda. Vale más esto que salirse de su obligación sin decirnos una palabra. Me parece que su preocupación se debe a la muchacha más que a cualquier otra cosa.

—En efecto. Temo que sospeche algo. Anoche mismo...

—¿Qué importa lo que dijera? ¿A quién puede decírselo ahora?

—No creo que diga nada. Su padre, Garfoth Lydell, está en la actualidad en Florida. Es el único a quien confiaría sus sospechas.

—Bueno, pues no se preocupe entonces.

Bart Melken tembló como un azogado al oír un timbre. Bing Claver sonrió al observar el estado de nervios del joven. Se levantó y oprimió un botón que había sobre la pared.

—¿Quién es? —inquirió Bart con ansiedad.

—Limps Silvey. Un individuo inofensivo. Siempre está rondando por aquí. Háblame de lo que sucede por ahí. No salgo más que cuando tengo necesidad.

Bing abrió la puerta que daba al vestíbulo. Poco después oyéronse pisadas que se aproximaron. Una figura miserable apareció ante el marco de la puerta.

Un individuo de figura retorcida, débil complexión y andar inseguro, entró en la habitación con la ayuda de un bastón. Mostró a Bing su rostro parduzco e inexpresivo. Luego posó en Bart Melken una mirada penetrante.

—Es un amigo mío —explicó Bing—. Nada más que eso. Un muchacho a quien conozco desde hace tiempo. Siéntate.

Limps se dejó caer en una silla.

—¿Hay algo nuevo? —gruñó Bing.

—Nada —dijo el individuo—. Se habla muy poco en la calle ahora. Algunos de los muchachos hacen comentarios sobre ese diamante, que ha robado un pájaro de los gordos.

—¿Sí? ¿Quién creen que lo hizo?

—No tienen la menor idea. Pero yo sí.

—¿Quién?

—Luego te lo diré.

—No te preocupes por éste —dijo indicando a Bart Melken—. Dime. ¿Quién crees que tiene el diamante de Casslin?

—No es que lo sepa, Bing. Es que me lo figuro. No hay más que un individuo de esta clase. ¡El "Grajo"!

Una sonrisa apareció en los sucios labios de Limps Silvey. En el rostro de Bing observó una expresión de disgusto.

—¿Nada más? —preguntó.

—Nada, Bing.

—Pues lárgate en seguida.

El inválido se levantó y salió de la habitación cojeando. Bing Claver miró a Bart Melken.

—Este Limps no sabe gran cosa —dijo en voz baja—. Sin embargo, a veces me da la impresión de que sabe que trabajo con el "Grajo". Pero no me importa. Es discreto como una tumba.

El gangster hizo una pausa, para observar el efecto de la revelación del tullido en la expresión de Bart.

—No vuelva más por aquí —ordenó al joven—. Usted tiene su misión; yo, la mía. No crea que porque le puse en relación con el "Grajo" sepa quién es. Me paga por lo que hago igual que le paga a usted. Permítame que le haga mi última advertencia. Si no quiere, no me haga caso; pero el que engaña al "Grajo" no vive mucho tiempo. Cuando piense en Casslin, no se olvide de sí mismo. Es posible que siga su suerte si sigue preocupándose así.

Bart Melken asintió pensativamente. Sabía que Bing tenía razón al darle este consejo. Detestaba a este criminal con toda su alma. Pero creyó que por él lograría la identidad y el domicilio del "Grajo". Al convencerse de lo inútil de su tentativa, se levantó y salió de la habitación.

Tan pronto como su visitante se hubo marchado, Bing Claver cruzó el cuarto y se dirigió a aquel en que se ocultaba La Sombra. Sin embargo llegó demasiado tarde para ver a la misteriosa figura.

Como si hubiese previsto la intención de Bing Claver. La Sombra había escogido un método rápido y nuevo de salida. Sus largos dedos alzaron el semiabierto montante de la ventana; su cuerpo pasó limpiamente a través del hueco. Colgando del bastidor, se balanceó en la oscuridad.

Sin embargo, no descendió en línea recta, sino que se hizo a un lado con el objeto de que el rufián no lo pudiese descubrir, en caso de que le ocurriera mirar por la ventana. Un rayo de luz procedente de la puerta exterior le convenció de que Bart Melken acababa de

salir. Oíanse claramente las pisadas del joven sobre el pavimento de la calle.

Bart Melken no iba solo cuando se alejó del carcomido edificio. Detrás de él, invisible en la oscuridad, avanzaba la figura de La Sombra. Sus ojos perspicaces escrutaban las tinieblas con atención reconcentrada, como si esperase la aparición de otra persona. Transcurrió un minuto. Melken había doblado la primera esquina. Entonces, de las tinieblas surgió una forma humana vacilante. Limps Silvey había estado esperando para convencerse de que Bart Melken había salido del domicilio de Bing Claver. La Sombra le siguió. El tullido caminaba con paso rápido.

Evidentemente había colocado un trozo de caucho en el extremo inferior del bastón, para amortiguar cualquier ruido que pudiera delatarlo. Limps no iba en seguimiento de Bart; sólo quiso convencerse de que el joven se había alejado de aquella vecindad.

El lisiado caminaba tan rápidamente y de un modo tan silencioso, que era difícil sospechar su marcha. Sin embargo, La Sombra seguía sus huellas sin perderlo de vista.

Continuó detrás de Limps Silvey a través de calles y avenidas hasta que llegaron a un callejón sin salida en el que le vio desaparecer. No se veía puerta alguna abierta que revelara el lugar en que entró el paralítico. Se había zambullido cuando menos se esperaba en algún escondrijo secreto.

La Sombra se deslizó sigilosamente a través de la calle. Una risa susurrada brotó de sus labios. Había descubierto el lugar en que moraba Limps. Cuando La Sombra reapareció, fue en la improvisada casa de viviendas en que se hallaba la residencia de Bing Claver.

Esta vez se dirigió hacia arriba sin utilizar la escalera de incendios. El rumor de succión de las ventosas de caucho, era el único rumor que delataba su ascenso. Llegó hasta la ventana abierta del aposento del bandido.

La luz estaba encendida en la habitación, en que La Sombra había estado poco antes. Sonó el timbre de un teléfono. La sombra oyó distintamente los sordos gruñidos de Bing Claver. A través de la ventana, el rey de la noche vio al bandido junto al teléfono.

—Sí... Estuvo aquí... Ya me lo figuraba... Tiene miedo... ¿Le empleará a pesar de eso?... Le comprendo... Perfectamente... Estaré dispuesto a actuar cuando usted lo ordene...

Oyóse un chasquido. La conversación había terminado. Bing se retiró del aparato. No vio los ojos de La sombra. Las fosforescentes pupilas habían desaparecido. Una vez más el misterioso fantasma de la oscuridad descendía amparado por las tinieblas de la noche.

## CAPÍTULO VIII

### EN LA CLINICA

**L**A Sombra había seguido a Bart Melken, a consecuencia de una sospecha que se la había ocurrido al observar un hecho en el hogar de Rutherford Casslin. Era un detalle que había escapado a la penetración del célebre detective José Cardona.

Sin embargo, la negligencia de éste tenía su explicación. El sabueso había venteado una pista y estaba dispuesto a seguirla con precisión. Enfáticamente, José Cardona presumió que por mediación del doctor Lysander Dubrong, llegaría a conocer al asesino de Rutherford Casslin.

El millonario fue muerto el lunes por la noche. La Sombra siguió a Bart Melken la tarde del martes. Al atardecer del miércoles, José Cardona se dispuso a actuar. En su despacho de la Jefatura, el as de los detectives reflexionaba sobre el asunto que absorbía sus pensamientos.

"El Grajo" había regresado. De esto, José Cardona no tenía la menor duda.

A pesar de su egolatría, el policía reconocía sus fracasos. Tenía el convencimiento de que las muertes de Scoffy y Bennie Lizzit habían sido el prólogo de la de Rutherford Casslin.

Si alguno de aquellos dos viviese ahora, Cardona habría conseguido llegar hasta el súper criminal que había maquinado este misterioso asesinato. Con su muerte, la tarea del detective era mucho más difícil y laboriosa.

Reflexionando, Cardona se tuvo que confesar que había cometido un error imperdonable, al hacer aquella visita al escondrijo del confidente. Se dio cuenta, de que debió ser reconocido por alguno de los rufianes de aquellos andurriales.

"El Grajo" andaba detrás de todo aquello. Tenía espías en los bajos fondos.

Cardona tenía que burlarlos. No pudo evitar que le reconocieran de noche.

De día le hubieran señalado hasta los chiquillos. Sin embargo, la misión que proyectaba ahora no podía confiarse a cualquier confidente. Sonriendo tristemente, abrió un cajón de la mesa de su despacho y extrajo un paquete: un bulto que llenaba el cajón casi por completo.

Poniéndose el abrigo y el sombrero, se metió el paquete debajo del brazo y salió de la Jefatura. Al llegar a la calle, hizo detenerse a un taxi y subió a él.

Se detuvo a unas veinte manzanas más allá. Saltó del taxi y después de pagar al conductor, paseó durante unos cincuenta metros hasta llegar a una casa vetusta donde entró y subió hasta el tercer piso.

En un cuarto interior, abrió el paquete y sacó una americana vieja, un par de pantalones remendados y sucios y una peluca de cabellos grises junto con un sombrero raído.

A los pocos minutos, se había vestido aquellas prendas. Se miró en un espejo y lanzó una exclamación. Se había convertido en un anciano decrepito de cabellos grises y larga barba. Era extraño que Cardona se decidiese a adoptar un disfraz.

Guardaba todo aquello en la Jefatura para casos de extrema necesidad.

Debía tratarse de un caso grave, cuando se refugió en la habitación en que estaba para ponerse aquellos postizos que le deformaban.

Esta habitación era un escondite al que acudía en raras ocasiones, cuando quería pasar sin ser notado en Manhattan. La habitación le servía esta vez a las mil maravillas, pues en ella lograría retocar su disfraz sin tener que dar explicaciones a nadie.

Hacía un frío glacial. El detective tuvo que ponerse un abrigo viejo y manchado que había desechado el invierno anterior. Era todo cuanto necesitaba para adoptar la personalidad que pretendía.

En vez del detective Cardona, un anciano de complexión robusta, pero de espaldas encorvadas, descendió por las escaleras de la lóbrega casa.

Este individuo de extraño aspecto se dirigió a una estación del "metro", subió a uno de los coches y al cabo de unos diez minutos, descendió en un distrito de mala fama. José Cardona volvía a invadir el territorio en que había visitado por última vez a Scoffy el confidente.

Temblando de frío bajo la marquesina de la estación del "metro", después de titubear un momento, cruzó la avenida y se adentró en una calle lateral. Todos los edificios presentaban un aspecto tétrico, a excepción de uno, pintado de blanco, en que colgaba un cartel en que se leía en gruesos caracteres:

### **EAST SIDE CLÍNICA**

Cardona, mirando a su alrededor, vio a otro individuo que venía en dirección opuesta. Aquel hombre de cuerpo enclenque y piernas débiles, hasta el punto que tenía que andar apoyándose en un bastón, atrajo su atención inmediatamente.

Era Limps Silvey. Cardona no conocía el nombre del lisiado, pero miró con una sensación de sospecha el rostro parduzco y maligno de Silvey cuando ambos se encontraron a la puerta de la clínica.

Dentro, Cardona se encontró en una espaciosa sala de espera. Acomodados en varios sillones hallábanse hombres y mujeres de todos los tipos que podían encontrarse en este distrito.

Paralíticos de rostro arrugado y perverso. Lisiados mucho más graves que este Limps; mujeres que contemplaban con fijeza de dementes las paredes desnudas... formaban la multitud que esperaba la consulta del doctor Lysander Dubrong.

José Cardona había oído hablar de esta clínica. El doctor Dubrong había adquirido gran fama por sus instituciones. Tres días a la semana, a veces a intervalos más frecuentes, el eminente médico empleaba su tiempo en curar gratuitamente a los más miserables despojos de la metrópoli neoyorquina.

La gente consideraba su obra como una empresa noble y filantrópica. José Cardona había tenido esta opinión también hasta hacía dos noches. Luego, en su cerebro, empezaron a dibujarse dudas sobre la nobleza de sentimientos del doctor Dubrong.

Una mujer de edad madura estaba sentada a una mesa, en un rincón. Era evidentemente la secretaria de Dubrong. Vio a José Cardona tomar asiento en una de las pocas sillas disponibles y se le

aproximó. Representando cuidadosamente su papel de anciano, el detective se le acercó a su vez.

—¿Desea usted ver al doctor Dubrong? —preguntó la mujer.

Cardona asintió en silencio.

—¿Cómo se llama?

—Miguel Gaston.

La secretaria lo escribió en una hoja de papel.

—Tendrá que esperar turno —dijo—. Algunos de éstos esperan ya desde hace dos días. Otros verán hoy mismo al doctor.

Cardona hizo una inclinación de cabeza y volvió a su asiento. Pocos minutos después, otro habitante del East Side hizo su entrada en la sala. Era un hombre reumático y ciego, con el cuerpo doblado por los dolores. Llevaba lentes ahumados y se apoyaba en un bastón mugriento.

Con éste tanteaba el suelo antes de aventurarse a dar un paso. Llegó hasta la mesa de la secretaria y murmuró un nombre. Le dijeron que cogiese una silla y él siguió el consejo después de golpear con el bastón un buen rato, sin que ninguno de los presentes se la ofreciera.

En un reloj de la habitación interior dieron las once. La secretaria se levantó y entró por la puerta frontal cerrándola para impedir la entrada a nuevos pacientes.

Desplegando la lista que tenía en las manos, leyó el nombre de Limps Silvey. El lisiado, que debía haber venido también el día anterior, se levantó y entró por una puerta blanca que abrió la mujer.

Cardona oyó una voz a su lado. Un paciente hablaba a otro. Las palabras le proporcionaban una información inesperada.

—Ese es Limps Silvey —gruñó el orador—. El primero de la lista. Ojalá fuera yo el primero. Tengo mi cabra por ahí fuera y no estoy muy seguro de encontrarla al salir de aquí.

Cardona recordó en nombre: Limps Silvey. Seguramente el tullido era un cliente asiduo del doctor. Había algo en los rasgos del lisiado que no le gustaba al detective.

El primer paciente fue introducido en la sala de cura al dar las once. Diez minutos después sonó un timbre. Por lo visto, Limps había salido por otra puerta, porque la secretaria nombró a otro enfermo de la lista. Pasaron quince minutos. El timbre sonó de

nuevo.

Así se hacía el trabajo en la Clínica del East Side. Enfermo tras enfermo, todos pasaron a la consulta del doctor Dubrong. Finalmente, sólo quedaron el ciego y José Cardona.

Mientras esperaban, el reloj dio la una.

—Lo siento —dijo la secretaria—, pero ha terminado la hora de consulta. Ustedes dos serán los primeros el viernes próximo. A menos que el doctor Dubrong quiera ampliar la hora, cosa que no hace con frecuencia.

En este momento, el timbre sonó dos veces. Con un gesto que indicó a los pacientes que no se marcharan, la secretaria entró en la sala de cura. Volvió a los pocos segundos.

—El doctor Dubrong accede a ver a uno de ustedes —anunció—. Le toca a usted, señor Gaston.

José Cardona se levantó y se dirigió a la antesala. Entró y la puerta se cerró detrás de él. El ciego permanecía sentado en su silla. La secretaria se acercó a él y le dijo:

—Lamento tener que decirle que se marche. Tendrá que volver el viernes.

El ciego cogió su bastón. Se levantó y adoptó su actitud indecisa, inclinándose sobre el mugriento palo.

—Perfectamente, señora —dijo—. Puedo volver el viernes. No se preocupe por la puerta: yo la abriré. Conozco ya el camino.

Mientras hablaba, el ciego se dirigió hacia la puerta de salida. Viendo que había encontrado la falleba, la secretaria retrocedió y volvió a su puesto detrás de la mesa. Inmediatamente se levantó y, abriendo un pequeño armario, sacó su sombrero y su abrigo. Oyó la puerta de calle abrirse y al segundo cerrarse.

Creyó que el ciego se había marchado.

Pero la secretaria se equivocaba. Cuando se volvió, el "ciego" se quedó mirándola un momento. Abrió la puerta y la cerró en el momento oportuno.

En resumen: mientras la puerta se cerraba automáticamente, el "ciego" atravesaba la sala de espera con sorprendente velocidad. Abrió la puerta de la antesala y desapareció por ella. Silenciosamente, llegó hasta el aposento en penumbra en que el doctor Dubrong celebraba su consulta.

Se detuvo en una cámara espaciosa, alumbrada por una sola

lámpara que pendía del techo. Su figura se enderezó hasta adquirir una estatura increíble.

Extendió una mano de largos dedos hacia la lámpara incandescente. La luz se apagó cuando la hizo girar. La antesala, sin ventanas, había quedado a oscuras.

Simultáneamente, el "ciego" levantó las gafas negras hasta la altura de su frente. Sus ojos, que antes estaban velados por los cristales, llamearon en la oscuridad. Dirigiéndose a la puerta interior, este notable intruso hizo girar la falleba. Abrió la puerta una pulgada escasamente. Escrutando a través de la abertura, observó la sala de consulta del doctor.

José Cardona no era el único visitante disfrazado del doctor Dubrong. El detective, así como el doctor, se hallaban vigilados en este momento.

El ciego gotoso que había entrado secretamente en la antesala iba disfrazado también. No era en realidad ni gotoso ni ciego. Era La Sombra.

¡Tanto de día como de noche, La Sombra transitaba por donde la placía sin que nadie le reconociera y en continua observación!

## CAPÍTULO IX

### LA CONSULTA

**J**OSÉ Cardona estaba sentado distante de la luz.

De este modo, el detective actuaba siguiendo un plan. Tenía confianza en que representaba perfectamente su papel; que el doctor Dubrong no podía sospechar nada, si no tenía ocasión de observar a su paciente de cerca.

El médico había preguntado el nombre de Cardona. Anotaba el que el detective le dio: Miguel Gaston. Entretanto, Cardona observaba la instalación del consultorio.

Tres armarios pequeños, pero cerrados fuertemente con candados, constituían una característica extraña, puesto que estaban empotrados en el rincón donde estaban colocados. Sin embargo, el detective apenas los miró.

—¿Qué tiene usted?

La brusca pregunta de Dubrong puso al instante alerta a Cardona. El detective tuvo una respuesta:

—Yo no tengo nada, doctor —gruñó—. Se trata de un hermano mío. Está muy enfermo.

—¿Por qué no lo ha traído?

—Está demasiado enfermo. Mi hermano Howard está en cama; no puede mover los brazos. Yo quería que un médico fuese a visitarle, pero él dijo que no. Y he venido a preguntarle qué puedo hacer.

—Yo no trato otros pacientes que los que vienen a mi clínica —declaró el doctor Dubrong—. Pero puede recomendarle un médico. Puedo mandarle uno para que visite a su hermano, si lo desea.

—Dígame a qué doctor tengo que ver —rogó Cardona—. Iré a verle. Mi hermano Howard está muy enfermo.

—Evidentemente —observó el doctor Dubrong, mirando con fijeza a Cardona—, un paralítico no podría venir a esta clínica. Yo suelo cuidarme de todos los pacientes necesitados que lo merecen. A veces, puedo dar un consejo que, si lo siguen, los cura sin necesidad de la visita de un médico.

—Quiere usted decir que mi hermano Howard...

—Quiero decir que este caso puede ser tratado satisfactoriamente, si usted simplemente sigue mi consejo. Después no tendrá que preocuparse más.

José Cardona estaba perplejo. Había esperado que Dubrong recomendase a un médico para el mítico hermano; la extraña declaración que indicaba una cura inmediata para una parálisis, era algo que el detective no acertaba a comprender.

El doctor Dubrong se había alzado de su sillón. Paseaba arriba y abajo, en el otro lado de la mesa de escritorio. Tenía las manos a la espalda. Sus ojos parecían mirar al espacio; sus labios dibujaban una sonrisa delgada y suave.

—La enfermedad en este caso —dijo el doctor Dubrong—, es muy singular. Puedo definirla en una sola palabra. —Hizo una pausa; luego añadió:— "Patillas".

Cardona dirigió una mirada de asombro al doctor cuando este miró en su dirección. Dubrong seguía sonriendo. Sus ojos brillaban astutamente.

—Patillas —repitió—. Son muy incómodas, especialmente para los que no están acostumbrados a llevarlas. Más aún, pueden ser causa de ilusiones extrañas, mentales. Pueden hacer que un hombre normal se imagine que tiene un hermano paralítico. ¿Está usted conmigo, señor Cardona?

Las palabras finales fueron pronunciadas de manera tan suave que pillaron a Cardona desprevenido. Su nombre, pronunciado por Dubrong, parecía repetirse en ecos en su mente. Mientras el detective estaba sentado estólidamente en su silla, el doctor hizo una sugerencia. Declaró:

—Ha venido usted a evacuar una consulta. He hecho un esfuerzo especial para darle mi consejo. No obstante, preferiría que hablásemos con franqueza, cara a cara. A menos, Cardona, que usted prefiera que yo también me disfrace.

Percatándose de que había sido descubierto, el primer impulso

del detective fue hacer una fanfarronada. Pero comprendió que este plan sería una locura.

Era indudable que Dubrong había reconocido la identidad de su visitante.

De mal humor, José Cardona se quitó el sombrero, la peluca y su falsa barba, revelando su rostro moreno.

Comentó Dubrong, sentándose de nuevo:

—Esto es mejor. Ahora, Cardona, podemos discutir el propósito de su inesperada visita.

Había un matiz de sarcasmo en la voz del médico. Antes de que el detective pudiese contestar, Dubrong continuó en su tono irónico. Declaró:

—Hago un estudio de los seres humanos. Muchos tipos vienen a este consultorio. Me han consultado ladrones, asesinos, gangsters; pero jamás hasta ahora un detective distinguido.

"Un hombre de menos penetración que yo podría haberse molestado por semejante visita. Nos vimos hace dos noches, en el escenario de unos crímenes. En esa ocasión le facilité a usted una excelente hipótesis sobre la muerte de Rutherford Casslin. Y observo que la Prensa, hace resaltar las cualidades criminales del hindú que yo manifesté era el asesino.

"El hecho de venir aquí indicaría cierta duda por su parte; a lo menos eso parecería a una persona desconfiada y recelosa. Mas para mí, Cardona, la verdad es evidente. Comprendiendo que yo debo haber estado observando en mi clínica, la escogió usted como lugar adecuado para hacer algunas observaciones. —Tras una pausa, añadió:— Admiro, en verdad, la amistad que ha demostrado al no informarme que tenía el propósito de hacer esta visita. Es una prueba de consideración por su parte. Pensaba usted probablemente que tal vez no me agradaría. Por el contrario, es usted bien venido. Si esa barba no le molestase, le sugeriría que la usase siempre que viniese aquí. Si está usted interesado en tipos de los bajos fondos sociales, en tipos de hampa, encontrará un verdadero muestrario de ellos en mi sala de espera; y duda que ninguno de ellos sea lo bastante agudo para descubrir su verdaderamente magnífico disfraz.

"Francamente, casi me engañó. Pero mientras usted estaba sentado ahí, lo observé y comprendí quién era usted. Vi que abrigaba la intención de quitarse la barba y revelarse, por temor a

que yo interpretase mal su visita. Por este motivo, sugerí que se despojase de su disfraz.

José Cardona crispó los puños. Le habría gustado estrangular a ese hombre de modales suaves, que hablaba en tono burlón. No contento con desenmascararle, Dubrong le había ahorrado también la molestia de dar una excusa. El doctor se deleitaba de haber descubierto el ardid de Cardona.

Dubrong había cesado de hablar. Sus ojos interrogaban ahora. Cardona creyó que sus sospechas se cristalizaban en una opinión definida. Se dio cuenta de que no podía rivalizar en ingenio con el doctor Lysander Dubrong.

—Bien —gruñó—. Pensé que tal vez uno de esos hindúes vendría aquí. Estaba algo preocupado por usted, doctor. Eso es todo. Supongo que no debería haberlo estado. Probablemente, es usted muy capaz de defenderse aquí.

—Por supuesto —sonrió el doctor—. Abrió un cajón de la mesa y sacó un revólver de cañón chato —. Llevo esto siempre encima. ¿Le gustaría ver el permiso de uso de armas?

—No —replicó el detective—. Me figuré que usted llevaría un revólver, doctor. Y pensé que sería mejor asegurarme de que no ocurría nada. No quise presentarme de improviso como detective. Quizá algunos de sus pacientes se habrían marchado, si hubiesen visto a un detective.

—Otra muestra de su consideración —elogió Dubrong, con una leve sonrisa—. Bien, Cardona, si en algo puedo servirle, no tiene más que decirlo. ¿Cómo marcha el caso Casslin?

—No se han obtenido resultados todavía —declaró Cardona—. Hemos averiguado que el hindú se llama Tippu, pero no hemos localizado a nadie que sepa gran cosa de él.

—Lo tendré en cuenta —repuso Dubrong—. Hay mucha gente del hampa que dicen a un médico lo que no dirían a un detective. Bien —Dubrong miró su reloj—; tengo que marcharme. Sugiero que vuelva a disfrazarse y me permite acompañarle a la puerta.

Con una sonrisa acre, Cardona recogió su barba postiza y se la puso, así como la peluca y el sombrero.

El doctor Dubrong movió la cabeza en señal de aprobación, pero todavía seguía sonriendo. Se levantó y acompañó al detective a una puerta trasera del despacho. Cruzaron un vestíbulo y llegaron a otra

puerta, por la cual Cardona pasó solo. El doctor Dubrong cerró con llave la puerta, después que el detective se hubo marchado.

Volviendo a su despacho, el doctor cerró con llave la puerta del vestíbulo y soltó una risita. Parecía estar muy contento de haber desenmascarado a Cardona. Pero no se dio cuenta de que él, a su vez, se estaba desenmascarando. Los ojos escrutadores de La Sombra no se habían movido del otro lado de la puerta de antesala.

Sentado a su mesa, el doctor permaneció un rato sumido en sus pensamientos. Su rostro mostraba algunos cambios singulares; sin embargo, era imposible adivinar sus pensamientos por medio de sus expresiones fugaces. Al fin, bajo un impulso súbito, Dubrong salió de su ensimismamiento. Se alzó y se dirigió hacia la antesala. La Sombra se deslizó hacia la parte oscura del cuartito. Cuando el doctor Dubrong abrió la puerta del consultorio, un rayo de luz entró, pero no descubrió a la figura inmóvil y silenciosa que estaba arrimada a la pared.

Aun en el disfraz de un hombre ciego, La Sombra se había puesto su color habitual: el negro. Sombrío como siempre, había adoptado el disfraz negro con tanta facilidad como un camaleón toma el color de lo que le rodea.

Además, Dubrong observó algo que atrajo su atención. Vio que la luz estaba apagada. Soltó una risita al mirar hacia el techo, y maquinalmente abrió la puerta.

Pensó que se trataba de un ardid del detective, mientras éste estuvo en el vestíbulo. Dio vuelta al interruptor. La luz no se encendió. Encontrando que no podía alcanzar la bombilla, siguió adelante cruzando la sala de espera.

La Sombra se movió rápidamente entonces. Entró en el despacho y miró a su alrededor. Oyó que Dubrong volvía con una silla, para ajustar la luz. La Sombra observó los armarios del rincón. Se deslizó hacia ese lado.

Agazapado en el rincón, probó suavemente de abrir los armarios. Dos estaban abiertos; el tercero, cerrado. La cerradura era fuerte y moderna. La luz que venía de la antesala era señal de que Dubrong había ajustado la bombilla.

La Sombra se enderezó y cruzó el consultorio. Oyó que el médico llevaba la silla a la sala de espera.

Había dos puertas en la parte posterior de la sala de consulta.

Cardona había pasado por la de la izquierda. La Sombra se dirigió hacia la de la derecha. Era la puerta de un gran armario, donde colgaban varias chaquetas y gabanes. La Sombra se deslizó hacia la parte posterior y quedó allí, oculta su elevada figura por las prendas.

Pocos minutos después, el doctor Dubrong llegó. Tomó uno de los gabanes, cogió un sombrero de una percha y cerró la puerta. El ruido sordo de la otra puerta trasera, anunció su partida de la sala de consulta.

Breves instantes después, La Sombra reapareció. Al quitarse sus pesadas gafas, apareció un rostro parecido al de un halcón, con mejillas infladas que ni el mejor examen hubiera podido descubrir que era postizo. Volvió al armario cerrado, pero no intentó forzar su voluminosa cerradura.

Sacó una minúscula lámpara de bolsillo. Agachándose enfocó el haz de luz por las ranuras, que señalaban la parte delantera del armario. Sus ojos agudos escrutaron el interior. Una risa susurrada brotó de labios inmóviles.

La luz de la linterna eléctrica se extinguió. La Sombra volvió al armario. Al otro lado de las chaquetas y gabanes, realizó otra inspección, que, como la visita al armario, provocó otra risa susurrada.

Oprimiendo con los dedos a lo largo de la orilla, fue recompensado por un ruido de chasquido. La parte trasera del armario se abrió.

La Sombra entró en un armario más pequeño. Suavemente abrió la puerta que había al otro lado. La puerta secreta, corrediza, se cerró tras él. En su papel de un ciego con gafas, entró en la salita de la planta baja de una casa desierta. A la derecha, una puerta daba a la calle. Estaba cerrada con llave, pero se abrió fácilmente cuando La Sombra usó una ganzúa.

Una pausa breve. Luego el ciego de hombros encorvados salió de la acera.

Cerró la puerta tras sí. Se alejó, golpeando ligeramente con su bastón a medida que avanzaba.

El sitio adonde el fingido ciego había salido no era una calle transversal. Era un callejón sin salida que La Sombra, de día, reconoció como el lugar que había visitado durante la noche.

¡La salida secreta del despacho del doctor Dubrong, había llevado a La Sombra al mismo callejón sin salida donde Limps Silvey desapareció la noche anterior!

## CAPÍTULO X

### MELKEN ENCUENTRA UN AMIGO

**H**ABÍA cerrado la noche sobre Manhattan. Bart Melken, sentado a una mesa en un rincón de su suntuosa habitación del hotel, miraba por la ventana. Las luces de la gran ciudad, el lejano resplandor del Rialto, eran desalentadores más bien que atractivos para el joven que servía de secuaz del "Grajo".

El teléfono repiqueteó. Estaba tan sólo a unos metros del lugar donde Bart Melken estaba sentado. El repiqueteo le sobresaltó. Con mano temblorosa, alzó el receptor del teléfono.

Temía que fuese un mensaje del "Grajo"; una orden severa encargándole otra misión para el bandido que se dedicaba al robo sutil, y al asesinato en lugar secundario.

Bart conocía la voz del "Grajo". Exhaló un suspiro de alivio al oír otra voz.

—¡Hola, Bart! —dijo una voz amistosa—. ¿Cómo te ha ido desde que te vi la última vez?

—¿Quién habla? —tartamudeó el joven.

—Farrell Sarborn —fue la respuesta—. Acabo de desembarcar en Nueva York. Te telefoneé anoche, pero no tuve respuesta.

—¡Farrell Sarborn! —exclamó Melken, aliviado—. ¿Dónde estás, Farrell?

—En un piso de la calle Sesenta y Ocho —contestó su interlocutor desde el otro extremo del hilo—. Ven y verás el lugar. Adquirí algunos objetos exóticos cuando estuve en América del Sur.

Bart Melken repitió las señas cuando Sarborn se las daba. Prometió ir a visitar a su amigo al instante. Saliendo del piso, bajó al vestíbulo del hotel, llegó a la calle y llamó a un taxi.

De nuevo, seguían al joven. Sin embargo, no era La Sombra

quien él seguía los pasos esa noche.

Así como Cliff Marsland servía de vigía en los bajos fondos sociales, así también Harry Vincent seguía todos los rastros en los barrios aristocráticos.

Ambos subordinados servían perfectamente a La Sombra. Desde que el rey de la noche siguiera a Melken a su punto de reunión con Bing, otros deberes requirieron su atención.

A Harry Vincent quedó confiada la tarea, de tener a su jefe informado de los movimientos de Bart Melken. El taxi se detuvo delante de una casa de viviendas de la calle Sesenta y Ocho.

Bart Melken se apeó, pagó al taxista y entró en el vestíbulo. Encontró un timbre al lado de una tarjeta que ostentaba el nombre de Farrell Sarborn. La puerta se abrió con un chasquido y entró.

Un segundo después, Harry Vincent penetró en el vestíbulo. Vio el botón deprimido, sin liberar aún por una puerta que se cerraba. Sabía a qué piso había ido Melken. Salió a informar de su descubrimiento a La Sombra.

En el tercer piso, Bart Melken observó una puerta abierta. Enmarcada allí estaba la figura de Farrell Sarborn. Alto y delgado, en mangas de camisa, Sarborn le recibió con una sonrisa amistosa al tenderle su mano.

Unos minutos después, los dos hombres estaban sentados en el gabinete de Sarborn, y un criado moreno y rechoncho les llevaba unas bebidas en una bandeja. Sarborn indicó con el pulgar al sirviente.

—Este es Jalon —dijo—. Le traje de Caracas. Necesitaba un criado y él habla inglés. Ha trabajado en los Estados Unidos. Quería regresar.

Bart Melken asintió con un movimiento de cabeza. Estaba acostumbrado a la manera de hablar viva y alegre de su amigo. Melken no era hombre de muchos amigos, aunque tenía numerosos conocidos. Sin embargo, estaba acostumbrado a considerar a Sarborn como un verdadero amigo.

Aunque Sarborn no pertenecía a la flor y nata, podía alternar perfectamente en cualquier compañía. Tenía dinero y era un viajero. Hace unos meses partió para América del Sur. Su regreso había sido completamente inesperado. Para Bart Melken, constituía un acontecimiento grato.

Pues aunque Bart no había dicho jamás una palabra a nadie respecto al poder que el "Grajo" tenía sobre él, siempre creyó que si llegaba una crisis podría confiar en Farrell Sarborn. El viajero era en verdad un hombre de mundo; su rostro agudo y enigmático lo demostraba.

Tenía a lo menos una docena de años más que Bart Melken; y esto también inspiraba a Bart una mayor confianza en el juicio de su amigo.

Bart Melken sintió que una crisis era inminente ahora. No abrigaba el propósito de hablar de ello detalladamente, ni siquiera a Farrell Sarborn, pero vio en la presencia del viajero, una ocasión para tener un compañero que podría servirle cuando la crisis se presentase.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó Sarborn, en tono amistoso—. ¿No te has casado todavía?

—Todavía no —contestó Bart—. Simplemente he estado matando el tiempo por Nueva York. Desde luego, veo con frecuencia a Ivonne. Esta noche es una excepción.

—Ivonne es una muchacha maravillosa —dijo Sarborn—. Tienes mucha suerte en casarte con ella. Espero que no habrás estado haciendo travesuras, que no habrás hecho ninguna locura.

—Así es —contestó Bart, con voz sorda. Los ojos de Sarborn brillaron. El viajero sorbió de una copa, y miró con fijeza a su compañero.

Bart Melken se sintió intranquilo. Intentó dominar su inquietud.

—¿Qué has estado haciendo, Farrell? —preguntó, cuando su amigo no hizo ningún comentario—. ¿Has visto mucho de América de Sur?

Sarborn soltó una risita.

—América del Sur —declaró—, tiene la culpa de que me encuentre en este piso. De no haber estado allí, probablemente estaría hospedado en el Ritz. Pero tengo que alojarme en un sitio donde pueda tener mis animalitos favoritos.

—¿Tus animalitos favoritos?

—Sí —Sarborn se alzó e hizo una seña. Bart le siguió a una habitación amueblada.

Allí, en una jaula grande y ancha, Melken observó a una docena de aves de verde plumaje posadas solemnemente en sus perchas.

—Loros —observó Sarborn—. He hecho un estudio de ellos, y me he traído éstos.

—¿Charlotean mucho? —preguntó Melken.

—Estos no —repuso Sarborn—; pero allí está el sujeto que lo hace, cuando se siente de humor para ello.

Melken se volvió hacia el rincón de la habitación.

Allí, posado sobre una barra metálica, frente al profundo antepecho de la ventana, había uno de los pájaros más hermosos que había visto en su vida.

Su plumaje era de un rojo vívido; y el tamaño también extraordinario. Medía unos noventa centímetros de la cabeza a la cola.

—Es un guacamayo escarlata, grande —explicó Sarborn—. Una especie que rara vez se encuentra en cautividad. Este pájaro vale más que todo el cargamento de loritos.

—¿Habla?

—Sí. Cuando se le insta y mima. Lo he amaestrado.

Sarborn se aproximó al ave. Alargó la mano y rascó la cabeza del guacamayo. El pájaro empezó a rizar las plumas de la garganta y abrir el pico, pero no salió ningún sonido. Sarborn continuó el tratamiento. Hizo seña a Melken de que fuera hacia la puerta.

—Ahora acércate al pájaro —ordenó—. Haz como si le amenazaras. Pero detente, antes de aproximarte demasiado.

El guacamayo observaba a Melken mientras movía su pico. El joven siguió las instrucciones de Sarborn. Al avanzar resuelto, un agudo aviso salió del guacamayo escarlata.

—¡No te acerques! ¡No te acerques!

Melken se detuvo en seco al oír el agudo chillido.

Sarborn, rascando aún la cabeza del pájaro, se rió de la sorpresa de su amigo. Dio otra orden.

—Procura ser más amable —dijo—. Luego te alejas y simula que vas a salir por la puerta.

Melken siguió las instrucciones. Al vacilar delante de la puerta, otra llamada salió del pico tembloroso del guacamayo.

—¡Vuelve aquí! ¡Vuelve aquí! —chilló el pájaro.

—¡Es extraordinario! —exclamó Melken, cuando el grito murió—. Este pájaro parece poseer una inteligencia casi humana.

—Es observador —dijo Sarborn—. Más aún, posee cierta aptitud

para recordar las cosas que oye. Escoge solamente las palabras que le atraen. Prueba alguna.

—Nueva York —sugirió Melken.

—Repítelo —ordenó Sarborn—. Recalca el nombre.

—Nueva York... Nueva York...

—¡Nueva York! —chilló el guacamayo—. ¡Nueva York!

Melken lanzó una carcajada, y Sarborn cesó de acariciar la cabeza del pájaro. El guacamayo siguió hinchando la garganta, pero no emitió ningún otro grito. Melken se aproximó, rascó la cabeza del pájaro; no hubo respuesta.

—No obedece a nadie más que a mí —explicó Sarborn—. Hablando de pájaros... aquí hay algunos huevos interesantes. Traje una pequeña colección de América del Sur. —Señaló una caja de cristal que había en un rincón. Allí, Melken vio una variedad de huevos de diferentes tamaños. Observó un huevo grande y manchado de unas tres pulgadas de largo.

—¿Qué especie de huevo es éste? —preguntó.

—Un huevo de cóndor —replicó Sarborn—. El cóndor es uno de los pájaros más grandes. Vuela a altitudes más elevadas que el águila.

—Debe ser difícil obtener sus huevos.

—No. No tienen hábitos especiales para sus nidos. Se encuentran sus huevos en las rocas, en las montañas. Tales huevos no son raros.

Un ligero ruido vino de una caja que había en un rincón. Melken miró en esa dirección. Sarborn se acercó y alzó la tapa de la caja. Un monito asomó la cabeza.

—¿También te dedicas a criar monos —rió Melken, al ver que el animalito saltaba a los brazos de Sarborn.

—No —dijo éste—. Lo intenté, pero tuve que dejarlo. Dentro de poco me desharé también de esta bestia. Es muy cariñoso, pero muy molesto. Pertenece a una especie común de mono sudamericano llamado “sapajou”.

El simio había asido la corbata de Sarborn. Se dispuso a ascender por esta cucaña improvisada. Sarborn se lo impidió cogiendo el animalito por el cuello y volviéndolo a meter en la caja. Luego cerró la tapadera y regresó al gabinete.

—Bueno —dijo—, ya has visto mi colección. Ahora te darás cuenta por qué no me he hospedado en el Ritz. Me parece que no

me voy a quedar más que con el guacamayo.

—¿Cuánto tiempo piensas permanecer en la ciudad? —preguntó Melken con ansiedad.

De nuevo, Sarborn lanzó a su amigo una mirada inquisitiva. Parecía darse cuenta de la preocupación que embargaba a Melken.

—Todavía me quedaré unas semanas —respondió—. ¿Por qué?

—A causa de lo sucedido en el castillo de Casslin. Ya lo habrás leído en los periódicos.

—¿El asesinato del millonario?

—Sí.

—¿Estuviste allí cuando se cometió?

—Sí.

—¡Hum...! —El joven movió la cabeza—. Es un asunto endiabladamente misterioso. No está complicado ninguno de los huéspedes, ¿verdad?

—No —respondió Melken—, pero estoy preocupado a pesar de eso. Farrell, han habido una serie de robos durante algunos meses; robos que han tenido lugar en casas que yo había visitado. Esta es la primera vez en que el robo ha sido precedido de un asesinato.

—¿Y tú crees?

—No sé qué pensar. Estoy nervioso como si fuese culpable. Debe haber un criminal detrás de todo esto, un bandido insaciable y temo que los robos y homicidios se sucedan.

—¿Y a ti qué...'

—Pues es muy sencillo. —La voz de Melken adquirió un tono de gravedad—. Da la impresión de que hay alguien relacionado con estos crímenes, que entra impunemente en las casas en que se cometen. Cualquiera que sea un poco observador se dará cuenta en seguida.

—¿Quieres decir que sospecharán de ti?

—¿De mí precisamente, no —repuso Melken apresuradamente—. Pero las sospechas recaerán sobre alguna persona o algunas y yo podría ser una de ellas.

—O también podría suceder —añadió Sarborn lentamente—, que alguien se diera cuenta de que tú sabes demasiado y te suprimiese.

—No sé —prosiguió Melken—. De lo que sí estoy seguro es que la muerte de Casslin me ha afectado terriblemente. Tengo el

presentimiento de que una amenaza terrible se cierne sobre mi cabeza. Nosotros somos viejos amigos. Tú eres el único a quien puedo confiar todo esto.

Sarborn se levantó y palmoteó el hombro de su amigo. Esta acción pareció inyectar ánimo a Melken. Había una firmeza en los modales de Sarborn que inspiraban confianza.

—No te preocupes más, chico —dijo Sarborn—. Si tienes alguna idea del sitio de dónde puede venirte esa amenaza, dímelo y te ayudaré. Si no te crees lo suficientemente fuerte, para enfrentarte tú sólo con esos enemigos hipotéticos, los venceremos entre los dos. Me gusta la lucha y por placer he combatido con todo lo que me ha salido al paso, desde las serpientes hasta los orangutanes.

Bart Melken movió la cabeza afirmativamente. Bajo esta persuasión, estaba dispuesto a continuar hablando.

—En el domicilio de Casslin —continuó—, Ivonne vio un rostro en la ventana. Ella me lo dijo. Fue un poco antes del asesinato. Luego se lo contó a la policía, pero yo no le dije que ella me lo había comunicado tan pronto como lo vio.

Después de enjugarse la frente sudorosa prosiguió:

—Esto es lo que más me preocupa, Farrell. Desde ahora en adelante me amenazará un peligro. No puedo remediarlo, pero tengo la impresión de que es así. Si a ciertos criminales mezclados en este asunto les parezco peligroso para su seguridad, no tardaré en sucumbir.

—Anímate, Bart. Todo esto es muy interesante. Vale más que te vayas ahora y ya saldremos de paseo de vez en cuando y se equilibrarán tus nervios.

Bart Melken estrechó calurosamente la mano de su amigo. Ahora se daba cuenta de lo que valía una buena amistad. Poco después de abandonar el aposento de Sarborn, se dijo a sí mismo que había adelantado algo.

# CAPÍTULO XI

## LAS ORDENES DEL "GRAJO"

**H**ABÍAN transcurrido dos días desde la visita de Bart Melken a su amigo.

Aquellos dos días habían sido de gran ansiedad para él. El cómplice del "Grajo", sabía que no tardaría en recibir otra orden para representar su papel secundario en un nuevo crimen.

Había horas, pasado el atardecer, en que acostumbraba encerrarse solo en su habitación del hotel. Aquello formaba parte de las instrucciones de su verdugo. Esta tarde, se había recluso como siempre en su habitación.

Hoy más que nunca tenía el presentimiento de que recibiría las órdenes del "Grajo".

Su situación era bien singular. Experimentaba extrema ansiedad porque nadie lograra descubrir al "Grajo". Sin embargo, él deseaba saber quién era este personaje con toda su alma.

Su propósito era encontrarse con el genio del mal frente a frente y así podría imponerle condiciones que le dieran la libertad.

Hasta la fecha, no tenía la menor sospecha de quién podría ser su misterioso jefe. Este hecho aumentaba su afán por desenmascararlo. Con Farrell Sarborn como aliado aumentarían sus posibilidades para conseguirlo.

No tenía la menor idea de que La Sombra estuviese también interesado en lo mismo que él. Para el joven no intervenían, además de él, más que la policía y el "Grajo". Sin embargo, la participación de La Sombra en lo que se refería a Bart Melken, era mucho más importante de lo que el joven suponía.

La habitación en que se hallaba Bart Melken, había sido provista durante su ausencia de un dictáfono. En una habitación adyacente

del hotel, un hombre escuchaba en silencio. Harry Vincent, agente de La Sombra, no sólo vigilaba a Bart, sino que tenía orden de tomar nota de cualquier mensaje que recibiera el joven.

El timbre del teléfono sonó, cuando Bart Melken estaba abismado en profundas reflexiones. Ivonne Lydell le llamaba. Bart experimentó un consuelo infinito cuando oyó su voz. Iniciaron una rápida conversación.

—¿Esta noche? —preguntó él—. Ciertamente... Iré a buscarte a casa de Winchendon..., Sí... Espero llegar allí alrededor de las nueve y media... Luego te llevaré a casa... Perfectamente... ¡Ah, óyeme! ¿Ha regresado tu padre de Florida?... ¿La semana que viene?... Por nada; creí que vendrías antes... Muy bien, Ivonne. Hasta luego.

Colgó el auricular. Empezó a medir nerviosamente la habitación. El teléfono repiqueteó de nuevo. Tuvo un instante de vacilación. Luego acudió de mala gana. Su rostro adquirió un tinte pálido al escuchar la voz que le llamaba.

Era el "Grajo".

Existía una característica en la voz del "Grajo", que siempre colocaba a Bart en una situación de inferioridad. El "Grajo" raramente hacía preguntas.

Se limitaba estrictamente a dar órdenes. Parecía haber planeado de antemano todos sus crímenes. Además, la forma en que le hablaba le hizo sospechar que el "Grajo", no ignoraba nada de cuanto se refería a él.

—Esta noche —decía la voz de extrañas inflexiones—, iré al domicilio de Silas Winchendon.

—Sí —tartamudeó Melken—. Iré a casa de Winchendon.

—Hará la señal de costumbre —ordenó el "Grajo"—. Espere hasta que todos los huéspedes estén reunidos en el gabinete. La señal la hará desde las puertas vidrieras laterales. Entonces se retirará y obrará igual que los demás.

—¿A qué hora? —preguntó Melken.

—A cualquiera después de las diez.

—Espere un momento —empezó a decir Melken—. No sé si esta noche...

Oyó un chasquido el "Grajo" había dado fin a la conversación. Bart no tendría más remedio que cumplimentar las órdenes recibidas o atenerse a las consecuencias.

Melken prosiguió su interrumpido paseo de un lado a otro de la habitación.

Murmuraba algo entre dientes, pero las palabras carecían de sentido.

Harry Vincent, en la otra habitación había tomado nota de lo poco que se dijeron el "Grajo" y Bart Melken. Sólo revelaban que el joven tenía que efectuar un importante servicio en casa de Winchendon, esta misma noche.

Transcurrieron varios minutos. Melken, con un suspiro de resignación, descolgó el auricular telefónico con mano trémula. El cómplice del "Grajo" estaba perdiendo la serenidad. Temía fracasar en la obra que iba a emprender.

Escogió el único camino que le quedaba. No podía contar con otra ayuda que la de su amigo Farrell Sarborn. Decidido, dio al operador el teléfono de su amigo. Cuando oyó la voz optimista y calmosa de Farrell, sintió renacer su confianza. Inició una conversación tan rápida que Harry Vincent apenas podía tomar nota.

—Soy Bart Melken. Escucha, Farrell. Todavía estoy nervioso. Mucho más que nunca. Tengo que salir esta noche... Iré a casa de Silas Winchendon. De buena gana me largaría a otro sitio cualquiera.

Sarborn respondió que aquello tenía fácil solución. Melken prosiguió:

—El caso es, Farrell, que Ivonne estará allí. Le extrañaría que yo no fuera. Le he prometido que la llevaría a casa después de la reunión. Voy a decirle lo que he pensado. Quisiera que me acompañaras. Voy a llamar a la señora Winchendon, pero es necesario encontrar una buena excusa para llevarte.

Sarborn le preguntó la clase de gente que eran sus futuros anfitriones.

—Excelentes personas. A los Winchendon les gusta invitar a todos los que pueden ofrecerles alguna diversión original.

Cuando Bart Melken oyó la proposición que le hacía su amigo, su pálido rostro se coloreó de admiración.

—¡Magnífico! —exclamó—. Si les largas una disertación sobre la vida de los pájaros en América del Sur y traes el guacamayo contigo, quedarás como un ángel. Serás la sensación de la fiesta,

Farrell.

Una pausa; luego añadió:

—En efecto. Llamaré en seguida a la señora Winchendon. Si no te vuelvo a llamar, haz lo que hemos concertado. Iré a buscarte en un coche. ¡Es muy importante para mí, Farrell! No te arrepentirás de haberme ayudado. Luego te diré algo más de mi situación. ¡Gracias, chico! ¡Hasta luego!

Colgó y a continuación hizo otra llamada al domicilio de Silas Winchendon.

Como había supuesto no hubo dificultad por parte de Winchendon, para que Farrell fuese con él en calidad de invitado. Su descripción del notable guacamayo rojo atrajo tanto la atención de la señora Winchendon, que su invitación parecía destinada más bien al pájaro que a su dueño.

Bart Melken experimentó una sensación de legítimo orgullo después de concertar ese acuerdo. Sabía que se cernía una catástrofe. No había recibido del "Grajo" más especificación que la orden para hacer la señal de costumbre.

Lo que se proponía el atrevido criminal era algo que ignoraba el joven.

La presencia de Farrell tenía un valor extraordinario para él. Esta era la causa de la seguridad de Melken. Presentía que la compañía de su amigo le daría el valor necesario para hacer la señal o para negarse a hacerla.

Pero en el fondo de su corazón tenía un cierto resquemor. Como les pasa a todos los que carecen de voluntad, había subordinado la suya a la del "Grajo" y siguió sus órdenes con la docilidad de un cordero. Ahora, la sensación de la protección psíquica, que le proporcionaría la fuerte personalidad de Farrell Sarborn, le hizo adquirir un valor sintético. Había perdido el miedo a las consecuencias que se derivaran de la prosecución de su nefasta obra o de su desobediencia a las órdenes del "Grajo".

Cuando se reclinó sobre una otomana, no suponía que su conversación telefónica contribuiría a allanarle el camino con respecto a las consecuencias posibles. Las palabras pronunciadas por él habían sido cuidadosamente anotadas. Harry Vincent encerraba ya en un sobre los informes que había de remitir a La Sombra.

Eran cerca de las cinco. La última llamada de Melken había tenido lugar poco antes de esa hora.

Apenas había transcurrido unos segundos, cuando Harry Vincent apareció en el vestíbulo del hotel de Melken. El agente de La Sombra llamó a un taxi y se dirigió a un enorme rascacielos, el Badger Building.

Tomó el ascensor, que le llevó hasta uno de los pisos altos y entró en una oficina que tenía el siguiente cartel en la puerta:

*RUTLEDGE MANN*

*Inversiones*

En una habitación del interior, Harry se enfrentó con un individuo de rostro letárgico y mofletudo que estaba detrás de una mesa escritorio junto a una ventana.

Era Rutledge Mann, que servía como enlace de La Sombra, de investigador especial. Harry dio a Mann el sobre cerrado que contenía su informe. Poco después cerró la oficina y salió.

A los pocos minutos, Mann abandonó el Badger Building y tomó un coche que lo condujo a la calle Veintitrés. Entró en un edificio sórdido y ascendió por las escaleras carcomidas. Se detuvo frente a una oficina en cuya puerta de sucios cristales aparecía un nombre:

*B.JONAS*

Mann dejó caer el sobre por la abertura destinada a recibir el correo. Miró fijamente a la puerta, cuyo cristal esmerilado impedía ver lo que sucedía en el interior. Parecía completamente desierto aquel lugar.

Veíanse telas de arañas colgando sobre la puerta. Según todas las apariencias, nadie había visitado aquella habitación desde hacía varios meses.

Sin embargo, Mann sabía que la carta que había depositado en el buzón llegaría a su destino. La Sombra recibiría aquel informe igual que otros muchos que él había llevado a aquel mismo sitio.

Nadie se acercó a la puerta después de salir Mann. Sin embargo, la carta estaba ya en manos de su destinatario. Todo esto ocurría en un cuartito silencioso y misterioso en el intrincado laberinto de Manhattan.

Un chasquido resonó en la profunda oscuridad reinante. Brilló una luz azulada. Sus rayos se concentraban por una pantalla opaca y su iluminación revelaba la pulida superficie de una mesa negra.

Dos manos blancas surgieron a la luz. Entre ellas se veía el sobre que había entregado Harry Vincent a Rutledge Mann: ¡las manos de La Sombra!

Un símbolo de la identidad lo constituía la gema, que reflejaba la pálida luz que adornaba el dedo medio de la mano izquierda. Era un girasol único, un ópalo de fuego de deslumbrante resplandor. La extraña piedra lanzaba fúlgidos destellos, que parecían provenir de un carbón al rojo.

El informe de Harry Vincent salió del sobre.

Estaba escrito con tinta, pero usaba una clave. Para La Sombra el significado de la nota era clarísimo. El genio de la oscuridad de enteró así de las conversaciones telefónicas sostenidas por Bart Melken durante el día.

¡Cosa extraña, las palabras azuladas empezaron a desaparecer tan pronto como La Sombra las hubo leído! Una mano invisible parecía ir borrándolas una a una. Este fenómeno se debía a la tinta especial que tanto La Sombra, como sus agentes empleaban en su correspondencia particular. Lo escrito desaparecía poco después de haber tomado contacto con el aire.

Las conversaciones de Melken aparecían poco claras en algunos detalles, especialmente la celebrada con el "Grajo", pero el informe proporcionó al súper sabueso todos los detalles que deseaba saber.

Esta noche se proyectaba un atentado criminal en el domicilio de Silas Winchendon. Bart Melken, nervioso e inquieto, había llamado a un amigo para tenerlo cerca, sin revelar ningún hecho a aquél.

Melken había recibido órdenes perentorias de su jefe y La Sombra sabía ya el nombre con que se encubría el misterioso criminal.

El "Grajo" se proponía efectuar otro golpe de audacia, esperando obtener el mismo éxito que el cometido en la residencia de Rutherford Casslin.

Aunque no había mencionado su proyecto, La Sombra pareció presentir la clase de robo que el bandido había planeado.

## CAPÍTULO XII

### CARDONA PERSISTE

**M**IENTRAS La Sombra examinaba en su santuario, los informes que le colocaban de nuevo sobre las huellas sangrientas del "Grajo", José Cardona, en su despacho de la Jefatura, consideraba con fruncido ceño la situación con que debía enfrentarse.

Desde que tuvo que tragar las amargas píldoras de los sarcasmos del doctor Dubrong, Cardona buscaba su desquite. Reconoció humildemente que Dubrong era demasiado listo para él.

Sin embargo, Cardona había sacado una conclusión asombrosa. El detective estaba seguro de que alguien le había reconocido, cuando estuvo en la sala de espera del doctor. Tenía la convicción de que el galeno conocía su identidad antes de enfrentarse con él.

Cardona se basaba en el hecho de que el doctor Dubrong, le había recibido faltando a la norma establecida de admitir enfermos a la consulta después de dar la una. El detective se devanaba los sesos pensando en quién podía ser su delator.

En las dos horas que duró su espera, examinó atentamente los rostros de sus compañeros accidentales. Uno solamente despertó sus sospechas. Era el individuo con quien se encontraba a la puerta de la clínica: el andrajoso tullido llamado Limps Silvey.

¿Había alguna relación entre Limps y Dubrong? Se propuso averiguar. Por esta razón encargó a algunos confidentes a Limps Silvey. Sin embargo, hasta la fecha poco habían conseguido.

Limps había aparecido a intervalos. Volvió a visitar la clínica del East Side y se le había visto vagar de noche por las calles de la ciudad.

Al ver que se presentaba otra noche sin lograr averiguar nada sobre Limps, Cardona se enfureció. Estaba convencido de que el

débil hombrecillo estaba al servicio de Dubrong.

El teléfono empezó a sonar. Cardona asió el auricular. Reconoció la voz de uno de los confidentes.

—Ya sabemos con quién se trata Limps Silvey. Entra y sale de la casa en que vive Bing Claver. Ahora está allí y me parece que permanecerá todavía un buen rato.

—Perfectamente —ordenó Cardona apresuradamente—. Quédate allí hasta que yo vaya.

Oscurecía. No quiso disfrazarse. Presumió que podría seguir a Limps Silvey amparado por la noche.

Salió de la Jefatura. Poco más tarde apareció en la oscura callejuela en que se alzaba el domicilio de Bing Claver. Los confidentes murmuraron algo al ver al detective. Cardona oyó sus palabras.

Por lo visto, Limps Silvey había olvidado sus acostumbradas precauciones.

José Cardona despidió a sus satélites y quedó solo al acecho de su presa.

Imposible generalmente, el detective estaba ansioso esta noche. Tenía sus motivos. Su teoría sobre el asesinato de Casslin, a pesar de su habilidad, no había producido el menor resultado práctico, y, en cambio le había traído la acerba crítica del comisario Weston.

Cardona había tenido que guardar silencio sobre el "Grajo". Si hubiese expresado su idea del bandido misterioso, rey del hampa, el comisario habría llegado al frenesí. Habría considerado todo aquello como un mito.

Sin embargo, Cardona estaba seguro de la existencia del "Grajo". Todas las características del inexplicable asesinato de Rutherford, demostraban la intervención del audaz criminal; pero el crimen continuaba insoluble y el siniestro criminal no había podido ser hallado a pesar de sus incesantes pesquisas.

Cardona se apoyaba en un dato básico, Scoffy le había confiado que el "Grajo" tenía cómplices entre los gangsters. Uno de ellos, Bennie Lizzit, había sido asesinado casi al mismo tiempo que Scoffy.

Donde actuaban los pistoleros siempre había un jefe. Ahora, por primera vez, a Cardona se le ocurrió que el jefe de la banda pudiera ser Bing Claver.

El dominante pistolero, que aparentemente se había retirado de

la vida del crimen, era el tipo de gangster que el "Grajo" había elegido para mandar su legión de asesinos.

Limps Silvey sería también un enlace excelente. Cardona vio la relación posible entre el doctor Dubrong y Bing Claver; podía afirmarlo.

Pasaron varios minutos y Cardona continuaba reflexionando y esperando.

De pronto interrumpió sus meditaciones. Vio un rayo de luz que iluminó la calle tortuosa; luego percibió una figura renqueante que venía hacia él.

Reconoció a Limps y retrocedió hasta el hueco de una puerta sin perder de vista al individuo.

Al parecer, Limps no se dio cuenta de que le vigilaban. El esmirriado cojo dobló la calle y se alejó seguido por el detective. Cardona, con el cuello de su abrigo levantado, miraba fijamente a su perseguido para ocultarse rápidamente cuando éste lanzaba alguna ojeada a su alrededor.

Tan entusiasmado iba el detective con la persecución del tullido, que no volvió la cabeza ni una sola vez. Así, pues, no se dio cuenta de que él, a su vez era también perseguido.

El tercer miembro de este trío se movía con un silencio sólo comparable al de la noche misma. Ninguna señal de su figura era visible, de vez en cuando una mancha estrambótica de negrura sobre la pared, revelaba su misteriosa presencia.

La Sombra, después de abandonar el santuario, había venido a esta parte del bajo mundo neoyorquino. Invisible, sin que nadie sospechara su intervención, observaba la persecución de que José Cardona hacía objeto a Limps Silvey.

Renqueando, el primero de los tres hombres descendió por una callejuela y se detuvo frente a un almacén ruinoso. Astutamente lanzó una mirada a su alrededor y casi cogió desprevenido al detective, pero éste se aplastó contra la pared. Limps no lo debió ver, pues no hizo el menor movimiento y entró en el almacén.

El detective se aproximó y miró por una ventana misérrima. Se apoyó contra la pared y reprimió una exclamación de alegría. Estaba de suerte. Había visto a Limps Silvey.

El cojo se había dirigido al teléfono del almacén. La cabina se hallaba a medio metro por debajo de la ventana. Pero tenía un

cristal roto y el detective oyó perfectamente el ruido característico del disco al marcar el número.

Como antes, Cardona concentró toda su atención en su objetivo. No pensó en nada de lo que le rodeaba. No presintió la proximidad de La Sombra.

A muy poca distancia del detective, con el oído en la pared, el negro fantasma escuchaba también las palabras de Limps Silvey.

La voz del lisiado era ronca, pero se distinguía perfectamente. Limps había conseguido la comunicación. Hablaba.

—Todo listo para esta noche... Me voy de la ciudad... Sí, primero inspeccionaré el lugar... Si todo va bien me ocultaré, pero si no... Vosotros seréis los que pagaréis las consecuencias... Me encontraréis en Corona... A las diez estaré en el café Derry junto a la estación del "metro"... Llamad aquí cuando estéis listos... Decidme lo que penséis hacer esta noche... No, ahora no, luego... Eso es... aquí tenéis el número. —Limps hizo una pausa para consultar una hoja de papel arrugadísima—. Seabright, 0674... ¿Está? Bueno. Hasta después...

Limps salió de la cabina y a poco reapareció en la puerta del almacén. Enfiló la esquina después de mirar a su alrededor. Cardona se aplastó contra la pared, luego salió en su persecución.

De la esquina, divisó a Limps a media manzana de la calle bajo un farol. El lisiado se alejaba cojeando con una velocidad fantástica.

Por un momento, Cardona estuvo tentado de detener la marcha del individuo por medios convenientes. Su mano asió la culata del revólver. En aquel instante, Limps entró en una avenida. Cardona apresuró el paso. Llegó al sitio en que el hombre había desaparecido.

Escudriñando atentamente la avenida, no vio el menor vestigio de Limps.

Observó un callejón que daba a otra calle. Vio luces encendidas en una de las casas. Con desaliento, se dio cuenta de que el cojo se le había escapado de entre las manos.

Apoyado en la pared, pensó en volver a casa de Bing Claver; luego recapacitó.

Tal vez no fuese conveniente hablar a Bing. Si el jefe de la banda proyectaba algo para esta noche, la provocadora visita del detective le serviría de advertencia.

Era indudable que los bandidos planeaban algo; su destino era

desconocido, pero se lo diría a Limps Silvey por teléfono al número de Corona. Allí es donde debía esperar el resultado.

Cardona vio la oportunidad que se le presentaba. No obstante, fue lo suficiente juicioso para seguir más de una pista. Todavía no había transcurrido una hora desde que había abandonado la casa en que habitaba Bing, cuando Cardona decidió que valía la pena echar otra ojeada por allí.

Girando sobre los talones, el detective desanduvo lo andado. Esta vez no le seguía nadie. La sombra desapareció al mismo tiempo que Limps Silvey.

Quando el detective llegó a la calle en que vivía Bing, se dio cuenta de que en el aposento de éste las luces habían sido apagadas.

Un confidente emergió de la oscuridad. Comunicó algo al detective que le hizo gruñir.

—Vi a Bing Claver salir poco después de Limps. No sé dónde fue. No me atreví a seguirle.

—Está bien —gruñó Cardona—. Llámame por teléfono si ves a alguno de los dos.

José Cardona se alejó pensando en la velocidad con que el lisiado había evadido su persecución. Decidió que nadie habría sido capaz de seguir al esmirriado personaje.

Sin embargo, se equivocaba. Había alguien que no había perdido aún la pista de Limps y le iba a los alcances con la misma celeridad. A pesar de su astucia, Limps no se dio cuenta de la persecución de La Sombra.

Con su bastón silencioso, Limps se deslizaba por las tinieblas.

Ojos perspicaces le seguían sin perderlo de vista. Unos oídos finísimos oyeron cerrarse una puerta: brotó una risa susurrada. La Sombra se hallaba ante el callejón sin salida en que estuvo anteriormente siguiendo a Limps.

Esta vez había descubierto la puerta por donde Limps había desaparecido. El lisiado había entrado por el camino secreto, que conducía a la sala de consulta del doctor Dubrong.

Rápidamente, La Sombra se alejó de aquel lugar. A largas zancadas llegó a la vecindad de la casa en que habitaba Bing Claver. De pronto se detuvo.

Oíanse ruidos de pisadas y a los pocos segundos vio a Cardona que se aproximaba. El detective regresaba a la Jefatura. La

curvatura de su espalda y la fijeza con que miraba el suelo probaban su fracaso.

Sin embargo, Cardona no estaba completamente derrotado. Sabía el número del teléfono en que Limps Silvey esperaba una llamada. Era un dato que se propuso aprovechar.

## CAPÍTULO XIII

### EN LA RESIDENCIA DE LOS WINCHENDON

**E**RAN después de las nueve cuando Bart Melken y Farrell Sarborn llegaron en taxi a la residencia de Silas Winchendon, en Long Island.

Ambos hombres entraron vestidos impecablemente con traje de etiqueta. La señora Winchendon, una mujer regordeta, de edad mediana, les saludó.

Uno de los criados había recibido un paquete, alto y cilíndrico, en la puerta.

La señora Winchendon lo indicó con un gesto de interés.

—¿La jaula del guacamayo? —preguntó.

—Sí —sonrió Melken—. El pájaro está ahí. El señor Sarborn lo sacará cuando usted esté dispuesta.

El criado llevó la jaula a un cuartito. La señora Winchendon condujo a los dos huéspedes al gabinete. Se detuvo un instante junto a la puerta.

—Tenemos "otra sensación", aquí, esta noche —observó—. El señor Cranston, Lamont Cranston, el famoso trotamundos. Nos ha estado contando sus experiencias en el Oriente. Ha sido una suerte. Dio la casualidad que telefoneó al señor Winchendon...

La señora Winchendon cesó de hablar. Ya estaban en la puerta del gabinete.

Bart Melken vio a Ivonne Lydell entre los invitados que escuchaban a un caballero que hablaba en tono reposado y convincente, de pie cerca del fondo del gabinete.

Lamont Cranston era un hombre del cual Bart Melken había oído hablar.

Farrell Sarborn también había oído hablar de él, y los dos le

observaron con interés. Alto, imponente en su traje de etiqueta, Cranston tenía el aspecto de un hombre conocedor del mundo.

Su rostro parecía inmóvil de expresión. Sus facciones cinceladas semejaban una máscara. Su nariz aguileña le daba un aspecto de halcón, acentuado por un par de ojos agudos y penetrantes.

Cranston, como todo el mundo sabía, era un multimillonario que viajaba cómo y cuando le placía. Poseía una gran mansión en Nueva Jersey. Tenía la costumbre de partir, en los momentos más inesperados, de viaje para los lugares más remotos.

Desde las regiones más inaccesibles de Siberia, hasta el corazón del África negra, Lamont Cranston había viajado. Sus correrías le llevaban por lugares adonde el viajero común temía penetrar. Su presente charla sobre su viaje a la India, se refería a las poco conocidas cumbres de las montañas del Himalaya.

Cranston terminó de hablar unos minutos después de haber entrado Melken y Sarborn. Un murmullo de admiración brotó de los oyentes cuando terminó su notable conferencia. La señora Winchendon llevó a Farrell Sarborn y a Bart Melken.

Presentó primero a Sarborn.

Dijo a Cranston:

—El señor Sarborn es un viajero también. Acaba de regresar de un viaje a América del Sur.

—Apenas puede llamárseme un viajero —dijo Sarborn, estrechando la mano de Cranston—. Mis viajes han sido insignificantes comparados con los suyos. Yo tan sólo puedo pretender alguna distinción como estudiante de ciertas regiones que he visitado.

—Eso le honra —observó Cranston—. Yo mismo he descuidado a menudo algunos lugares interesantes porque deseaba llegar a otra parte. Es un error, se lo aseguro, una falta que debo elogiar en usted por no haberla cometido.

No había nada de adulación en el tono del millonario. Sus palabras fueron pronunciadas de un modo natural. Esto agradó a Farrell Sarborn.

Bart Melken miraba a su alrededor. Estudiaba a la gente que había en el salón. Se había dado pronto cuenta de que entre aquellos invitados, había suficiente botín para despertar la codicia del "Grajo".

La señora Winchendon lucía grandes y valiosas alhajas. También los otros invitados. A decir verdad, desde el punto de vista decorativo, el salón simplemente deslumbraba.

Melken observó las puertas vidrieras en el lado opuesto del salón. También notó varias puertas de las cuales colgaban cortinas.

Era posible que una de éstas, condujese a un lugar escondido desde donde el "Grajo" tuviese el propósito de realizar una irrupción, pues Bart no podía imaginarse ningún botín que pudiera superar al de las joyas. El "Grajo", Bart Melken lo sabía, sentía cierta debilidad por las piedras preciosas.

—Siento mucho —decía Sarborn a Cranston—, no haber oído su discurso sobre la India. Con frecuencia he deseado ir allí.

—Tendré mucho gusto en hablar con usted de la India, en cualquier momento —contestó Cranston—. Entretanto, tengo mucho interés por escuchar sus observaciones sobre América del Sur.

Cuando los hombres se separaron, los ojos agudos de Cranston se volvieron hacia Bart Melken. El joven de rostro pálido había cruzado el salón para reunirse con Ivonne Lydell. Cranston le vio mirar de nuevo en dirección de las puertas vidrieras.

Había un contraste entre la muchacha y el joven. Melken no tenía nada de apuesto. Su palidez y su expresión furtiva perjudicaba su apariencia. Ivonne Lydell, alta y delgada, era una rubia perfecta, cuyo bello rostro presentaba una vivacidad que hacía resaltar más la expresión huraña de su novio.

La señora Winchendon presentaba a Sarborn a los otros invitados. El amigo de Bart Melken fue objeto de una buena acogida. Silas Winchendon, un hombre corpulento, parecía alegrarse de conocer a otro visitante que tenía fama de viajero.

Transcurrió un buen rato, antes de que terminasen los preparativos para que Sarborn hablase a los reunidos. Al fin Sarborn hizo una seña a un criado. La jaula tapada fue llevada al salón. Sarborn sonrió al oír que los zumbidos de las conversaciones terminaban.

—Tengo el gusto —anunció—, de dirigir unas palabras sobre las aves de América del Sur. Debo confesar que mis conocimientos de los pájaros de ese continente son algo reducidos. He estado más interesado en los pájaros mismos, que en el estudio de las diversas

especies.

Tras una pausa, prosiguió:

—En América del Sur obtuve un pájaro que rara vez se trae a los Estados Unidos. Me refiero al guacamayo escarlata gigante. Tuve la suerte de adquirir un ejemplar excelente; y el pájaro ha respondido extraordinariamente a la vida de cautividad.

Levantando la tapa de la jaula, metió el brazo dentro y sacó el guacamayo de noventa centímetros en la mano. Llevó al pájaro a una silla, donde se posó.

Exclamaciones de admiración saludaron la aparición del guacamayo. El brillante plumaje era algo que pocos de los invitados habían visto nunca antes.

El guacamayo, parpadeando a la luz, siguió moviendo el pico e inflando tan furiosamente las plumas del cuello que todos los observadores rieron.

Lamont Cranston, encendiendo un pitillo, junto a las puertas vidrieras más próximas, alzó la vista y estudió con curiosidad al pájaro.

—He enseñado al guacamayo a hablar —explicó Sarborn—, pero es sabio como un búho, y hay que instarle y mimarle mucho. Permítame hacer una demostración.

Rascó la cabeza del guacamayo. El pájaro continuó moviendo el pico. De repente, habló con voz aguda, chillona:

—¡Aló! ¡Aló, ahí!

Todos rieron al oír el sonido chillón. Sarborn, inclinada la cabeza hacia el pájaro, alzó la vista y sonrió. Levantó la mano pidiendo silencio.

—Este pájaro —dijo—, tiene una extraordinaria inclinación por recordar palabras que oye. Por ejemplo, supongamos que se le presenta a alguien...

La señora Winchendon avanzó.

—Esta es la señora Winchendon —dijo Sarborn al guacamayo—. La señora Winchendon. ¿La recordarías?

Rascaba la cabeza del pájaro y le miraba cuando hablaba.

El temblor del pico del ave se tornó más furioso.

—¡Winchendon! —chilló el pájaro escarlata—. ¡Winchendon!

Sarborn comenzó algunos nuevos experimentos, parecidos a los que había enseñado a Melken. Para demostrar más la inteligencia

del pájaro, se apartó y se detuvo a un metro de distancia, mientras hacía un ruido parecido al maullido de un gatito.

—¡Gatos! ¡Gatos! —chilló el pájaro.

—Es extraño —observó Sarborn, cuando el guacamayo se calló—, cómo este pájaro ha llegado a asociar los sonidos con las palabras que ha oído relativas a ellos. La referencia a los gatos, fue una realización sorprendente. En el barco, regresando de América del Sur, gastamos una broma señalando hacia otros barcos y diciendo: "Piratas". En el puerto de Puerto Príncipe, el guacamayo empezaba a chillar: "¡Piratas!" "¡Piratas!" Cada vez que lo subíamos a cubierta y veía los buques del puerto.

—¡Piratas! —chilló el pájaro.

Un reloj daba las diez. Bart Melken, que había estado de pie cerca del centro del salón, se dirigió pausadamente hacia las otras puertas vidrieras y empezó a manejar su encendedor. Tan sólo Lamont Cranston observó la acción.

Cranston estaba en tal posición, que podía ver desde las otras puertas vidrieras, aunque no parecía mirar en aquella dirección. Mientras Sarborn seguía instando al guacamayo, el ojo agudo de Cranston se volvió hacia la oscuridad del exterior.

Un puntito de luz brilló al otro lado. Se extinguió. Reapareció. Esto fue todo. Cranston se dirigió hacia el lugar, donde Farrell Sarborn tenía al guacamayo.

—¿Puede el pájaro decir mi nombre? —preguntó—. Me parece haber oído que usted se lo daba.

—Lo probaremos —replicó Sarborn.

Rascó la cabeza del guacamayo; luego se encogió de hombros.

—Temo que se haya usted acercado demasiado —receló—. Retroceda unos pasos, señor Cranston.

—¡Cranston! —chilló el pájaro, en cuanto el millonario hubo obedecido.

—Entonces oyó su nombre —rió Sarborn—. No me di cuenta de que lo estaba pronunciando.

Cranston se unió a la risa general. Se retiraba hacia una de las puertas de las cuales pendían cortinas. Cuando Sarborn volvió a enfocar su atención sobre el guacamayo, todos los ojos estaban fijados sobre el pájaro. La aguda mirada de Cranston observó este hecho y aprovechó la ocasión.

Con un ligero movimiento de costado, el millonario se introdujo por el umbral encortinado, de modo tan disimulado, que ninguna persona observó su partida. En la oscuridad de un pasillo, levantó unas ropas que había plegadas debajo de una silla.

Una capa cayó sobre sus hombros. Un flexible negro se posó sobre la cabeza del millonario. Con movimiento rápido y silencioso, Lamont Cranston alcanzó una ventana del extremo del pasillo. El bastidor se alzó silenciosamente. Una figura oscura se deslizó por el antepecho de la ventana.

Lamont Cranston se había convertido en el misterioso personaje, conocido por el nombre de La Sombra.

## CAPÍTULO XIV

### LA LLAMADA

**L**AS diez era la hora que Bart Melken había pasado esperando.

Otro hombre vigilaba esa hora. José Cardona, acurrucado en un rincón del Café Derry, en Corona, esperaba que Limps Silvey reapareciera.

Fuera, el famoso detective tenía una patrulla de agentes. Estaban lo bastante lejos para no llamar la atención. Tenían dos coches; esperaban con ansiedad la llamada para entrar en acción. Cardona les había dicho que era posible se realizase una importante operación esa noche.

¿Dónde estaba Limps Silvey?

José Cardona empezó a preguntarse si no era víctima de un ardid. ¿Acaso el astuto cojo le había visto en la oscuridad y había hecho una llamada falsa?

El detective lo ignoraba. No tenía más remedio que esperar.

El teléfono empezó a repicar. El aparato estaba instalado en un rincón oscuro, donde José Cardona estaba sentado. El detective esperó: luego se dio cuenta de que era posible de imitar la voz ronca de Limps.

Obedeciendo a un súbito impulso, se alzó y aproximó al teléfono. Levantó el receptor. Oyó una voz desconocida. Formulaba una sola pregunta:

—¿Eres tú, Limps?

—Sí —contestó Cardona, tratando de imitar la voz ronca de Limps.

—Lárgate entonces —dijo la voz desde el otro extremo del hilo—. Ya hemos escogido el terreno. Es estupendo. Estamos en el lugar en este momento. Bing ha decidido ejecutar la operación de los

Winchendon.

—¿Cuál? —inquirió Cardona roncamente.

—No he dicho cuál —fue la respuesta—. He dicho Winchendon. Ya sabes, la casa que tú estuviste rondando. La del viejo Silas Winchendon. Ahora mismo vamos para allá. Tú debes hacer igual. Está cerca de donde tú estás ahora.

—Está bien.

José Cardona colgó el auricular. Ya sabía lo que necesitaba.

Durante aquellos días había estado leyendo las notas de sociedad, para familiarizarse con los nombres de las personas con quienes pudiera estar relacionado el "Grajo". Recordaba haber leído algo sobre una reunión en la residencia de los Winchendon. Había prestado poca atención a aquella información, porque le pareció de escaso interés.

El detective sabía, pues, que los Winchendon habitaban en Copperwood cerca de Long Island Sound.

No estaba muy lejos de Corona, pero su interlocutor telefónico le había anunciado que la banda no tardaría en llegar a su destino.

Cardona se decidió en seguida. Se dio cuenta de que una carrera hacia el lugar que iban a atacar los bandidos, sería más útil que una advertencia por teléfono. Se lanzó a la calle.

—Quedaos aquí y detened a Limps Silvey —ordenó—. Tenemos que evitar un robo.

Dando la vuelta a la esquina, saltó al primero de los dos coches detenidos allí. Ambos estaban cargados de detectives. Cardona dio orden al llegar.

—A Copperwood, residencia de los Winchendon. Ya os diré cual es cuando lleguemos.

El motor rugió. El primer coche salió disparado. El otro le siguió. Cardona empezó a transmitir sus instrucciones durante la marcha.

Conocía el camino de Copperwood. Para llegar antes, tomó un atajo.

Transcurrido algún tiempo de marcha frenética, llegaron a un poste indicador que les obstruía el paso. En él se anunciaba que poco más allá había un puente destruido.

Cardona rugía de cólera cuando dio la orden de retroceder. Habían perdido sus buenos cinco minutos a causa de esta desgracia.

Los coches enfilaron la carretera principal. Siendo éste el camino más largo, su retraso aumentaría.

Cardona lamentó no haber avisado a Silas Winchendon por teléfono. Ahora ya era demasiado tarde. Su única esperanza consistía en acelerar la velocidad.

Se iba a cometer un crimen. Lo había sabido por un azar afortunado. Sin embargo, Cardona estaba condenado a fracasar. No podía aprovechar aquella oportunidad que la suerte le había deparado para enfrentarse con las hordas del "Grajo".

Entretanto, la mansión de los Winchendon yacía en silencio entre los campos circundantes. Había muchos coches en la amplia entrada. Otros habían sido apostados en una calle lateral.

En uno de éstos —un coupé— estaba sentado un joven. Harry Vincent, agente de La Sombra, escrutaba la oscuridad. Harry llevaba ya allí algún tiempo.

Observaba las luces que provenían de las ventanas francesas que indicaban el gabinete de Silas Winchendon.

De pronto, percibió algo extraño. Unas figuras silenciosas avanzaban lentamente por la calzada. A los oídos de Harry llegaron sus voces. Entonces apagó y encendió las luces del coche. Aquello constituía una señal para La Sombra.

Harry estaba seguro de que nadie se había dado cuenta de su acción. Los individuos que avanzaban en la oscuridad, no pudieron verlo por impedírsele la esquina. Pero... ¿la habría observado La Sombra?

Cediendo a un impulso repentino, Harry Vincent la repitió. Encendió la luz de nuevo. Luego la apagó. Dos veces en rápida sucesión. Harry sabía que La Sombra estaba alerta y él había ya tenido ocasión de apreciar, en numerosas ocasiones, la maravillosa habilidad de su jefe.

En la tensión del momento, el ayudante de La Sombra estaba deseando que llegara la ocasión de intervenir él mismo.

Recibió las instrucciones por mediación de Burbank, el agente de enlace de La Sombra, para que se presentase allí. Vincent sabía por su propio informe que La Sombra se encontraría ahora dentro de la residencia de los Winchendon, convertida en un lugar bastante peligroso.

La obligación de Harry consistía, por el momento, en

permanecer en el coche hasta nueva orden.

Los gangsters que se aproximaban no inspeccionaron los vehículos. Harry, por si acaso, cerró las ventanillas por dentro. La oscuridad habría impedido que los bandidos le viesen si se les ocurría mirar. Cuando observó que se marchaban, bajó los cristales y oyó a los invasores hablar en voz baja.

Después de haber hecho las señales, Harry se sentía más tranquilo. Los ladrones se aproximaron a la casa y ascendieron a la baja terraza a que daban las puertas vidrieras. Sus figuras quedaron ocultas por el follaje. Harry no oía ya el menor rumor.

Ya había advertido a La Sombra. Ahora esperaba una señal que le autorizara a abandonar aquel lugar o que le ordenara entrar en acción.

Fue entonces cuando sucedió lo inesperado.

Percibióse un ligero ruido al costado izquierdo del automóvil. Harry se volvió rápidamente en aquella dirección y, al hacerlo, notó el frío cañón de un revólver que se apoyaba en su cuello. Quedó deslumbrado momentáneamente por los destellos de una lámpara de bolsillo. Una voz ronca gruñó una orden:

—Cállate y no te muevas —dijo la voz—. Te meteré dos onzas de plomo en el cuello como no te portes bien. Levanta esos bracitos, rico.

Harry levantó las manos. Ya no tenía tiempo para empuñar su automática, que había dejado en la bolsa lateral del coche. Una risita de burla brotó de los labios del individuo que le había sorprendido.

—¿Probando las luces, eh? —inquirió el bandido al ver que Harry había apagado los focos delanteros del coche—. Te advierto que no podrás escaparte aunque no se vea uno las narices. ¿Qué eres...? ¿Policía o qué?

Harry no respondió. Su situación era bastante grave. Sin embargo, el agente de La Sombra ignoraba el significado de la palabra miedo. Harry Vincent maldijo su propia estupidez, no por temor de su seguridad, sino por la molestia que aquello originaría a los planes de La Sombra.

El gangster que le dominaba ahora, debió ver la segunda señal y regresar a aquel lugar amparado en la sombra. Atrapó a Harry Vincent sin que éste pudiese ofrecer la menor resistencia. Sin

embargo, el joven estaba convencido de que el bandido no se atrevería a disparar contra él, mientras sus compañeros esperaban la orden de ataque.

Pero tal vez algún acontecimiento repentino modificase esta sensación de momentánea seguridad. Si los asaltantes eran recibidos a tiros, la reacción natural y lógica en el gangster sería matar a su prisionero.

Anticipándose a este peligro, Harry avanzó su mano derecha hacia la bolsa de la portezuela. Era un intento desesperado, pero no quería que el bandido le matase sin que él pudiera defenderse.

Harry agachó el hombro izquierdo. El gangster gruñó. Al mismo tiempo, encendió la lámpara de bolsillo, y dirigiendo sus rayos hacia el interior del coche descubrió la mano del joven que empuñaba ya la pistola. La presión del revólver del gangster se acentuó. Harry se imaginó el dedo temblando sobre el gatillo.

—Una pulgada, muchacho, y terminas de sufrir. Coge esa pistola, si quieres. Te voy a mandar al otro barrio al instante. Aquí es donde...

No terminó la frase. Una tos seca brotó de los labios torcidos del gangster.

Su cuerpo se desplomó. El cañón del revólver cesó de presionar sobre el cuello de Harry. La lámpara de bolsillo cayó en el interior del coche. Harry la recogió y la apagó.

Escrutando a través de la ventana, Harry no vio más que tinieblas en el sitio que había ocupado el gangster. Sin embargo, tenía la impresión de que el bandido interrumpiera su amenaza.

Harry no vio ante él más que una negrura sólida. Se dio cuenta de la presencia de un ser viviente al otro lado de la ventana.

La Sombra estaba junto el coupé. Debió haber visto la segunda señal dada por Harry Vincent. Alzándose como un espectro de las tinieblas, el enlutado rey de la noche había desembarazado de un golpe certero a su agente del pistolero que le sorprendiera.

## CAPÍTULO XV

### LA SOMBRA VUELVE

**L**OS oídos de Harry Vincent percibieron el sonido de una voz susurrada, que le daba órdenes desde la oscuridad. Era la voz de La Sombra.

—Lleve el coche dentro de la casa tan pronto como empiece la bronca. Pare el motor al final de la cuesta.

—Está bien —murmuró Harry.

Vio claramente el propósito de La Sombra. Sería poco juicioso poner el coche en marcha ahora. Los otros bandidos creían que su compañero estaba encargado de él.

¿Y si se les ocurriese investigar? Tal vez viniese otro de ellos. Entonces, La Sombra podría terminar con todos uno a uno. Se dio cuenta en seguida que La sombra no podía confiarse a un plan así. No tardaría en producirse el ataque a la casa. La Sombra tendría que regresar para impedirlo.

Harry, aguzando la vista, pudo ver una figura que se movía en la calle. Un trozo de tela grisácea parecía alzarse sobre unos hombros invisibles.

El joven adivinó lo que aquello significaba. La Sombra se estaba colocando el jersey que llevaba el gangster inconsciente.

La figura del jersey se alejó. Harry observó lo que parecía ser una gorra mugrienta. Presumió que La Sombra se había colocado las dos prendas del bandido.

Ahora vio su figura desaparecer entre el follaje. La Sombra había ocupado el puesto del gangster derribado.

Esto fue lo último que pudo ver el joven. Desde la casa, por su parte exterior, notaron la aproximación de la figura del jersey. Bing Claver, adosado al muro junto a la baranda de la azotea, murmuró:

—¿Lo atrapaste?

—Lo he dejado sin sentido. —Su voz era una imitación perfecta de la del bandido dueño del jersey—. Pero puede volver en sí. Voy a darle otro golpe, por sí acaso.

—Me parece bien, Cady. Ve mientras nosotros hacemos lo nuestro. Luego te vienes para acá.

La figura del jersey se marchó. Tomó por una vereda que rodeaba la casa.

Aquello era natural, porque la abertura del seto que la circundaba estaba por la parte trasera. La Sombra había logrado acercarse así a Bing Claver y sus satélites, haciéndoles creer que Cady, el gangster sorprendido, había cumplido su misión.

Bing Claver y sus secuaces estaban ya dispuestos. Si les hubiesen descubierto, La Sombra las habría pasado bastante mal. El rey de los luchadores decidió sorprenderlos cuando iniciaran el ataque en masa.

Detrás de un seto dejó el jersey y la gorra. Colocó de nuevo sobre su cabeza el sombrero de fieltro negro.

Silenciosamente, se deslizó hasta la ventana abierta del reducido pasillo.

Pasó por el montante con tanta facilidad como había salido.

Un minuto después del regreso de La Sombra, Lamont Cranston reapareció por el otro lado de las cortinas. Su figura era todavía invisible a los que se hallaban en el interior del gabinete.

Los perspicaces ojos de La Sombra vieron la escena que se desarrollaba allí.

El guacamayo continuaba actuando bajo las instrucciones de Farrell Sarborn.

Junto a la ventana francesa más alejada se hallaba Bart Melken. El joven, cumpliendo las instrucciones del "Grajo", continuaba encendiendo y apagando su mechero. Luego, con los labios contraídos, se volvió de espalda a la ventana y encendió definitivamente el cigarrillo que tenía entre sus dedos.

Hubo un momento de silencio. Una de las puertas vidrieras trepidó. El guacamayo, con los ojos fijos en la puerta, empezó a gritar estentóreamente.

—¡Ladrones!... ¡Ladrones!

Algunos de los invitados de Winchendon soltaron la carcajada.

Su hilaridad cesó en el acto cuando vieron la expresión del rostro de Farrell. El dueño del guacamayo miraba en la misma dirección que el ave. Sus labios parecieron dar una señal de advertencia; extendió los brazos repentinamente.

Los asistentes dirigieron sus miradas a aquella parte de la estancia. En aquel momento, las puertas vidrieras se derrumbaron con estrépito. De la oscuridad exterior surgió Bing Claver seguido de dos bandidos más. Los tres llevaban gorras y un pañuelo sobre el rostro.

—¡Arriba las manos! —gritó Bing Claver.

Los huéspedes obedecieron espontáneamente. El reflejo de los revólveres ensombreció el brillo de las alhajas. Toda la reunión estaba a merced de los invasores del hampa. Los secuaces del "Grajo" habían llegado esa noche.

Aunque no los dirigía su jefe, iniciaron un ataque en masa.

Bing Claver se adelantó. La mano que empuñaba el arma descendió. La presencia de los pistoleros que le acompañaban era suficiente para sus propósitos. Al gesto que hizo con el revólver, los asustados invitados retrocedieron hasta la pared. Las mujeres estaban demasiado espantadas para gritar.

Bing Claver sonrió. Había llegado al centro de la habitación. A pocos pasos de él, los dos pistoleros estaban a la expectativa. Junto a ellos estaba la puerta vidriera derribada. Notóse el movimiento de una cortina.

El jefe de la banda alzó su revólver. Su movimiento fue tardío. Un ruido horrísono atronó la habitación. El gangster vaciló y se desplomó sobre el suelo.

La Sombra había previsto la acción de Bing Claver. Esperó a que los invitados dejaran espacio para no herir a ninguno. Al notar el movimiento del bandido, disparó sin vacilar. Su disparo atrajo la atención de los dos pistoleros apostados junto a la ventana.

Alzaron sus revólveres. Antes de que dispararan, las automáticas de La Sombra lanzaron su carga mortífera sobre los bandidos. Uno de ellos cayó sin vida en el gabinete. El otro lanzó un grito espeluznante y desapareció, dando un salto tremendo por la ventana.

La otra ventana se abrió de golpe. Al ruido producido por los cristales rotos, se mezcló el estampido de las pistolas de La Sombra.

Los invitados enloquecidos por el terror, buscaron los sitios más diversos para escapar de los tiros.

Otros pistoleros habían aparecido y respondían al ataque de La Sombra, vaciando apresuradamente sus armas sobre el único blanco que se les ofrecía; las lenguas de fuego procedentes de las pistolas automáticas del rey de los luchadores.

Cinco pistoleros, contando a Bing Claver, habían caído ya en la contienda.

La Sombra, desde su frágil escondite, había enviado sus mensajes de plomo sobre los más avanzados. Los otros, sobrecogidos por la suerte de sus compañeros, buscaron su salvación en la huida. Las puertas vidrieras quedaron limpias de gangsters.

Mientras los demás invitados temblaban de terror, Farrell Sarborn se dispuso a actuar, y dando un brinco terrible asió uno de los revólveres abandonados por los bandidos.

Disparó al aire un diluvio de balas. Los demás invitados, enardecidos por su ejemplo, le imitaron. Al mismo tiempo, empezaron a sonar nuevos disparos procedentes de la ventanilla del pasillo.

Inmediatamente se oyó una barahúnda de gritos y maldiciones. La batalla pareció generalizarse en otro sitio. Los huéspedes descendieron la escalera para averiguar las causas del zafarrancho y temerosos de que les amenazara un nuevo peligro.

Los silbidos de los pitos de la policía les dieron la respuesta. José Cardona y sus detectives habían llegado.

Farrell Sarborn, que regresaba a la habitación, se detuvo en seco al observar que Bing Claver se había puesto de rodillas. El jefe de la banda, gravemente herido, intentaba recoger su revólver lanzando blasfemias.

Sarborn asió una arma descargada que encontró junto al cadáver de uno de los pistoleros caídos en la refriega y la lanzó sobre la cabeza de Bing. No acertó. Bing no vio la acción de Farrell.

Había conseguido recoger su revólver y esperaba la ocasión de disparar sobre el primero que apareciese ante su vida. Sarborn asió la silla en que estaba el guacamayo. Apartando al pájaro de un fuerte manotazo, el joven levantó el frágil mueble para usarlo como maza contra el feroz bandido.

Un disparo resonó detrás de la cortina. El brazo de Bing cayó inerte. El jefe de la banda se aplastó contra el suelo en convulsiones epilépticas. Aquella sala marcó el final de la lucha.

Bing alzó la cabeza en segundo y entonces la silla de Farrell cayó sobre ella con fuerza increíble, produciendo un ruido de maderas y huesos rotos. Bing Claver se desplomó definitivamente sin exhalar un quejido.

Este fue el dramático desenlace de la invasión. Farrell Sarborn se encontraba en el centro de la habitación, con los restos de la silla en las manos, y Bing Claver extendido a sus pies.

En aquel momento brotó un grito de la terraza e inmediatamente surgió por la ventana un individuo moreno y gordo, con una mano en la solapa mostrando la insignia de policía y en otra un revólver humeante.

El detective José Cardona acababa de llegar con su escuadra de sabuesos.

Volvió el orden al lugar en que, pocos momentos antes, reinaba el más espantoso caos. Los invitados empezaron a felicitarse. Farrell Sarborn fue el más felicitado por su temeraria acción. Entre los que le rodearon, fue el millonario Lamont Cranston el que le estrechó la mano con más efusión.

Los detectives salieron en persecución de los pistoleros fugitivos. Sólo un policía había resultado herido. Los demás estaban ilesos. Al poco tiempo, toda la banda había caído en manos de los representantes de la Ley.

## CAPÍTULO XVI

### CARDONA SE ENTERA

**P**ASARON varios días desde la refriega en la residencia de Silas Winchendon.

Los periódicos publicaron con grandes titulares, la invasión de una mansión aristócrata por una banda de ladrones. Publicaban fotografías de los héroes de la batalla, y entre ellos despertó el interés público el hermoso guacamayo rojo, cuyos gritos de "¡ladrones!, ¡Ladrones!" Habían dado tiempo a los atacados a prepararse.

Pero para el as de los detectives, todos los aspectos del caso eran triviales, excepto uno. Cardona sabía que el asalto frustrado a la residencia de los Winchendon, hacía pensar en una amenaza que no cesaría hasta que se hubiese desenmascarado a su organizador. Y esa amenaza la constituía el "Grajo".

Examinando delitos pasados que él atribuía al "Grajo", Cardona se dijo que el criminal se hallaba ahora en pleno apogeo. El robo del diamante de Bishenpur había sido una obra maestra del crimen.

La enorme piedra preciosa no había parecido todavía. Pero el "Grajo" no había podido conseguir toda la colección de gemas, de las cuales el gran diamante era el núcleo.

Uniendo a este robo otros muchos cometidos anteriormente, calculó Cardona que los ingresos conseguidos por el bandido en poco tiempo ascendían a una suma fantástica.

Sin embargo, era evidente que hasta entonces el "Grajo" había operado en pequeña escala relativamente. El asesinato de Rutherford Casslin marcaba el principio de una era nueva y gigantesca en su insana carrera de delincuente.

Empleó la astucia en el caso de Casslin. Una misma mano había

cometido el crimen y robado la valiosa piedra. La violencia en el de Winchendon. Un ataque en masa por gangsters mandados por un jefe.

Estos hechos demostraban la versatilidad del "Grajo". Desprovista de la banda, el criminal tendría que optar por emplear la astucia en lo sucesivo o por retirarse para siempre de esa vida de crímenes.

Cardona estaba seguro de que el "Grajo" optaría por lo primero.

El detective estaba obligado a poner fin a la amenaza pública, que constituía la existencia del "Grajo". Debía resolver también el misterio del asesinato de Rutherford Casslin y recuperar el diamante de Bishenpur. Pero Cardona se sentía casi incapaz de acometer con éxito esta empresa.

Limps Silvey había desaparecido. Los confidentes creyeron verlo un par de veces, pero no pudieron seguirlo. Cardona pensó en el doctor Lysander Dubrong. Decidió medir su ingenio con el del médico.

Su primer paso sería visitar las cercanías de la clínica del East Side. Se dirigió allí una noche, en que él sabía que el doctor se encontraba en su residencia de la Avenida del Parque. Descubrió que la casa que había a espaldas de la clínica estaba sin alquilar.

En el segundo piso, Cardona hizo un hallazgo. El suelo de la habitación era allí —así lo pensó Cardona— más bajo que el cielo raso de la sala de consulta del doctor. La pared se caía a trozos.

Cardona aprovechó la oportunidad y encargó de la obra a un hombre competente. Hizo un agujero que comunicase con la sala de consulta del doctor.

Fue un trabajo perfecto. Cardona daba por seguro que el médico no se daría cuenta de este orificio de observación. Para asegurarse, el detective mandó a un confidente a la clínica de Dubrong. El confidente cumplió su cometido e informó a Cardona que el agujero era invisible.

Fue entonces cuando Cardona decidió visitar al doctor Dubrong y allanar el camino para el resultado previsto. Cierta noche, el detective visitó al doctor Dubrong en su domicilio de la Avenida del Parque.

La suntuosa morada del doctor Dubrong, mostraba un notable contraste con la sordidez de su clínica del East Side. José Cardona

quedó impresionado ante la extravagancia de la ornamentación. Él sabía que Dubrong era un hombre rico, pero esas paredes adornadas con tapices valiosos y cuadros de extraordinario mérito artístico, así como los caprichosos muebles, probaban que era mucho más acaudalado de lo que el detective suponía.

Dubrong recibió a Cardona en su estudio. El suave médico pareció complacido al ver al detective.

—Mis felicitaciones, Cardona —dijo con afabilidad—. Su comportamiento en el caso de Winchendon ha sido magnífico. ¿Qué tal va el asunto de Casslin?

—Exactamente igual. Sin resultado —repuso Cardona.

—¿Ah, sí? —dijo Dubrong con expresión de disgusto—. Yo creía que ya había conseguido averiguar algo. Me temo que ha dejado usted escapar al pájaro. Estoy convencido aún de que el hindú tiró el diamante robado por la ventana.

—¿A otro hindú?

—Naturalmente. Cardona, dudo que recobre usted el diamante de Bishenpur.

—Yo no lo creo así. —Cardona miró fijamente al médico—. He sabido algo, doctor Dubrong, que le sorprenderá. Hay un súper criminal en el mundo que ha hecho todo esto. Los pistoleros que atacaron la residencia de los Winchendon estaban incuestionablemente a su servicio.

—¡Eso es muy interesante!

—Además, tengo el presentimiento de que fue este mismo criminal el que organizó el robo del diamante.

—¿De veras? —Dubrong enarcó las cejas—. ¿Y tiene usted alguna idea sobre su identidad?

—Todavía no. Pero tengo algunos confidentes desparramados por los suburbios. Ellos me han proporcionado informes sensacionales. Se habla mucho de un bandido a quien ellos llaman el "Grajo".

—¿Un ladrón de joyas?

—Sí. Dondequiera que los gangsters se reúnen, siempre sale a colación el nombre del "Grajo". Cuando una banda desaparece, los pistoleros se lanzan a ofrecerse. Ahora están buscando los jefes de la que hemos conseguido disolver. Esto les ha enardecido. Quieren saber si alguno les traicionó. Bien; el caso es que estoy

completamente decidido a encontrar al "Grajo" por todos los medios a mi alcance.

—¿Puedo ayudarle en algo en su labor?

—Sí —repuso el detective—; y por esta razón he venido a verle. ¿Ha tenido usted entre sus pacientes un individuo llamado a Limps Silvey?

—Déjeme pensar —dijo Dubrong—. Ese nombre me parece familiar. Tendré que mirar en mis archivos.

—Limps Silvey —declaró Cardona—, ha estado estrechamente relacionado con Bing Claver. En resumen, al interceptar un mensaje telefónico dirigido a él, logré saber el atraco que se preparaba en la casa de Winchendon. Pero aquello tuvo una consecuencia desgraciada. Limps desapareció poco después.

—Naturalmente —sonrió el doctor.

—Nada de eso —repuso Cardona—. Después de todo, yo no tenía nada contra ese individuo. No tenía la menor intención de detenerlo. Espero que vuelva a la ciudad.

—¿Le detendrá entonces?

—No. Pienso dejarle en entera libertad. Voy a hacerle vigilar; pero no pondré confidentes para esto. Estoy seguro, por lo que me han dicho, que Limps ha sido uno de sus pacientes. Tiene motivos para visitar su clínica. En caso de que vuelva, me haría usted un gran favor si le interrogara.

—Yo no soy funcionario de policía —protestó Dubrong—. Me ofrezco a avisarle a usted, a decirle lo que por casualidad llegue a mis oídos... Pero ayudar a una detención...

—No le he dicho que lo haga.

—Eso desacreditaría a mi clínica por completo. Ya debe usted comprenderlo.

—No me entiende usted, doctor —Cardona hablaba ahora gravemente—. No pretendo arrestar a Limps Silvey. Le doy mi palabra de que permanecerá en liberta. El único hombre que me interesa atrapar es el "Grajo". Me parece que Limps lo conoce bien.

—¡Ah! —Dubrong pareció comprender al fin—. Usted lo que quiere es utilizar a Limps como confidente, ¿verdad?

—Si puedo cogerlo, sí. Los individuos de su especie se convencen con facilidad. Tal vez si usted me ayuda un poco...

—Déjelo por mi cuenta —prometió Dubrong sonriendo—. Si ese

Limps es uno de mis pacientes, que no lo dudo, volverá a mi clínica. Si tiene miedo a parecer por allí, me hará la consulta por teléfono. He tenido muchos enfermos que lo han hecho así dando infinitos pretextos. ¿Puedo entonces garantizarle que no peligra su libertad por venir a mi consulta?

—Le doy mi palabra.

—Si le viese preocupado, le aconsejaré que vaya a verle a usted, prometiéndole que no le arrestarán.

—Perfectamente.

—No me olvidaré, Cardona.

El detective sonrió gravemente al abandonar el domicilio del médico.

Cardona daba por cierto que había ganado un triunfo. La astucia que había empleado con el doctor no tardaría en producir fructíferos resultados.

Cardona daba por descontado que Limps se hallaba escondido en cualquier punto de Manhattan. No dudaba que el tullido estaba en inteligencia con Dubrong. La sutil aseveración de Cardona de que entre el hampa se hablaba mucho del "Grajo", estaba calculada para despertar el interés de Dubrong por lo que acontecía en los bajos fondos.

Para culminarlo, Cardona había seguido con su pretendido propósito de convertir a Limps en un confidente de la policía. Esto era el clímax de su plan.

De esta forma, Dubrong enviaría a Limps a los bajos fondos, para asegurarse de lo que el detective le había dicho. Además, Limps podría visitar sin miedo a Dubrong donde y cuando quisiera.

Las corazonadas eran la especialidad de Cardona. Ahora experimentó una.

Daba por seguro que si permanecía constantemente mirando a través del agujero, que había preparado sobre el salón de consulta del doctor Dubrong, podría oír la entrevista que celebrase el doctor con Limps Silvey. Cardona tenía la impresión de que el encuentro tendría lugar esa misma noche.

De acuerdo con esto, el sabueso desarrolló su plan. Después de permanecer durante una hora en la Jefatura, inició su visita a la vecindad de la clínica de East Side. Sigilosamente entró en la casa del callejón sin salida. Subió a su piso y se tendió con los ojos

pegados al agujero.

Pasaron dos horas. José Cardona esperaba pacientemente. Estaba determinado a proseguir su vigilancia por cualquier tiempo que fuese necesario. La oscuridad de la sala que observaba se disipó.

Habían encendido la luz. Oprimiendo su cabeza contra el agujero, Cardona escrutó la habitación. No se veía a nadie. El detective se preguntó quién habría dado la vuelta al conmutador.

Abrióse una puerta. Cardona se dio cuenta de que era la del lavabo. El desconocido debió dar la luz desde allí. Del cuarto de aseo salió la figura andrajosa y vacilante de Limps Silvey.

Lysander Dubrong no tardaría en llegar. José Cardona ansiaba que se presentara, haciéndose preguntas mentales sobre el tiempo y la forma en que haría su aparición. Ahora veía perfectamente a Limps Silvey que sonreía.

De pronto, la expresión del tullido cambió. Situó el bastón al lado del armario del rincón. Enderezándose, se frotó el rostro con las manos. Luego cogió una toalla y humedeció sus facciones.

José Cardona reprimió una exclamación cuando el individuo volvió la cara y él pudo verla perfectamente a la luz. Ya no era la de un lisiado, la de un andrajoso habitante de los bajos fondos. José Cardona reconoció perfectamente al hombre a quien correspondía aquel rostro.

Limps Silvey no había tenido necesidad de esconderse. Limps Silvey era un mito; un personaje fantástico creado por un cerebro inteligente. Pero ahora acababa de revelar su identidad.

¡El hombre que se ocultaba bajo el disfraz de Limps Silvey era el doctor Dubrong! ¡El médico y su satélite eran una sola y misma persona!

Los andrajos, el bastón y la peluca fueron a parar a las profundidades del armario. La transformación era completa. Con su aspecto simpático y jovial y una sonrisa en los labios, el doctor Dubrong desapareció por la salida trasera de su sala de consulta después de apagar la luz.

En la oscuridad, Cardona se sonrió a sí mismo. No tenía necesidad de moverse ahora. Era un caso simple de esperar y vigilar. La escena se trasladaría a la Avenida del Parque. Su misión era, pues, seguir los pasos del doctor Dubrong.

Bing Claver estaba al servicio del "Grajo". Limps Silvey, como el detective había sospechado, trabajaba para el doctor Dubrong. Más todavía, era el doctor mismo. Cardona pensó en la sutileza de todo aquello.

La banda del "Grajo" había sido aniquilada. La próxima acción del súper criminal habría que averiguarla por mediación de Limps Silvey, pues el detective pensó que el doctor Dubrong, como tal, era imposible de seguir.

El detective consideró ahora otros hechos. En su disfraz de Limps Silvey, el astuto doctor había visitado los bajos fondos, para convencerse de la aseveración del detective sobre los comentarios que allí se hacían de los actos del "Grajo".

No tardaría en asegurarse del error en que estaba el detective. Esto le daría confianza, al ver que no existían aquellos rumores. No tardaría, pues, en presentarse otra prueba de la existencia del "Grajo". Entonces, Cardona volvería a ocupar su puesto en la lucha.

El detective decidió, a pesar de la dificultad que aquello supondría, no despegarse de los talones del doctor Dubrong.

¡Del hombre que representaba el papel de su propio cómplice!

## CAPÍTULO XVII

### A LA NOCHE SIGUIENTE

LA tarde siguiente al descubrimiento de Cardona de la doble personalidad del doctor Dubrong, Farrell Sarborn se hallaba en su aposento, sentado confortablemente y sumido en la lectura de un periódico. Era todavía temprano y Sarborn acababa de cenar.

Alguien hizo sonar el timbre desde el exterior. Sarborn ordenó a su criado Jalon que respondiese a la llamada. El individuo de rostro aceitoso descolgó el pequeño teléfono conectado con la portería y preguntó algo.

—Es el señor Melken —dijo.

—Dígale que suba —ordenó Sarborn.

Pocos segundos después, Bart Melken era introducido en el gabinete.

Estrechó las manos de su amigo y se desplomó sobre un sillón, desde donde quedó mirando fijamente a Sarborn. Este pareció no darse cuenta de la intranquilidad que se reflejaba en la expresión de Melken.

—Ya he visto —dijo Sarborn señalando el periódico—, que tu futuro suegro ha regresado a Nueva York.

—Sí —repuso tembloroso el otro—. Garfoth Lydell ha vuelto.

—No parece estar muy contento por este suceso —comentó Sarborn mirando a su amigo—. ¿Qué te pasa, Bart? Estás pálido esta noche.

—No me encuentro bien.

—Habla el guacamayo —rió Sarborn. Se levantó y abrió la puerta del cuarto vecino—. Tal vez el pájaro te anime.

Sacó el ave de rojo plumaje y lo dejó sobre el respaldo de una silla. El guacamayo hinchó la garganta, pero no emitió sonido

alguno.

—No digas tonterías, Farrell —imploró Melken—. Tengo que ir esta noche al domicilio de Lydell. Se lo he prometido a Ivonne. No quisiera ir.

—¿Por qué no? ¿Te has asustado de la publicidad, que dan los diarios a las fantásticas transacciones que tiene en proyecto tu futuro suegro?

—Estoy intranquilo, Farrell...

La voz suplicante de Melken se interrumpió al oír sonar un timbre. Sarborn en persona acudió al teléfono. Habló con agrado y afabilidad al que le llamaba, rogándole que subiese en seguida. Luego se volvió a Melken.

—Lamont Cranston —dijo Sarborn—, ya ha venido aquí dos veces. Me figuraba que vendría esta noche. Es un tipo interesantísimo, maravilloso.

—Pues en casa de Winchendon parecía mudo —repuso Melken—. Nadie logró saber debajo de qué sofá se escondió cuando entró la banda.

—Tú tampoco fuiste muy valiente, que digamos —replicó Sarborn—. Yo, por mi parte, no tuve valor para moverme hasta que alguien derribó a un par de aquellos bandidos. Cranston es en realidad un hombre solitario, pero ha tenido muchas aventuras. A pesar de eso, ha quedado muy impresionado con mi modesta colección de huevos.

Sarborn abrió la puerta. Pocos momentos más tarde, el millonario Lamont Cranston hacía su aparición. Estrechó las manos de Bart y de Sarborn.

—¿Tenemos visita, eh? —dijo mirando al guacamayo.

Sarborn asintió moviendo la cabeza y, cogiendo el pájaro, lo llevó a la otra habitación. Cranston le siguió, Sarborn puso el guacamayo en la pértiga de la ventana. El millonario se había detenido ante la caja que contenía el diminuto cuadrúmano.

—Inteligente animalito —observó—. ¿Puedo verlo?

—Naturalmente —respondió Sarborn.

Cranston sacó el “sapajou” de su calabozo. Con él en sus brazos se aproximó a la ventana. El animalito miró atentamente por ella. Cranston hizo un movimiento con la cadena de oro de su reloj. El mono se apoderó de ella.

Antes de que el millonario pudiese atrapar al mono, se desprendió de sus brazos e intentó arrancar la cadena del reloj que conservaba en sus manos diminutas. Cranston tiró de ella hasta que el animalito soltó su presa y se lanzó hacia la ventana, dio un salto agilísimo y empezó a ascender por la pértiga en que se apoyaba el guacamayo. Sarborn alargó la mano y lo redujo a la impotencia.

—Si se ponen juntos se pelean —dijo—. Este animalito es un estorbo. Es muy inteligente, pero fastidioso a la larga. Pienso deshacerme de él.

Devolvió el mono a su calabozo. Cranston encendió un cigarrillo. Su mirada se posó con admiración sobre la caja de huevos. Observando al guacamayo, vio que el pájaro estaba furioso. Sarborn lo notó también. Cogió el ave y la quitó con la pértiga.

—¿No sabe usted que los guacamayos poseen un sistema nervioso bastante excitable? —dijo riendo—. Este, por lo menos, lo tiene. Se ha irritado al ver que el mono iba a atraparlo. Lo llevaré a la otra habitación con nosotros.

Cranston siguió a Sarborn al otro aposento, Farrell cerró la puerta de la estancia en que guardaba sus curiosidades; luego puso el guacamayo sobre el respaldo de una silla. Recogió los periódicos que había estado leyendo y los depositó sobre la mesa.

Los ojos perspicaces del millonario, observaron la fotografía que aparecía en la primera página. Era un retrato de Garforth Lydell que acababa de regresar de Nueva York. Los titulares anunciaban una serie de importantísimas transacciones bancarias, que tendrían lugar ahora que había regresado el opulento financiero.

Cranston charló un buen rato con Sarborn y Melken. Concertó una nueva entrevista, diciendo que le agradecería mostrarle una colección de fotografías de la India, que Cranston había traído después de una visita a aquel país.

Mencionando que pensaba dirigirse al Cobalt Club, el millonario añadió:

—Si fuese por allí alrededor de la medianoche, Sarborn, podríamos verlas. Enviaré a mi chofer Stanley para que me las lleve. Es posible que las tenga allí antes de las doce.

—Muy bien —aceptó Sarborn—. Lo intentaré. Espero verle luego. Adiós.

Sarborn acompañó a su huésped hasta el ascensor. Regresó a su

apuesto cuando el aparato descendía. Encontró a Bart Melken paseando nerviosamente.

—¿Qué pasa, Bart? —inquirió.

—Me encuentro intranquilo esta noche, Sarborn —confesó Melken—. He de ir a la casa de los Lydell y tengo... miedo... de las consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

Melken se atragantó al oír la pregunta de su amigo. Lo miró a los ojos y dijo:

—Suponte, Farrell, que yo te dijese algo extraño... algo sobre un crimen...

—¿Concerniente a quién?

—La víctima no la sé; pero me concierne a mí. ¿Guardarías silencio si te lo digo?

—Naturalmente —respondió Sarborn—. Siempre que mi silencio no te perjudique.

—Bien —Melken reflexionó un instante. Quería velar la verdad y, sin embargo, decir lo suficiente para que Sarborn se diese cuenta de su situación—. Te lo diré, Farrell. Se trata de una llamada telefónica que he recibido esta tarde.

—¿En dónde?

—En mi hotel.

—¿De quién?

—Lo ignoro.

Sarborn sonrió. Rascaba la cabeza del guacamayo. Luego, se encogió de hombros despreciativamente.

—No hagas caso. Los mensajes anónimos no deben ser tomados en serio.

—Pero éste... —Melken se interrumpió. Estuvo a punto de confesar que no había sido el primero—; ...éste era en serio, Farrell. Era de un hombre... que... me...

—Siéntate —interrumpió Sarborn—. Enciende un cigarrillo. Cálmate y cuéntamelo todo. Algo te preocupa y debe ser una cosa grave. Empieza por el principio.

Como para asegurarse de que nadie podría oírles, Farrell Sarborn se dirigió a la puerta del vestíbulo y la abrió. Miró a todo lo largo del corredor. No vio a nadie. Cerró la puerta y se volvió.

Entonces, apareció una figura en el pasillo. Surgiendo de la

oscuridad, la silueta de La Sombra surgió en un descansillo de la escalera. Evidentemente, el rey de la noche esperaba una acción de esta naturaleza. Ahora sabía que la puerta no se abriría otra vez hasta pasado algún tiempo. Se deslizó por el corredor.

Al llegar ante la puerta cerrada, La Sombra sacó de un bolsillo un objeto extraño y brillante y lo aplicó contra la puerta. Dos tubitos de goma como los de un fonendoscopio surgían de un disco plateado.

La Sombra introdujo los terminales en sus oídos. Equipado con este aparatito que amplificaba el sonido, La Sombra podría oír la conversación que iba a desarrollarse en aquel departamento.

Al otro lado de la puerta, Bart Melken iniciaba la confesión que había anunciado. Se descargaba ante su amigo del peso que atormentaba su espíritu.

—La llamada telefónica de esta tarde —prosiguió—, procedía de un individuo que se hace llamar el "Grajo". Me amenazó... si yo... no... cumplía sus órdenes.

—¿En qué consistió la amenaza? —inquirió Sarborn.

—En matarme cuando menos lo esperase. Luego, dijo que aquello no sería suficiente castigo y me advirtió que me denunciaría como cómplice en algunos delitos... Una acusación falsa, palabra.

—¿Qué delitos eran esos?

—El asesinato de Rutherford Casslin y el intento de robo a Silas Winchendon.

—No te preocupes por esas amenazas estúpidas.

—Son más serias de lo que tú crees, Farrell. ¿Te acuerdas de aquel jefe de banda que resultó muerto en casa de Winchendon? Pues bien, yo lo conocía.. En cierta ocasión me encontré metido en un embrollo y Bing Claver me sacó de él.

El desgraciado joven hizo una pausa para humedecerse los resecos labios y prosiguió:

—Desde entonces, empezaron a cometerse robos en las casas que yo visitaba. Temo que esta coincidencia me haga aparecer complicado...

—No seas niño... —empezó a decir Sarborn.

—No, no. Déjame seguir sin interrumpirme. He de decirte algo más. Siempre he temido que se me ordenara cometer un delito. Después de la muerte de Bing, creía que recobraría mi libertad.

Sabía que Bing estaba al servicio de un jefe desconocido a quien llamaba el "Grajo". Hoy he recibido las órdenes del "Grajo" en persona.

—¿Qué te ha exigido?

—Mi cooperación en un robo.

—¿Cuándo?

—¿Esta noche?

—¿Dónde?

—En casa de los Lydell.

—¿Y te ha ordenado que le ayudes?

—Sí. Quiere robar a Lydell.

—¡Robar a Lydell!

Al hacer esta exclamación, en el rostro de Farrell Sarborn se pintó una sorpresa infinita.

Ahora no rascaba la cabeza del pájaro. La estupefacción más viva suplantó a la expresión de interés que había en su semblante.

Quedó mirando fijamente a Melken con el aire de un bobo.

—¿Has leído los periódicos? —preguntó Melken sin hacer caso de la impresión que sus palabras habían causado a su amigo.

—¿Te refieres a lo que dicen de Lydell? —inquirió a su vez Sarborn.

—Sí. Sobre las negociaciones bursátiles.

—¿Qué tiene que ver eso con el robo?

—Mucho. Lydell ha llegado este mismo día. Hoy es sábado, mañana domingo. El lunes es también día de fiesta. Se ha anunciado para el martes por la mañana temprano el principio de esas transacciones.

—Sí. He leído todo eso.

—Pues bien. Todo el mundo conoce los métodos de Garfoth Lydell. Hace sus compras rápidamente y en efectivo. Cualquiera que lo conozca habrá adivinado que Lydell, debe tener en el arca de caudales de su domicilio, cientos de miles de dólares en billetes y títulos al portador. Así es como él entiende estos asuntos.

—¿Y tú crees que el "Grajo" lo sabe?

—Estoy completamente seguro. Tengo que abrir la puerta de la cámara acorazada de Lydell para que el "Grajo" pueda entrar impunemente.

Farrell Sarborn se le quedó mirando asombrado.

Bart Melken se apresuró a continuar su explicación.

—Hay dos puertas en la cámara —prosiguió—. Una da a la biblioteca de Lydell; la otra a un pasillo que apenas se usa. Las órdenes del "Grajo" son que yo abra la puerta de la biblioteca; luego he de abrir la otra puerta de la cámara, que se cierra por dentro.

Melken se detuvo para tomar aliento. Gruesas gotas de sudor fluían de su frente. Sarborn continuaba mirándole con atención.

—Para mí será sencillísimo, el desempeño de mi misión —continuó Melken sonriendo forzosamente—. Lydell guarda las llaves en la mesa del despacho. No me costará mucho trabajo apoderarme de ellas. Abriré la puerta de la cámara, cerraré la de la biblioteca sin echar la llave y me marcharé. Esto dejará las manos libres al "Grajo". Tendrá todo el tiempo que necesite para cometer su robo. No tendrá más que forzar el arca de caudales, que es de un sistema antiguo y bastante deficiente a pesar de sus puertas de acero. Lydell se equivoca al confiar en la protección que esas puertas ofrecen a sus valores.

—¿Y si tú dijese que no podías hacer esto? —sugirió Sarborn después de reflexionar.

—No conseguiría engañar al "Grajo". No acepta excusas de ninguna clase cuando da una orden.

Nerviosamente, el joven miró su reloj. Movi6 la cabeza al ver la hora que marcaba.

—Debía estar allí ya, Farrell —observó aturdido—. Me voy en seguida. Tengo que hacerlo a pesar de todo.

—¡Quédate aquí!

—No puedo —dijo Melken lastimosamente—. Te he contado todo esto para que me ayudes después. Cuando el "Grajo" se apodere del dinero de Lydell me libraré de él. Ya me lo ha dicho cuando he hablado con él por teléfono. Quisiera saber si podría contar contigo en caso de haber complicaciones. Volveré aquí cuando termine.

—Yo iré contigo —dijo Sarborn.

—Imposible. Ivonne y su padre me esperan a mí solo. Haré lo posible por engañarles. Me habré marchado cuando descubran el robo. Luego buscaré una coartada.

Melken se volvió a la puerta. Sarborn extendió la mano un instante, pero esta fracción de segundo la aprovechó La Sombra

para quitar el disco plateado y deslizarse silenciosamente a lo largo del oscuro pasillo.

Cuando Bart Melken salió del aposento de Farrell Sarborn, La Sombra se había perdido de vista. Había vuelto a su puesto del descansillo de la escalera.

Desde allí vio a Melken dirigirse al ascensor. Farrell Sarborn, moviendo la cabeza solemnemente, regresó a su habitación.

La puerta del ascensor se abrió. Melken entró en el aparato e inmediatamente empezó a descender. La Sombra se lanzó hacia adelante.

Volvió a aplicar el disco plateado a la puerta del piso de Sarborn.

Farrell había encendido un cigarrillo. Paseaba lentamente de un extremo a otro del gabinete. Miró su reloj de pulsera y llamó a su criado Jalon.

—Tráeme el sombrero y el abrigo —ordenó—. Voy a salir.

Mientras el criado cumplía su orden, Farrell abrió un cajón de la mesa. De él extrajo un revólver cargado que introdujo en el bolsillo del pantalón. Jalon volvió con las prendas pedidas. Su dueño se puso lentamente el abrigo ayudado por el criado y luego se caló el sombrero.

—Si llamase alguien —dijo a Jalon—, responde que estoy muy ocupado. ¿Comprendes? No dejes que entre nadie aquí en mi ausencia... —hizo una pausa—, exceptuando al señor Cranston. Tal vez venga, aunque no creo que lo haga hasta la medianoche.

Jalon respondió con un gruñido que indicaba que había comprendido perfectamente las instrucciones. Farrell Sarborn se dirigió a la puerta. Al mismo tiempo, La sombra abandonó precipitadamente su puesto de escucha.

Cuando Farrell cruzó el pasillo, La Sombra estaba ya en la escalera. Su elevada figura descendía los escalones con fantástica velocidad. Llegó abajo antes que el ascensor hubiese pasado del primer piso.

La Sombra había adivinado el punto de destino de Farrell. Era el mismo que el de Melken. El domicilio de Garforth Lydell.

Por lo visto, Sarborn se daba cuenta con más exactitud que Melken de la influencia que sobre aquél tenía el "Grajo".

Sarborn había acompañado abiertamente a Melken al domicilio

de Winchendon. Entonces su amigo no le había confiado los detalles que ahora conocía. Sabiendo la triste situación del joven, todo hacía suponer que Farrell Sarborn se dirigía en secreto, al lugar en que aquél se encontraba para prestarle su desinteresada ayuda, realmente imprescindible.

## CAPÍTULO XVIII

### ENTREACTO

**C**UANDO Farrell Sarborn salió del ascensor, La Sombra tenía sus penetrantes ojos fijos sobre él. Fundido en la oscuridad, el fantasma de la noche observó la partida del amigo de Bart Melken.

Durante algún tiempo, La Sombra no hizo el menor movimiento. Luego, como un espectro se deslizó desde su escondite hasta la puerta. Su paso era tan silencioso, que nadie habría sospechado la existencia de un ser humano al pasar por su lado. Vióse una mancha de negrura sobre el cristal de la cancela.

La Sombra se dispuso a abrir la puerta de entrada del edificio.

Pero la enguantada mano de La Sombra dio la vuelta a la manivela de la puerta. Sus agudos oídos habían percibido un rumor de pisadas procedentes de la calle. Al instante, la puerta se abrió y un nuevo visitante apareció en escena.

Encendió una cerilla para orientarse y a la luz de la débil llamita, La Sombra vio cuando el doctor buscaba en la hilera de botones, de la portería la que correspondía al departamento de Farrell Sarborn.

Luego, el doctor acercó el pequeño auricular a su oído. Tenía los ojos fijos en el micrófono.

La Sombra no se limitaba a observar. Sus oídos estaban atentos para oír la conversación del doctor con Jalon, el criado de Farrell.

—Oiga... ¿El señor Sarborn?... Quiero hablar con el señor Sarborn... ¿Qué dice?... ¿Qué quién soy yo?... Dígle al señor Sarborn que se ponga al habla... ¿Qué?... Claro que soy el señor Cranston —la sonrisa apareció en los labios de Dubrong—. Quisiera ver al señor Sarborn.

La Sombra se fundió en la oscuridad cuando oyó el ruido de la

puerta al abrirse.

El doctor Dubrong pasó con sorprendente agilidad junto a La Sombra y se lanzó hacia el ascensor.

Cuando la puerta de aquél se hubo cerrado, La Sombra vio llegar a un nuevo visitante. La Sombra, espiándole por el resquicio de una puerta lo reconoció.

Era un detective de segunda clase de la Jefatura. Evidentemente había recibido instrucciones para que siguiera a Dubrong continuamente.

El policía estuvo mirando la lucecita correspondiente al piso en que se detenía el ascensor. Cuando vio que no ascendía más, se lanzó a la tablilla indicadora de los vecinos y leyó el del correspondiente a aquel piso:

*FARRELL SARBORN*

Se detuvo un instante para anotarlo en un cuadernillo y salió con la velocidad de un relámpago.

Una risa suave, burlona, brotó de los labios de La Sombra. Sabía que el polizone se dirigía a comunicar su informe a José Cardona.

La risa se apagó. La Sombra subía ahora silenciosa y rápidamente la escalera. Al llegar a su destino oyó las voces de Jalon y del doctor Dubrong que discutían acaloradamente.

—Quítate de ahí —decía el médico—. Quiero ver a tu amo, no a ti.

—El no está —respondía Jalon cerrando con su cuerpo la entrada del aposento.

—¿Dónde está Bart Melken? —inquirió el doctor.

—Tampoco lo sé —replicó el criado.

—El vino aquí desde su hotel. Me lo han dicho allí. ¿Dónde está?

—Ha salido.

—Tu amo me dirá adónde ha ido.

—Mi amo se ha marchado también.

Dubrong dio un violento empujón al criado. Jalon se tambaleó y el doctor entró en el aposento.

La Sombra oyó ahora a los dos hombres profiriendo amenazas y gritos. A los pocos momentos ambos hombres salieron, luchando estrechamente abrazados.

Parecía una lucha desigual. El médico de débil complexión contra el criado americano robusto y fuerte. Dubrong era, sin

embargo, mucho más hábil que su contrario. Se deshizo del abrazo del otro y de un puntapié le lanzó rodando por el suelo.

Luego se apresuró a alcanzar la puerta del ascensor. Indudablemente, se había convencido de que ni Melken ni Sarborn estaban allí.

Jalon empero, no se resignó a que se fuese tan tranquilamente. Dando un salto de tigre se abalanzó contra el médico. Una hoja brillante de un cuchillo reflejó la luz de la habitación, al brincar sobre el desprevenido Dubrong.

La Sombra salió repentinamente de su puesto de seguridad. Dubrong no le vio. Ya se había metido en el ascensor. Jalon tampoco observó su presencia.

No tenía ojos más que para Dubrong.

Cuando el rey de la noche se aproximaba aceleradamente, un disparo hizo retremblar la casa. Procedía del ascensor. Jalon, que creía haber alcanzado ya al hombre a quien consideraba su enemigo, se desplomó sobre el suelo.

Dubrong debió esgrimir su revólver y disparar un tiro apresurado, pero certero, contra el furioso criado. La puerta del ascensor se cerró. La caja se puso en movimiento.

La Sombra quedó silencioso observando el descenso del aparato. El doctor Dubrong huía después de disparar sobre el doméstico de Farell, en defensa propia.

La Sombra acudió a auxiliar al herido. Estaba agonizando ya. El rey de la oscuridad decidió que su presencia en aquel lugar era innecesaria. Con la velocidad de un rayo descendió la escalera.

El ascensor se había detenido en la planta baja antes de que La Sombra llegase allí. Abrióse la puerta y el doctor Dubrong salió con la violencia de un loco furioso. Abandonó la casa, después de meterse en el bolsillo el revólver que acababa de usar.

Era el mismo que había enseñado a José Cardona, en la sala de consulta de la clínica de East Side.

Un motor rugió cuando La Sombra llegó al fin de la escalera. Cuando su elevada figura salió a la calle, pudo observar la luz trasera del coche de Dubrong que se alejaba velozmente. La Sombra se detuvo un instante antes de llegar a la luz de la calle.

Un hombre de rostro moreno y complexión robusta se acercaba presuroso.

Era José Cardona.

Aunque la idea de La sombra era perseguir al doctor Dubrong, la llegada del detective alteró su propósito. Cuando Cardona entró en la portería, La Sombra cruzó la calle y se dirigió al coupé que estaba apostado a alguna distancia.

Abrió la portezuela del coche y metió en él la capa y el sombrero de fieltro.

Al hacerse visible, apareció vestido de etiqueta. Se aventuró a la luz y abrió la puerta exterior del vestíbulo. La Sombra tenía ahora los rasgos de Lamont Cranston.

José Cardona, después de leer los nombres del cuadro de vecinos, giró sobre los talones al entrar Cranston. El detective reconoció al recién llegado.

No solamente se acordaba del millonario desde que estuvo en la residencia de los Winchendon, sino que sabía que Lamont Cranston era un buen amigo del comisario Weston.

—¡Señor Cranston! —exclamó el policía—. ¿Cómo se le ha ocurrido venir por aquí?

—Tengo la intención de visitar a un amigo —dijo Cranston reposadamente—. A Farrell Sarborn. Tal vez le recuerde usted. Es el dueño del guacamayo rojo que vio usted en casa de los Winchendon.

—¡Caramba! —exclamó a su vez el detective—. ¡Es precisamente el sitio a que yo me dirijo también! Voy buscando al doc... a un individuo que ha llegado aquí con no muy buenas intenciones. Pero no quisiera llamar ahora en casa de Farrell. ¿No conoce usted a nadie más en la casa?

Cranston movió la cabeza. Parecía perplejo.

—¿Por qué no subimos y abrimos la puerta sin llamar?

—No conseguiríamos nada.

—Probemos a pesar de eso.

Cardona gruñó y accedió. El plan era simple. El detective sacó un revólver del bolsillo y se metió en el ascensor.

—¿Viene usted también? —preguntó a Cranston.

—Claro que sí —repuso el millonario.

Cuando la pareja salió del ascensor, al llegar al tercer piso, Cardona lanzó una exclamación de sorpresa. Bañado por la luz que salía del aposento de Farrell se hallaba el cadáver de Jalon, el

criado. El moribundo se había arrastrado hasta la misma puerta antes de morir.

Cardona empuñó el revólver. Oyó al millonario asegurar la identidad del muerto. El detective movió la cabeza en señal de asentimiento a las palabras de Cranston y se dirigió al interior de la morada de Sarborn. Hizo una seña a éste para que le siguiera y ambos penetraron silenciosamente en el aposento.

Inmediatamente se dieron cuenta de que estaba vacío.

El detective quedó pensativo un momento. De pronto lanzó una exclamación.

—¡Sé quién ha hecho esto! —dijo—. Se lo voy a decir, señor Cranston. Ha sido el doctor Lysander Dubrong, el dueño de la clínica del East Side. Estuvo aquí hace unos diez minutos.

—¡El doctor Dubrong! —exclamó Cranston en tono incrédulo—. Es imposible. Es un hombre de gran reputación.

—Yo sé bien lo que es —gruñó Cardona—. La cuestión es saber adónde ha ido.

—Tal vez el guacamayo lo sepa —sugirió Cranston.

—¿El guacamayo? —inquirió Cardona sorprendido.

—Sí —repuso Cranston—, aquel pájaro que hay en el respaldo de la silla.

Cardona miró detenidamente la enfurecida ave roja que agitaba el pico y henchía las plumas del cuello al notar la presencia del extraño.

—En Winchendon —observó el millonario—, este guacamayo demostró su gran habilidad para pronunciar nombres que había oído sólo una vez. Tal vez Sarborn dijo antes de salir el punto a que se dirigía. Probablemente, Dubrong ha ido al mismo sitio.

—¿Cómo se hace hablar al pájaro? —inquirió Cardona.

Cranston estaba encendiendo un cigarrillo. Cogiéndolo con los labios, el millonario se aproximó al guacamayo y empezó a rascarle la cabeza. El pájaro hinchó la garganta y abrió el pico. De pronto salió un sonido discordante.

—¡Lydell! ¡Lydell! ¡Lydell! —exclamó.

Cranston se quitó el cigarrillo de los labios y se alejó de la silla.

—Creo que ya es suficiente —dijo a Cardona—. Eso era un nombre, ¿verdad?

—Lydell —repitió Cardona.

—¡Lydell! —chilló el pájaro rojo.

Cranston observó los periódicos que había sobre la mesa. Cogió uno de ellos y lo mostró al detective por la página en que estaba el retrato del banquero.

—¡Garforth Lydell! —exclamó Cardona—. ¡Caramba! —leía el periódico—; vive a unos cien metros de aquí. Voy ahora mismo a casa de los Lydell.

Cardona se acercó al teléfono. Se volvió a Cranston antes de descolgar el auricular.

—Voy a llamar a Jefatura antes de marcharme —informó—. No quiero perder tiempo alguno. Tengo un hombre ahí fuera. El detective sargento Markham. Le agradecería que le dijera que subiese. Puede usted esperar aquí a que yo regrese de mi visita a la residencia de los Lydell.

Cranston asintió. Sin vacilar descendió la escalera sin acordarse del ascensor y al llegar a la puerta exterior hizo un gesto de llamada. El sargento Markham vino corriendo desde un coche parado al otro lado de la calle. Markham, como Cardona, conocía de vista al señor Cranston.

—Cardona desea que suba usted al aposento de Sarborn —informó Cranston—. Suba en seguida. Es el tercer piso. Dígame que no tardaré en volver. Tengo una cita en el Cobalt Club.

Markham asintió con un movimiento de cabeza. No había mencionado el asesinato de arriba; por consiguiente, no vio razón alguna que impidiese que el millonario se marchase tranquilamente.

Inmediatamente tomó el ascensor y se dirigió al tercer piso.

Cranston llegó al coche. Allí se volvió a poner la capa y el sombrero de fieltro. Fue La Sombra el que se sentó al volante del coupé, que se puso en marcha. Las manos que guiaban el automóvil estaban embutidas en negros guantes de seda.

Bart Melken se había dirigido a casa de los Lydell. Farrell Sarborn le había seguido. El doctor Lysander Dubrong había seguido sus huellas. El detective José Cardona no tardaría en llegar al mismo puesto. Pero antes que él haría su aparición en aquel lugar alguien con quien ninguno de ellos contaba.

La Sombra también se dirigía al lugar en que se iba a cometer un delito. La risa de La Sombra resonó, cuando el coupé volvió la esquina de la próxima avenida.

Esta noche, La Sombra se encontraría con el "Grajo". El astuto criminal se enfrentaría con el rey de la noche, que ya se había cruzado en su camino en otra ocasión.

La Sombra sabía.

Aparecería ante el "Grajo" en el momento en que el súper criminal se dispusiera a cometer su proyectado crimen.

## CAPÍTULO XIX

### LLEGA EL "GRAJO"

EL hogar de Garfoth Lydell era una mansión antigua, de ladrillos parduscos que databa del siglo XIX.

La casa tenía un vestíbulo central. Al entrar, a la derecha había un gabinete, y junto a éste, una habitación de reducidas dimensiones, que era el despacho de Garfoth Lydell.

A la izquierda del vestíbulo estaba la biblioteca y al final de ella se abría la puerta de acero que conducía a la cámara acorazada. Una antigua despensa había sido transformada en caja de valores y el otro lado de la pieza estaba obstruido por una puerta de acero. Esta segunda puerta metálica era la única que se cerraba interiormente.

Dos hombres estaban sentados en el despacho, la habitación más alejada del depósito de valores.

Uno de ellos era Bart Melken; el otro, el mismo Garforth Lydell. El banquero era un hombre de unos cincuenta años. Sólo su cabello de un color gris acerado revelaba su edad. Físicamente conservaba toda la fuerza de la juventud.

Bart Melken, nervioso y con rostro palidísimo, parecía mucho más débil que su futuro suegro. Garforth Lydell, aunque no tenía una estatura desmesurada ni una complexión muy robusta, mostraba actividad y energía en cada uno de sus movimientos.

Ambos hablaban del viaje de Lydell. Melken le preguntó datos sobre las condiciones climatológicas de Florida. El banquero extendió la mano con un gesto socarrón.

—No me hable de Florida —dijo—. No he estado allí más que una parte reducida de mi ausencia.

—¿Dónde estuvo usted entonces? —inquirió Melken

sorprendido.

—En Cuba, en las Bahamas y en Puerto Rico —respondió Lydell.

—¿En viaje de negocios?

—Por placer. Estuve de incógnito —sonrió Lydell—. En resumen, estuve en el Norte hace unos días solamente para arreglar unos asuntos. No quise aparecer en Nueva York a mi regreso de Florida, hasta que me aseguré de que todo estaba dispuesto para emprender, la gran campaña financiera que he proyectado.

—Empleará mucho dinero, ¿verdad?

—Millones, Bart. En la primera operación tendré que desembolsar medio millón de dólares. Los tengo aquí en casa en la caja de caudales.

—¿Cree usted que están seguros?

—Naturalmente. Los tendría allí sin miedo alguno aunque fuesen míos. Sin embargo, da la casualidad de que pertenecen a otras personas.

—Pero usted es el responsable, ¿verdad?

—Sí. Hasta cierto punto. No quisiera que me los robaran. Pero yo por mi parte no perdería nada. Todo el riesgo es de los dueños.

—Parece increíble.

—No en los asuntos que conciernen a grandes Corporaciones. Para ellas, los valores, hasta cierta cantidad naturalmente, carecen de importancia. Es sorprendente la confianza que depositan en un solo individuo.

Lydell hizo una pausa. Luego añadió en tono humorístico.

—Esta noche, Bart, podría robarme a mí mismo con un beneficio de un cien por cien. Se lo dije a Ivonne durante la cena y se horrorizó.

—¿Dónde está Ivonne? —interrogó Bart—. Creía encontrarla cuando llegué.

—Tiene una ligera jaqueca —declaró Garforth Lydell—. Me dijo que la llamara cuando usted viniese. Con nuestra conversación, lo había olvidado. Voy a llamarla.

El banquero se levantó y dio unas palmaditas en el hombro a su futuro yerno. Parecía experimentar gran afecto por Bart Melken.

—Tendrá que entretenerse como pueda durante quince o veinte minutos —advirtió—. Voy a subir a abrir una maleta. Luego llamaré a Ivonne. No creo conveniente despertarla hasta dentro de un rato.

Garforth Lydell sonreía cuando abandonó la compañía de Bart. Este se le quedó mirando extraño. Aquélla era la primera conversación en serio que había tenido con el padre de Ivonne.

El banquero siempre le había tratado anteriormente con cordialidad, pero jamás había sido tan explícito y afable como ahora.

Pasando revista al año que llevaba en relaciones con Ivonne, Melken se dio cuenta de que Lydell le había estado vigilando siempre estrechamente.

Fue poco después de comprometerse con Ivonne, cuando Bart tuvo aquella flaqueza que le hizo caer en poder del "Grajo".

Y para colmo de casualidad, su iniciación de amistad con su futuro suegro empezaba justo, cuando iba a terminarse la influencia del "Grajo" sobre sus actos. Aquella coincidencia era algo que Bart no había considerado hasta esta noche. Nervioso, en estado de gran excitación, el joven empezó a formularse preguntas mentalmente.

Por su cerebro cruzaron en sucesión cinematográfica los nombres de las personas que habían intervenido en su vida: Garfoth Lydell, Bing Claver, el "Grajo"... Este último acaparó los pensamientos del joven.

¡El "Grajo"!

Aquella misteriosa figura le había impuesto una tarea especial para aquella noche, Bart tenía que limpiar de obstáculos el camino para un robo audaz...

Medio millón de dólares en billetes y títulos al portador. Valores que estaban confiados a la custodia de Garforth Lydell. Dinero que el banquero había confesado que no le pertenecía.

¿Lamentaría el banquero el robo de aquellos valores? No; el mismo Lydell le acababa de decir que la pérdida no le afectaría en nada. Aquel pensamiento le tranquilizó la conciencia. Mecánicamente se levantó de su asiento y se dirigió a la mesa de despacho de Lydell. Abrió el cajón central.

Frente a sus ojos, apareció una llave. La reconoció como perteneciente a la puerta de la biblioteca: la puerta de acero que daba a la cámara de los valores.

La suerte o el destino le favorecían. Apresuradamente, el joven tomó la llave.

No había sirvientes en la casa. Los dos que prestaron sus

servicios durante la ausencia de Garforth, fueron recompensados con una semana de vacaciones al regresar aquél. Garforth llevaba siempre la llave consigo; la dejó en ese cajón por la fuerza de la costumbre, o tal vez, por negligencia. Solo ahora, completamente solo en toda la planta baja de la casa, Bart Melken vio la oportunidad que ansiaba.

Llegó al vestíbulo después de atravesar el gabinete. Se detuvo un momento al pie de la escalera. No se oía el menor ruido arriba. Garforth Lydell podía estar en cualquier otro sitio igual que allí: tanto era el silencio.

Bart Melken entró en la biblioteca. Se detuvo allí un instante. Al hacerlo, no observó un par de ojos que le observaban con fijeza a través de la ventana.

Bart Melken habría reconocido al dueño de ambas pupilas si hubiese logrado verlo.

¡Era su amigo: Farrell Sarborn!

Bart llegó a la puerta de acero. La abrió con manos temblorosas. Mientras ejecutaba este acto punible, sucedía algo inesperado en la puerta exterior de la casa. El portón se abrió sin ruido y una figura delgada y esbelta apareció en el vestíbulo.

¡El doctor Lysander Dubrong!

El médico llegó a la puerta de la biblioteca. Avanzando de puntillas, descubrió a Bart Melken atareado en la apertura de la puerta.

Una risa suave se dibujó en los labios del doctor. Tan sigilosamente como había entrado, llegó a la puerta frontal y se sumergió en la oscuridad.

El rostro de Farrell Sarborn no estaba ya en la ventana lateral. Desapareció cuando vio a Bart Melken junto a la puerta de acero. Así, pues, ni Sarborn ni Dubrong se habían visto.

La puerta de acero se abrió. Descendiendo dos escalones, Bart Melken se encontró junto a la puerta condenada que estaba cerrada desde dentro. Los cerrojos corrieron cuando Melken manipuló en ellos. La puerta podía girar ya sobre sus goznes sin que nada se lo impidiera.

¡El "Grajo" tenía libre el camino!

Bart retrocedió a la biblioteca. Permaneció allí un momento, temblando, dispuesto a partir. Cuando se volvió, el ruido de unos

pasos que se aproximaban le asustó. Dio un par de pasos y se encontró cara a cara con la última persona que esperaba encontrar allí: Ivonne Lydell.

—Bart... —La voz de la muchacha parecía un susurro—. ¡Bart! Melken, aterrorizado, no respondió.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le interpeló Ivonne casi sin aliento—. ¿Qué haces junto a la caja de caudales?

—¡No es nada, Ivonne! —intentó Bart tranquilizarla—. No debes decir nada... Tu padre está...

—¡Bart! —volvió a musitar la muchacha—. ¡Has abierto la otra puerta...!

Ivonne no terminó la frase. Miraba ahora por encima del hombro de su novio.

Instintivamente, el joven volvió la cabeza en aquella dirección. Entonces vio la causa del horror de Ivonne.

La puerta del otro extremo se había abierto. El chirrido de los goznes atrajo la atención de la muchacha. En el marco de la puerta apareció la figura de un hombre enmascarado. En la mano blandía un revólver que relucía a la luz de la habitación.

Ivonne Lydell quedó sin habla. No conocía al recién llegado ni sus intenciones. Bart Melken, a su vez, experimentó la sensación de que se le secaba la garganta. Estaba incapacitado para decir una palabra.

Porque, por primera vez en su vida, el cómplice del "Grajo" se enfrentaba con su poderoso y temido jefe.

¡El "Grajo" acababa de llegar!

## CAPÍTULO XX

### LA OBRA DE LA SOMBRA

**E**L "Grajo" amenazó con su revólver a los petrificados novios. Su gesto demostraba que no se trataba de una falsa intimidación. Bart Melken retrocedió. Ivonne Lydell, sin embargo, no se movió de donde estaba. No pareció experimentar el menor temor por la amenaza del enmascarado.

—¡Ivonne! —Con un esfuerzo consiguió Bart pronunciar el nombre de la muchacha—. ¡No digas una palabra, por Dios!

Las palabras de su novio —pronunciadas por él en la seguridad de que el menor movimiento de la muchacha atraería la cólera de "El Grajo" sobre ella y con ello su muerte fulminante— produjeron un efecto completamente opuesto al que el joven se proponía.

La orden de silencio proporcionó a Ivonne el rayo de esperanza que necesitaba y, retrocediendo un paso, profirió un grito terrible de auxilio.

Bart Melken vio el dedo del "Grajo" oprimiendo el gatillo. Con un chispazo del valor que siempre le había faltado, el joven dio un salto y se interpuso entre el arma y su novia. Cayó sobre el enmascarado y se inició una lucha sorda y terrible.

Oyóse un fragor horrisono después de aparecer por la boca del cañón una lengüecita de fuego. Bart Melken se tambaleó. Su cuerpo empezó a desplomarse lentamente. Ivonne, recobrando la facultad de mover sus miembros, salió de la biblioteca de un salto. Se había dado cuenta de que la bala había sido destinada para ella.

A los pocos instantes de disparar el "Grajo" su revólver, la puerta de entrada del edificio se abrió de nuevo para dar paso a un individuo rollizo y moreno que inmediatamente se lanzó por el pasillo que conducía a la biblioteca.

El detective Cardona, pues él era el recién llegado, había oído el disparo.

Vio ahora a la muchacha. No miró hacia una de las ventanas laterales que estaba entreabierta. Pensó únicamente en el peligro que amenazaba desde dentro de la biblioteca.

Sacando su revólver, Cardona echó a la muchacha a un lado y se detuvo ante la puerta. No llegó a levantar su arma. Ante sus ojos vio el relumbrante cañón del revólver del "Grajo".

José Cardona estaba a un milímetro de la muerte. Se tiró al suelo al mismo tiempo que levantaba su revólver en un gesto de desesperación.

Fue entonces cuando se oyó el segundo disparo de aquella lucha extraña.

Procedía del punto más inesperado. El horrible estampido partió de la semiabierta ventana de la biblioteca. Era el disparo inconfundible de una enorme pistola automática que una mano invisible empuñaba.

El "Grajo" vio el humo y la llama que delataba el lugar en que se hallaba el atacante. Vio los ojos que brillaban sobre el arma... las relucientes pupilas de La Sombra. El rey de la oscuridad no presentaba más huellas de su presencia que el arma y aquel par de ojos relucientes.

La bala de La Sombra no erró el blanco. Dio al "Grajo" en el hombro derecho. El criminal intentó repelar la agresión. De su revólver partió un disparo inocente. La bala se incrustó en el suelo. Su brazo quedó colgando, sin fuerzas para alzar el arma.

En rápido tableteo se oyó el tercer disparo de la refriega. El revólver de Cardona se llenó de humo. El detective, que fue el último en tirar, fue el primero en repetir. Una y otra vez las balas de su arma de reglamento atravesaron el vacilante cuerpo del "Grajo".

La sangre del súper criminal se mezcló con la de su cómplice Bart Melken.

Sus piernas se encorvaron, los ojos perdieron el brillo y con una tos seca cayó sobre el cadáver de su víctima.

Cardona había matado al "Grajo"... Pero esta oportunidad la había debido a la intervención de La Sombra. El detective no había visto el disparo del rey de la noche. Asió la ocasión por los cabellos

y terminó con el bandido.

Pero había sido el tiro de La Sombra el que decidió la contienda. Si no hubiese sido por el invencible luchador, Cardona habría caído ante su formidable enemigo.

El detective quedó inmóvil. Antes de que diese un paso, Ivonne Lydell se le adelantó. Sollozando, se arrodilló ante los cuerpos sin vida, sin cuidarse de la sangre que encharcaba el suelo. No fue el cuerpo de Bart Melken el que la joven buscó. Sus manos se apoyaron sobre los hombros del "Grajo".

—¡Padre, padre! —exclamó angustiada—. ¡Ya lo temía! ¡Debí figurármelo esta noche cuando me dijiste que podrías robarte a ti mismo!

—¿Su padre? —la pregunta fue formulada por José Cardona. El detective se acercó a la muchacha.

—Sí. Mi padre —sollozó—. Garforth Lydell...

—Está usted equivocada, señorita —declaró el policía—. Yo le diré quién es este hombre.

Llegó hasta el cadáver y le arrancó el pañuelo que ocultaba sus facciones.

—¡Este individuo era el doctor Lysander Dubrong! —aseguró el detective sin mirar el rostro descubierto.

Pero cuando volvió la cabeza hacia el cadáver estuvo a punto de dar un brinco de asombro. De los labios de la joven se escapó un suspiro de alegría, porque el rostro no era el de su padre. Pero tampoco pertenecía al doctor Dubrong.

¡El "Grajo" era... Farrell Sarborn!

Los ecos de una risa burlona crepitaban a través de la biblioteca. Los sones de aquella carcajada, disminuyeron sus vibraciones hasta quedar reducidos a un sollozo.

Era el juicio de La Sombra. No había dicho la verdadera identidad del "Grajo", pero aquella risa demostraba que no ignoraba el nombre del individuo que yacía sobre el suelo. Pocas veces erraba La Sombra.

Antes de que Cardona, asombrado, girase sobre sus talones para regresar al gabinete, le interrumpió un ruido procedente de la puerta por donde había entrado el "Grajo". Un hombre apareció ante el marco de la puerta, un hombre que había llegado por una entrada desconocida para el detective.

El recién llegado era el doctor Lysander Dubrong.

Un instante después, una voz excitada resonó en la biblioteca. Volviéndose estupefacto, el detective Cardona se encontró cara a cara con Garforth Lydell.

A la vista del banquero, Ivonne se levantó de un salto y se arrojó en los brazos de su padre.

Luego, sollozando, la muchacha expresó su dolor por la muerte del hombre que había salvado su vida.

—¡Pobre Bart! —exclamó.

—No diga eso —dijo una voz seca: la del doctor Lysander Dubrong—. Diga más bien que al fin Bart Melken, se ha hecho merecedor a una palabra de encomio. Ha hecho la única acción valerosa de su miserable existencia.

Como respuesta llegó un murmullo suave de la entreabierta ventana de la biblioteca. Aquel sonido extraño y vago era una carcajada. Pero no tenía acentos burlones ni amenazadores.

Era una especie de aquiescencia a las palabras del doctor. La Sombra expresaba así su corroboración al juicio que Lysander Dubrong había expresado sobre el cómplice involuntario del "Grajo".

## CAPÍTULO XXI

### EL NIDO DEL "GRAJO"

UN grupo de hombres se habían reunido en el aposento de Farrell Sarborn.

José Cardona estaba entre ellos. Con él habían venido el doctor Lysander Dubrong y Garforth Lydell. Lamont Cranston acababa de llegar; al regresar del Cobalt Club, según dijo, se encontró con gran sorpresa suya con aquel trío.

Además de ellos, apareció otro hombre en escena. El comisario de policía Weston se apresuró a reunirse con los otros, al recibir a este efecto una llamada telefónica de Cardona.

El primero en hablar fue Garforth Lydell.

—Es asombroso —dijo el banquero—, que Bart Melken fuese cómplice de ese bandido que se hacía llamar "La Urraca"...

—"Grajo" —corrigió Cardona.

—Sí, gracias. El "Grajo" —repitió el banquero—. Es extraño que mi hija tomase en consideración mi broma, de que podría robarme a mí mismo. No tiene nada de particular que, en esta creencia, pensase que el que yacía muerto a la puerta de la cámara era yo.

José Cardona se volvió al doctor Dubrong:

—Le debo una explicación —dijo el detective sonriendo—. Yo sospechaba de usted...

—No admito ninguna explicación, pues —respondió Dubrong—. Soy yo el que debe presentar sus excusas. Voy a referirle la parte que he tomado en este drama.

El médico quedó unos instantes silencioso y empezó:

—Conocí al padre de Bart Melken... que murió hace algunos años. Como es natural, me interesé por su hijo sin que éste lo supiera. Hace unos meses me di cuenta de que no se encontraba

bien. Carecía de reposo. Estaba siempre intranquilo, como un perturbado. Me di cuenta de que daba la coincidencia de que se habían efectuado robos, en lugares que él había frecuentado la misma noche en que aquellos se cometieron.

Hizo una pausa. Se humedeció los labios pensativo y prosiguió:

—Por medio de mi clínica del East Side, me enteré de los rumores sobre un criminal de alta esfera a quien llamaban el "Grajo". Para saber más sin necesidad de intermediarios, a quienes podrían haber parecido mis preguntas harto sospechosas, adopté el disfraz de Limps Silvey. Con mi nueva personalidad pude entablar amistad con varios jefes de las bandas y, finalmente, llegué a conocer a Bing Claver. Inmediatamente me di cuenta de que éste estaba al servicio del "Grajo".

Se interrumpió un momento para fijar la vista en su reducido auditorio.

Todos escuchaban sus palabras con expectante interés.

—Bing, como Bart —continuó—, recibía sus instrucciones por teléfono. No supe, pues, con antelación el proyecto de asesinato de Rutherford Casslin. Aquella "hazaña" la llevó a efecto el "Grajo" solo. Yo creí que no ocurriría nada cuando me marché de la residencia de los Casslin. Cuando regresé al castillo, me di cuenta de la culpabilidad de Bart Melken. Expuse mi teoría sobre el hindú únicamente para desviar las sospechas, para protegerle, no por tanto, continuaba yo en mis esfuerzos por averiguar la identidad del "Grajo".

La voz de Lysander Dubrong se animaba por momentos.

—Como Limps Silvey, conseguí muchos datos sobre el proyectado atraco al hogar de los Winchendon. Sabía que Cardona iba detrás de mí. Deliberadamente, hice que me siguiera usted, Cardona, para hacer mi pretendida llamada telefónica. Fui yo mismo el que llamó al restaurante de Corona. Deseaba que acudiese a tiempo con sus hombres al punto que iba a ser atacado.

—Su artimaña surtió efecto —afirmó Cardona, mirando con admiración al médico—. No fue culpa suya que el camino estuviese cortado. Usted hizo su parte y me dio la gran oportunidad.

—Adopté de nuevo el disfraz de Limps Silvey —prosiguió Dubrong sonriente—, cuando usted me habló de los rumores sobre el "Grajo". Comprobé que estaba usted equivocado. Empecé a vigilar

a Bart Melken. Me había convenido que era el único cómplice del "Grajo".

—Y yo que le seguía creyendo que el "Grajo" era usted —interrumpió Cardona.

—Cuando leí en el periódico que Garforth Lydell había regresado —continuó el doctor sin hacer caso de la interrupción—, presentí que el "Grajo" intentaría dar su golpe final. Fui al hotel en que vivía Melken. Allí supe que había ido a ver a Sarborn. Cuando llegué aquí, me enteré de que ambos se habían marchado. Tuve una disputa con el criado de Farrell y durante ella intentó asesinarme. No tuve más remedio que disparar sobre él. Luego he sabido que lo maté. No me importa. Tenía prisa por impedir el crimen que se cernía sobre Garforth Lydell. Entré en la casa, pero lo hice por una puerta equivocada. Llegué tarde para evitar la muerte de Bart.

—Mientras que yo estaba arriba —dijo Garforth Lydell—, demasiado entretenido desempaquetando unas maletas. No me di cuenta de nada hasta que oí los tiros. Entonces bajé y me encontré con el triste espectáculo de Bart...

—Bart se portó bien, después de todo —interrumpió Dubrong—. No siento que muriera así. Fue una manera de poner fin a una vida disipada.

El comisario Weston oía con los ojos abiertos, todo cuanto podía aquellas revelaciones. Todo era cierto, indudablemente. Pero nada de ello explicaba la teoría del "Grajo".

—¿Y qué me dicen del asunto de Casslin? —preguntó—. ¿Dónde está el diamante de Bishenpur?

—Tal vez yo pueda responder a esa pregunta —afirmó Lamont Cranston, que había permanecido callado.

Todos se volvieron hacia el millonario. Aquello era inesperado. Nadie sabía que el acaudalado trotamundos pudiese estar informado de aquel asunto.

—No pretendo ser un detective —empezó Lamont Cranston con suave ironía—. Sin embargo, me di cuenta en la residencia de los Winchendon de que Farrell Sarborn era un ventrílocuo.

—¿Un ventrílocuo? —preguntó Weston, no dando crédito a lo que oía.

—Sí —repitió Cranston—, un ventrílocuo. Al principio no le di importancia. Pero, a los pocos segundos, me convencí de que todo

su charlatanismo obedecía a un plan preconcebido. En primer lugar, lo que me hizo sospechar esta habilidad del criminal es que el pájaro mostraba demasiada inteligencia. Los guacamayos son muy aficionados a gritar. No hay quien les quite esta costumbre. Luego, son muy malos habladores. Existe una especie de guacamayo que es excepcional. Uno que habla exactamente igual que una persona y, sobre todo, no grita. Pero estos factores no corresponden al guacamayo escarlata. Esta es una de las especies más difíciles de educar.

—Pero este pájaro puede ser una excepción —sugirió el comisario.

—Y la es, desde luego —aseguró Cranston, sonriendo—. Es mudo.

—¿Mudo? —repitió Cardona.

—Exactamente —explicó Cranston—. Mírenlo. Observen el pico siempre en movimiento. La garganta hinchida. Está probando a chillar, intentándolo constantemente y no puede.

—Habló cuando se lo ordenó Sarborn —afirmó el comisario.

—Fue Sarborn el que habló por él —aseguró Cranston—. Él permanecía siempre a su lado, rascándole la cabeza y con el rostro vuelo hacia el pájaro. El más fácil de todos los ejercicios de ventriloquia es imitar la voz de una cotorra. La costumbre del pájaro, de estar continuamente intentando gritar hacia más verosímil este efecto. Él hacía retirarse al público lo suficiente para que su estratagema resultara perfecta.

Los oyentes asintieron en silencio.

—Sarborn era un actor consumado —añadió Cranston—. Dio en Winchendon una perfecta reproducción del maullido del gato. Como les dije anteriormente, no creí que aquello tuviese desagradables consecuencias. Yo estaba, como ustedes saben, en Winchendon. Bart Melken no se atrevió a hacer la señal o no pudo. Entonces la dio Farrell fingiendo que el pájaro gritaba: "¡Ladrones!".

—Mientras desempeñaba mi papel de Limps —recordó Dubrong —, oí una llamada telefónica que recibió Bing Claver en que se citó la palabra "ladrones".

—Era un muchacho inteligente —dijo Cardona—. Sarborn no tenía ya necesidad de Bing, puesto que iba a dejar su carrera. Representó el papel del héroe para evitar que su cómplice pudiera

delatarlo. Apostaría algo.

—Pero ¿y la muerte de Casslin? —interrumpió Weston—. Todavía no ha hablado de ella, Cranston. ¿Podrá explicarla también con el guacamayo?

—Tengo una idea. Ahora veremos si me equivoco —expuso el millonario—. Un animal ayudó a Farrell en un golpe. Tal vez otro animal le sirviera para ejecutar el más misterioso de todos los crímenes que ha cometido. Tal vez lo hubiese educado. Yo tuve ocasión de ver la torre blindada de Casslin y no me lo explicaba. Luego vi algo aquí, en esta misma casa, que me dio una idea que, en mi opinión, es aceptable.

Hizo una señal a sus oyentes y les condujo a la otra habitación. Abrió la caja del rincón y sacó el diminuto cuadrumano. En otro rincón vio un trozo de cuerda. Acarició al mono y le dio un extremo del cordel.

—Este —dijo Cranston—, es un “sapajou”, el más inteligente de todos los monos de América del Sur. Vean allí, aquella pértiga en la ventana que sirve para que se suspenda el guacamayo.

Cranston soltó el “sapajou”. El animalito saltó a la ventana sin soltar el extremo de la cuerda. Dio con ella la vuelta a la pértiga y volvió a traer la punta del cordel a Cranston.

—¿Cómo pudo recoger el diamante entonces? —preguntó Weston—. Veo cómo mató a Casslin... Perfectamente. Introdujo un revólver por entre las barras de hierro y disparó. Pero el diamante...

Cranston, depositando su reloj sobre el asiento de una silla, mientras cogía al “sapajou” con una mano, puso varios bastones entre las patas de una silla, imitando la ventana de la torre de Casslin.

Soltó al mono y el animalito saltó, recogió el reloj con infinitas precauciones y, pasando a través de los bastones, lo entregó al millonario.

—Envió al mono por él —gritó Cardona—. ¡Eso lo explica todo! Luego iré a la torre para verla por fuera, aunque no pongo en duda su demostración.

El comisario Weston cesó en su actitud de escepticismo. Extendió la mano a Lamont Cranston.

—Haría usted un detective extraordinario —afirmó—. Cuando dilapide sus millones, venga a verme y le daré un empleo. ¡Ah,

dígame otra cosa! ¿Dónde está el diamante?

—¿El diamante de Bishenpur? —inquirió el millonario con una sonrisa—. Sí, debe haber algún medio de recuperarlo. Veamos... tal vez... el "Grajo"...

De pronto rompió en una carcajada. Todos quedaron mirándole extrañados.

El animalito investigador había hecho otro descubrimiento.

—El "Grajo" —repitió Cranston—. El pájaro ladrón que roba los huevos de los nidos de los demás pájaros. El diamante de Bishenpur era el huevo del "Grajo". Farrell Sarborn era, cosa extraña, un coleccionista de huevos de pájaros...

Hizo un movimiento con la mano mientras hablaba. Todas las miradas convergieron sobre la caja de cristal, que contenía la colección de huevos de Sarborn. José Cardona, en un impulso repentino, asió su revólver por la culata y rompió el cristal de la tapadera.

—Un huevo de cóndor —observó Cranston cogiendo el mayor de la colección—. Demasiado pesado, ahora que lo tengo en la mano me doy cuenta. Miren, tiene una pequeña fisura a todo su alrededor. ¡No es un huevo de verdad, es de metal muy delgado!

Con un movimiento brusco de sus finas manos, el millonario abrió el recipiente... En sus manos apareció una piedra que brillaba con un resplandor rojizo.

¡Era el diamante de Bishenpur!

Cardona abrió otro de los huevos. También contenía piedras preciosas.

Exultó de júbilo. Allí estaban los frutos de todos los robos del "Grajo". En el nido del "Grajo".

Lamont Cranston no cesó de sonreír mientras el asombrado detective iba abriendo huevo tras huevo y sacando las piedras que contenían.

El misterio había sido resuelto al fin. Habían recobrado todo lo que había robado el más audaz de los ladrones.

Cuando el grupo descendía las escaleras, Cardona tuvo una inspiración súbita. El detective salió corriendo y alcanzó al millonario cuando éste se disponía a subir a su coupé.

Cardona se aproximó cuando Lamont se había sentado al volante. Este sonrió adivinando su pregunta.

—Es sobre el guacamayo —dijo Cardona—. Usted afirmó que Farrell había hablado por él. Lo demostró, indudablemente, pero me he acordado que, cuando vino a casa de Farrell, fue el guacamayo el que me dijo que había ido a casa de Lydell.

Cranston puso en marcha el motor. Solamente se inclinó sobre la ventanilla del coche.

—Extraordinario ¿verdad? —inquirió—. El guacamayo habló la única vez... porque era necesario que hablara...

El coupé partió. Cardona, estupefacto, quedó mirando atontado el coche que se alejaba. De pronto, sus sentidos se aclararon. Su cerebro empezó a coordinar hechos, a construir hipótesis. Todas se referían a Lamont Cranston.

El combatiente misterioso de la residencia de Winchendon... el guacamayo que habló no estando presente su dueño... La bala que derribó tan a tiempo al "Grajo" junto a la puerta de la cámara acorazada de Garfoth Lydell...

Luego otra vez pasó ante su imaginación el detalle que más le llamaba la atención: el pájaro que habló para José Cardona...

¡Y Lamont Cranston estaba en aquel momento junto al guacamayo!

Fue él, el millonario, el que había hablado en vez del pájaro. Esta vez la cosa no tenía duda. Sin embargo, había permanecido invisible en los episodios más notables que recordaba Cardona.

A través de estos hechos, se manifestaba la potencia de un ser invencible.

Cardona sabía el nombre de la única criatura sobrenatural capaz de hacerlo: La Sombra.

Ahora se daba cuenta el detective que mientras él, Cardona, iba tras la falsa pista del doctor Dubrong, sin conseguir otra cosa que molestar a éste, La Sombra había tejido una red que dio por resultado la captura del cadáver de Farrell Sarborn.

Fue La Sombra quien había atrapado al "Grajo". Fue La Sombra quien terminó la brillante carrera del criminal. Fue La Sombra quien desempeñó el papel de Lamont Cranston.

Mirando desde la calle cómo se alejaba cada vez más el automóvil del millonario, Cardona se imaginó haber oído el débil eco de una risa sardónica y misteriosa. Era la misma risa que sonara en la casa de Garforth Lydell. Entonces sonaba con más fuerza que

ahora, pero era indudablemente la misma.

Ecos del pasado, la burla siniestra se desvaneció en la brisa de la noche.

¡Así terminó la risa de La Sombra!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

**FIN**